

DANIEL PENNAC

El caso Malaussène

1. Me mintieron



LITERATURA RANDOM HOUSE

El caso Malaussène 1

Me mintieron

DANIEL PENNAC

Traducción de
Robert-Juan Cantavella



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Al chaval
Para Alice

y en recuerdo de Bernard, mi hermano,
de Pierre Arènes y de Jean Guerrin

Escribo como uno se ahoga, es decir, muy raramente

CHRISTIAN MOUNIER

I

LA ÚLTIMA

«¿Te has enterado de la última?»

CÉSAR

* Los nombres seguidos de un asterisco remiten a un directorio que figura al final de este volumen.

¿Lapietà? * ¿Georges? Ya lo conoces, es de esa clase de gente que se maneja entre secretos como el típico perro de granja en un charco de estiércol. (¡Ese movimiento helicoidal que lo hace embarrarse de cabo a rabo!) Pues él, lo mismo. En todo se mete. Ya que estamos, metámonos también nosotros en su cabeza. Y no es indiscreción, él mismo lo contó todo aquel día. Empezando por el esmero con que se preparó para ir a por su cheque. Y sus buenas razones para no llegar puntual: Tengo la sartén por el mango, llego a la hora que me parece, pillo la pasta y de vacaciones. Eso es lo que quería hacerle entender al amable comité: Ménestrier,* Ritzman,* Vercel* y Gonzalès.* Semanas enteras escogiendo el disfraz con cuidado. Ariana,* ¿unas bermudas? ¿Te imaginas la cara que pondrían si me ven aparecer con chanclas y bermudas? ¿Y una caña de pescar? ¡Tuc,* búscate la vida para conseguirme una caña de pescar! La más vieja que encuentres, una de esas de bambú, estilo Charlot, ¿sí o qué? Ah, imaginarlos de plantón con ese cheque corroyéndoles las tripas, allí plantados en el silencio artesonado del gran salón, rumiando la opinión que de él tenían, de Georges Lapietà, pero los cuatro bien calladitos, ya que los cuatro tenían el rabo pillado por la misma chequera. Deja de emperifollarte, Georges, llegas tarde. Precisamente, Ariana, eso es lo mejor del asunto. Ah, el silencio de su espera. El tintineo de las cucharillas en unas tazas en que el azúcar no se decide a deshacerse. El

vaivén de sus miradas: del reloj a la puerta del gran salón. Las conversaciones frustradas, y él que no llega. Ariana, ¿y si le pides a Liouchka* que nos haga otro cafelito? Él los quería a los cuatro allí, esa había sido una condición sine qua non. Ellos o la rueda de prensa, ese era el trato. ¿Y por qué no la rueda de prensa? *Why not?*, de hecho. ¡Pues porque en la rueda de prensa habría explicado públicamente a qué venía el cheque! Porque les habría dado a los periodistas la receta completa del acuerdo. No, ¿verdad? Pues eso. Además, tenía en mente un desquite más secreto. No quería perderse el careto que iban a poner cuando le entregasen el cheque, ni eso ni los cuatro apretones de manos. ¡Bien fuerte, hombre! Era capaz de obligaros a darle la mano por segunda vez. Vaya que sí. Y si la segunda vez no bastaba, os daba un besito, en público, un besito bien sonoro que iba a dejaros en la mejilla un pequeño rastro de saliva ideal para una buena foto, como una baba de caracol. Discreción en la entrega del cheque pero franqueza en la mirada. Entre nosotros, nada de segundas intenciones. Cinco buenos amigos, perfectamente al corriente de las reglas del juego. Y que sin duda serán llamados a trabajar juntos alguna otra vez. Sí, sí, vosotros veréis. Ah, y otra cosa. Dejadles también un recuerdo olfativo. ¡Que se vayan bien bañaditos en el perfume de su after-shave! ¡Así que apretad esas manos! ¡Mejor un buen abrazo! Un *abraço* a la brasileña, barriga contra barriga y golpecitos en la espalda. Y sus cuatro trajes a medida listos para el cubo de la basura. Tuc, me buscas el after-shave más... el más... inolvidable... de esos tipo jarabe... bien azucarado... el más... vulgar... el más tenaz en su vulgaridad... te he criado bien, ya sabes lo que dicen por ahí... ten en cuenta su idea de la vulgaridad... ¡Eso es! Una bañera entera.

Semanas de preparación. Y ahora otro cafelito más. Georges, déjate de cafés, mejor sería que salieses ya, ¡en serio! Y alíciate antes de irte, es más prudente. Ariana, te juro que no hay prisa, tienen tiempo... Y en cuanto a

mear, ya mearé al volver, será mucho mejor.

La cuestión del coche estaba arreglada desde hacía tiempo. ¡No, el Aston Martin no, ni chófer tampoco! Bermudas, caña de pescar y... Tuc, ¿me dejas tu carro? Gracias. Tienes una semana para enguarrarlo como Dios manda. Llegar en el coche de su hijo. Un hijo que no quiere deberle nada a su padre tiene a la fuerza un coche pintoresco. Por lo menos, pintoresco para quienes esperan que llegues nada menos que a un patio de honor mientras miran a través de las cortinas de una ventana renacentista.

Y ese es el punto en que estamos. Con Georges Lapietà metido en un Clio asmático, completamente ridículo con sus bermudas, su vieja caña de pescar y su after-shave; en un carro de chavalito con unas ventanillas que ya no se abren y ese deseo de epatar que nunca lo ha abandonado... Una risa... Todo un parásito atrapado en su tierna infancia... Y sin embargo un hombre endiabladamente serio. ¡Una de las quince carteras más importantes de Europa, nada menos!

—Tú y tus vaciles —le decía Tuc—, estás hecho un oxímoron, papá, ni más ni menos.

Dadles una educación a vuestros hijos y os acribillarán con su armamento conceptual. Aunque, precisamente Tuc... lo que era acribillar... Fue él quien le puso ese apodo a su hijo, Tuc, al verlo ayudar a las criadas tan pronto como aprendió a andar, hacerse la cama él solito, quitar la mesa sin que nadie se lo pidiese, encargarse de los pequeños arreglos de la casa, encontrar lo que unos y otros perdían. Tuc: Trabajos de Utilidad Colectiva. Y así se le quedó. A Ariana le pareció coqueto. Prefería Tuc que Mimi, Cucú, Titi o cualquiera de esas sílabas dobles tan llenecitas de ternura. Trabajos de Utilidad Colectiva... Eso es en lo que Georges Lapietà va pensando este lunes por la

mañana en la calle des Archers, atrapado tras un camión de mudanzas cuyo chófer descarga las últimas cajas diciendo ya voy. Cierto que eso todavía le está retrasando más, pero Lapietà nunca ha necesitado ayuda: de pronto con prisas, se dispone a salir del Clio cuando aparece la pequeña.

Inclinada sobre él, la espátula en una mano y el detergente en la otra, se dispone a limpiar el parabrisas de Tuc. En circunstancias normales, no le hubiese permitido hacerlo. Pero con esas tetas... ¡Vaya tetas! ¡Vaya tetas, virgen santa! Está claro, no hay duda, nunca antes había visto unas tan conmovedoras. ¡Por Dios! Jamás. Dos apariciones que enseguida desaparecen, la espuma que ha cubierto la superficie del parabrisas. Se pone a esperar el primer golpe de espátula, a esperar la resurrección de esos senos como examina uno su propia piel tras la pasada de la navaja de afeitar. Pero nada de espátula. Solo el blanco. Blanco también en el retrovisor, luego en la luna posterior, en las ventanillas. Como una especie de nata. El Clio bajo la nieve como en un cuento de invierno. Y esa sacudida. El morro del coche que se levanta. Dios mío, ¿se me llevan al depósito o qué? Su pie que pisa el freno en vano. Su mano izquierda que arranca el asa de la portezuela. Cerrada. La otra, lo mismo. Y el Clio que sube una rampa en una rodadura de cabestrante bien engrasado. Y sus falanges que se vuelven blancas alrededor del volante. Y él que siente la necesidad de gritar, combatida, de repente, por un súbito sopor... Dormir, se dice... dormir... no es el...

Hoy y aquí, yo, Benjamin Malaussène,* te desafío, quienquiera que seas, dondequiera que te ocultes, cualquiera que sea tu grado de indiferencia ante las cosas de este mundo, a que pases por alto, si es que puedes, la última noticia, la que acaba de salir, la buena nueva que dará que hablar a toda Francia e incendiará las redes sociales. ¡Tanto da si te escondes en lo más profundo del verano, si dispersas a tu progenie, si permites que tu compañera (Julie,* la periodista con melena de león y pechos de leyenda) vaya a cubrir los temas que le parezcan; prueba si quieres a regalarle tu móvil a un aficionado al tiro al plato, retírate a mil leguas de cualquier ciudad, aquí, en lo más alto del Vercors,* en Font d'Urle, dos mil metros por encima de todo; escoge a un amigo mudo —Robert,* por ejemplo, en temas de discreción no hay nadie mejor que él—, sal con él a hacer tu cosecha anual de arándanos, peina los matorrales en silencio, ve llenando los cubos sin pensar en nada, sin soñar siquiera en nada, en fin, manéjate con el mayor de los cuidados y toda la serenidad del mundo... porque incluso ahí, en el fondo de ninguna parte, perfectamente disuelto en ti mismo, no lograrás evitar que la última noticia te explote en los morros como un petardo del 14 de julio!

Bastará con que un perro de trineo más bien jovencito se escape de su cercado, que te vea, que recorra a galope tendido los cien metros que lo separan de ti, que te salte encima con la lengua fuera impulsado por la atávica necesidad de afecto de esa raza inepta para la soledad canina; que el susodicho husky eche por los suelos tu cubo de arándanos, esparza su contenido en un zarandeo loco y prepare antes de hora la mermelada

pisoteando frenéticamente cinco horas de cosecha; que, entretanto, una oveja descarriada se ponga a balar, que el perro se detenga, que el lobo que acecha en él levante de repente las orejas, que tú te digas protejamos a la oveja para que el pastor y el propietario del perro no se maten; que te quites el cinturón para improvisar una correa, que devuelvas el perro al cercado, que des allí con su dueño (en absoluto preocupado ni tampoco agradecido, a todo esto); su dueño, esa cascada de rastas cardenillas que hace quince años lo dejó todo para venir aquí a olvidarse; bastará eso para que su dueño, el menos comunicativo de los exiliados del interior, el más indiferente a todo cuanto sucede más allá de su campo de visión, para que ese ser absolutamente borrado te diga, levantando apenas la mirada hacia ti, demasiado ocupado protegiendo de la incipiente tramontana la hierba que se está liando a guisa de tabaco, te diga, con una voz apenas audible:

—¿Te has enterado de la última?

No vas a tener tiempo de objetar que la última siempre te deprime y ya te habrá soltado, mientras se enciende el petardo:

—Han secuestrado a Lapietà.

Lo que sucede siempre con la última es que, en cuanto a uno se la cuentan, empieza a repetirla. Siempre. Hasta a mí me sucede. O, en este caso, a Robert, ocupado en recoger mis arándanos.

—¿Le gustabas a ese perro, o qué?

Es todo lo que se le ocurre responder.

Mucho más tarde, antes de dejarme en mi casa:

—¿Te imaginas con Lapietà en tu sótano? La han jodido bien, los pobres.

—Robert, ¿qué hora es?

Me da la hora. Es la de mi cita con Maracuyá.*

—Tengo que llamar a Sumatra.

—Dale un abrazo de mi parte.

Maracuyá en Sumatra, Es Un Ángel* en Mali, y Señor Malaussène* en el nordeste brasileño. Mara, Mosma y Sept en los tres rincones del mundo. En otros tiempos, cuando llegaban las vacaciones, uno le endosaba los niños a su abuela, los metía en unas colonias o, si no habían currado lo que tocaba, los confinaba en las mazmorras de una academia de repaso. Desde hace diez o quince años, quien se encarga de las vacaciones es la caridad. La ONG de turno. Hasta las antípodas. Mara, Mosma y Sept, benévolo trabajadores al auxilio de hombres y bestias. Gratis. Y les gusta. Y no tienen miedo. No te preocupes, Ben, hablamos por Skype (se juntaron para regalarme el ordenador con que hacer el Skype), ¡podremos vernos mientras hablamos! Estate al tanto de la diferencia horaria, hay que conectarse en punto. Si tienes problemas con el ordenador, díselo a Julie. Y si no tienes conexión ve a casa de Robert. Venga, no tengas miedo, ¿qué va a pasarnos? ¡Ya no somos ningunos niños! ¿O acaso no nos has visto crecer? Esos vienen a ser sus argumentos. Apoyados en todo tipo de principios incuestionables. Mara, al albor de sus diecisiete años, con ese deje de certeza en la voz que ha sacado de Thérèse:* Tío, hay que pagar algo después de tanto depredar. Mamá en eso tiene razón. Además, hay que abrirse al mundo.

Para ellos soy vilmente sedentario y estoy absolutamente desprovisto de curiosidad. Un poca cosa miedoso, también, y no demasiado generoso. De vuelta de todo sin haber ido a ninguna parte.

ES UN ÁNGEL: ¡Tío, porque tú hayas pasado una juventud tan jodida no tienes por qué imponernos un arresto domiciliario!

YO: ¡Sept, tú eres demasiado angelical para andar errando por esas tierras

africanas, los guerreros de la verdadera fe te van a cortar en dos!

ES UN ÁNGEL: Sería muy raro, tío, esas regiones las frecuenta menos gente que un artículo de *Le Monde*. No hay muchas posibilidades de que nos encontremos.

Y Señor Malaussène, mi propio hijo, en lo más profundo de Brasil.

SEÑOR MALAUSSÈNE: Deja de jugar a los papás, viejo, ya he volado del nido. ¡Ven a verme, si quieres! Aquí estamos cavando pozos para los sedientos.

YO: Mosma, ¿hace cuántos años que no vienes tú a verme, al Vercors?

SEÑOR MALAUSSÈNE: Desde que empecé a aburrirme, no es cosa de ayer. Te confesaré algo: cuando dejamos de ser pequeños, Sept, Mara, Verdún* y yo echábamos a suertes quién subiría allá arriba contigo.

YO: Pero si los que venían eran siempre Verdún y Sept.

SEÑOR MALAUSSÈNE: ¡Porque hacíamos trampas! Verdún pasaba de eso, del Vercors y de cualquier otro lugar. Ya la conoces, a Verdún... Y Es Un Ángel la seguía a todas partes. ¡Era su amada tía!

De esas cosas hablamos por Skype. Y a mí me toca calibrar bien mis respuestas. No revelarles a Mara que, por supuesto, está muy bien proteger a los orangutanes en sus selvas amenazadas, pero que nada detendrá la máquina de deforestar. No decirles a unos y a otros que hoy en día el paso por la ONG redentora es lo que más luce en el currículum de los postulantes a las grandes escuelas de Oxford, Berkeley, Harvard, Cambridge o Stanford, hasta el punto y a las que incluso la reina de Inglaterra envía a sus nietos a mejorar su imagen en esos palcos de platea. No decir nada sobre todo eso. Escuchar sin desanimar a la juventud. Después de todo, es lo que les toca. Dejarles disfrutar de sus ilusiones, sin desvelarles que no son más que las especias que alguien echa sobre el gran picadillo de carne financiero.

Ding dong.

Señor Malaussène.

En el pozo que cava con su equipo en lo más profundo del *sertão* brasileño, Mosma ha dado con piedra.

SEÑOR MALAUSSÈNE: Una capa de basalto, viejo. ¡Vamos a tener que utilizar explosivos! Mañana bajo a colocar las cargas. ¡Es el momento de tener miedo por tu único hijo!

(Desde que tengo memoria, Mosma me ha llamado «viejo». «¡Sabes perfectamente que no envejecerás nunca, viejo!»)

Yo: Tú no tienes nada de único, Mosma.

No decirle a Señor Malaussène que si cava pozos en el *sertão* brasileño es sin lugar a dudas con la velada bendición de un latifundista que podrá jactarse de ello para solicitar el puesto de gobernador, y que una vez que haya conseguido la vara de mando, el buen hombre enviará al fondo del pozo a los campesinos resistentes. Para luego volver a taparlo.

Eso es lo que me dicen los chavales y lo que yo me callo cuando me levanto por las noches a la hora en que se encienden sus pantallas. Y eso me recuerda su tierna infancia, cuando mamá,* Clara,* Thérèse, Julie y Gervaise,* requeridas por las urgencias del momento, me los confiaban para que los durmiese. Todas las veces que me despertaban: biberones, diarreas intempestivas, confidencias imperiosas, sueños pasmosos, pesadillas abisales...

En el fondo, nada cambia.

Y eso cansa.

Acostémonos y a dormir.

Dormir...

No hay proyecto más ambicioso, aquí, cuando el viento asola la noche. Cargas nocturnas de todos los jabalíes del Vercors, ráfagas que se vuelven ataques violentos, cristales que se estremecen detrás de los postigos cerrados,

todo silba, rechina, gime, restalla, Les Rochas* ululan...

¿Desde hace cuánto resiste esta casa?

Respuesta de Julie, que viene a inmiscuirse entre las sábanas:

—Un siglo y medio, Benjamin. 1882, para ser exactos.

A lo que añade, acomodándose en la cama mientras le hago la sillita:

—¿Te has enterado de la última?

Eso si la radio no se enciende por su cuenta por la presión de la última. No hablan más que de eso, todas las emisoras desconcertadas: el secuestro de Georges Lapietà. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde? Evidentemente, con todas las enemistades que se ha ido ganando Lapietà en el ejercicio de sus innumerables funciones, la montaña de conjeturas es como para perderse. Empezando por los ocho mil trescientos dos asalariados a los que acaba de echar a la calle al cerrar las filiales del grupo LAVA,* rescatadas por un euro simbólico tras prometer por activa y por pasiva que los empleos no iban a verse afectados.

«¿Es que tengo pinta de acaparador?»

(*Le Canard enchaîné* inmortalizó esta frase en un dibujo en que Lapietà devoraba a un montón de empleados que trataban de huir de su plato.)

Y estas otras palabras, de cuando Lapietà cerró las empresas:

«¿Qué pasa? ¡También yo estoy en paro! En este asunto todos hemos corrido los mismos riesgos: ¡los riesgos de vivir!».

Aunque hablando de los riesgos de Georges Lapietà, a él lo esperaba uno de esos paracaídas que amortiguan un pelín el aterrizaje: veintidós millones ochocientos siete mil doscientos cuatro euros. Ese fue el importe del cheque. Acaba de saberse. Hasta ahora, el consejo de administración no había «creído oportuno hacer público este detalle». ¡22.807.204 euros! ¿Por qué ese euro de

menos? Para que parezca exacto e irreprochable, supongo. Lapietà se evaporó cuando iba a embolsarse su cheque. También es cierto que, tres horas más tarde ese mismo día, el mismo Lapietà tenía que presentarse ante la jueza Talvern* (mi propia hermana, dicho sea de paso, Verdún Malaussène en persona, convertida en esposa Talvern y jueza de instrucción. Sí, el tiempo pasa...). ¿Acaso su desaparición está relacionada con eso? ¿Habrá intentado Lapietà escapar de las investigaciones de la jueza muda? No, demasiado «frontal». Eso es sobre lo que se especula ahora mismo: Lapietà y su retahíla de escándalos, Lapietà y las finanzas, Lapietà y la política, Lapietà y el fútbol, Lapietà y su carisma, Lapietà y su enfrentamiento con la jueza Talvern... Porque es el momento de los comentarios, el pequeño mundo de los tertulianos ha salido del bosque para poner al rojo las mesas redondas.

Clic.

Basta de radio.

Silencio en las ondas.

Silencio en nuestro cuarto.

El viento ha cesado.

Ese silencio absoluto del Vercors cuando el viento se rinde... Esa inmovilidad del aire que la gente de aquí llama «la víspera».

¿Dónde han ido los pájaros, este año?

Bajar a la cocina.

Café. Un cafelito.

Turco.

Dejar que suba la espuma tres veces. Y que vuelva a bajar. Cuando era adolescente, después de beber, Thérèse examinaba la taza para descifrar nuestro futuro en los posos del café.

Pregunta de Julie al llegar a la cocina:

—¿Hoy qué haces?

—¿Dónde se han metido los pájaros, Julie?
—Se han largado al sur, supongo. ¿Queda café?
—¡No todas las aves migran!
—¿Melancólico, Benjamin?
—Perplejo.
—...
—Perplejo y alerta.
—Pero ¿qué haces hoy?
—Tengo que ir a alimentar a Alceste.*
—Ah...
—Es la última vez. Creo que casi ha terminado.

3

Alimentar a Alceste supone meterse de lleno en el bosque sur del Vercors, con una mochila de quince kilos a la espalda y precedido por Julius el Perro.*

No es el Julius de otros tiempos, por supuesto, ni siquiera su sucesor, es el que llegó después. Tercera generación.

Cuando Julius murió (el primer Julius), la tribu Malaussène estuvo al borde del suicidio colectivo. Julius el Perro había escapado de tantos peligros y sobrevivido a tantos ataques epilépticos que terminamos por creerlo garantizado *ad vitam aeternam*. Hasta que una mañana, Julie y yo lo encontramos sentado delante de nuestra ventana como si siempre hubiese estado allí. Calcificado por la noche. Estaba duro y sonaba a hueco. Ningún temblor. Más que muerto. Reliquia indolente, sin pulgas, sin baba, sin olor y sin proyecto. Julius el Perro había muerto. ¡Y eso que sabe Dios lo acostumbrados que estábamos a la Parca! ¡Mira que habíamos visto morir a gente! ¡Y de cerca! ¡Duelos altamente lacrimosos! Pero Julius, sentado definitivamente en París aquella mañana, aquello fue, ¿cómo decirlo?, sí, fue nuestra muerte absoluta.

Lo enterramos en Père-Lachaise (de forma clandestina, por supuesto), en la parcela de Auguste Comte, a los pies de esa estatua llamada *La Humanidad*. Porque, Jérémy* dixit, «como ciudadano del mundo, ahí es más o menos donde Julius se situaba».

Amén.

Y enseguida lo reemplazamos.

Por el mismo.

En opinión del Pequeño* (que ya me sacaba una buena cabeza), Julius había esparcido hasta tal punto su semilla por todo Belleville* que no nos costaría encontrar su copia conforme. Su huella genética es de las que no dejan lugar a la duda. De hecho, Jérémy y El Pequeño no tardaron en seleccionar tres sucesores indiscutibles, tres Julius que les siguieron sin problemas hasta casa para pasar el examen de admisión. El vencedor fue el que se dejó acariciar y olfatear por cada uno de nosotros sin gruñir, sin bajar las orejas, sin doblar el espinazo, sin recoger la cola, esperando el fin del examen como pasa uno la aduana cuando no tiene nada que esconder. Fue el que elegimos, porque Julius Primero tampoco se asombraba de nada. Precisamente, eso fue lo que nos lo arrebató ocho años más tarde, un camión que no le sorprendió. Al siguiente Julius, el que va ahora mismo delante de mí hacia el escondite de Alceste, lo reclutó Maracuyá. De no ser yo tan poco propenso a lo religioso, creería en la resurrección. Porque esta mañana, el Julius que me conduce hacia el bosque del sur, con ese perfume que nos abre el camino y ese contoneo que hace pensar que el último vagón no sigue por su propia voluntad al coche de cabeza, es sin lugar a dudas mi Julius, mi Julius eterno.

Cada vez que llego a la frontera del Vercors sur, entre campos y bosque, me vuelvo para dar una última ojeada hacia el norte.

—Hemos llegado, Julius, ¿te das cuenta?

La perspectiva inmensa y silenciosa que se abre sobre el enorme macizo hizo de mí, hombre de asfalto y de decibelios, un amante del silencio, del cielo y de la piedra. Julie y yo les hemos estado regalando este paisaje a los pequeños durante toda su vida. La inmensidad hace buenas migas con la infancia, en la que todavía habita la eternidad. Pasar las vacaciones a más de mil metros de altitud y a ochenta kilómetros de la primera ciudad es alimentar el sueño, abrir la ventana a los cuentos, hablar con el viento, escuchar la

noche, entrar en contacto con las bestias, nombrar las nubes, las estrellas, las flores, las hierbas, los insectos y los árboles. Es darle al aburrimiento su razón de ser y de durar.

—Nos aburrimos bien, juntos —decía Mara, la más explosiva de la banda—. Mañana acabamos la cabaña de las bestias, ¿eh, tío?

La cabaña de las bestias era un mirador posado entre dos hayas que daba a un claro. Allí, Maracuyá, Es Un Ángel, Verdún y Señor Malaussène se pasaban el día y las noches de luna llena observando la vida de los animales.

MOSMA: No te lo creerás, viejo, esta noche había un ciervo, ¡se ha tirado a tres! Tenía un aparato... ¿No es un poco pequeña, Mara, para...?

¿Por los atributos del Ciervo? «Cuando sea mayor, seré veterinaria salvaje», declaró Mara una de sus primeras noches en la cabaña. De ahí que se haya metido en su «ONG de las bestias».

SEPT: ¿Sabes una cosa, Ben? Las nueces que les hemos dado a los jabalíes, ¡las parten en dos y se comen lo de dentro sin romper la cáscara!

MARA: Tío, Verdún ha encontrado un busardo herido. ¡Mira!

Busardo que Verdún curó enyesándole el ala y alimentándolo de boca a pico. Una vez que terminó el asunto, el animal ya no quiso separarse de ella. Durante años, vimos a Verdún y a su busardo tan inseparables como lo habían sido Verdún bebé y el difunto inspector Van Thian.* Verdún llevaba al busardo en un arnés de cuero, como Thian la había llevado a ella. La joven y el ave haciéndole frente al mundo. Tenían la misma mirada. El mundo quedó intimidado. Incluidos los examinadores y los jurados de concurso.

Luego vino el verano en que Verdún y su busardo subieron solos al Vercors. Es Un Ángel había sacrificado a su joven tía en favor de sus primeros amores. Verdún no acusó el golpe: nueva etapa en la vida de Sept, nada trágico. Cuando nació Es Un Ángel, Verdún saltó por sí misma de los brazos del inspector Van Thian para ir a acoger a su seráfico sobrino. Durante

diecisiete años había sido su protectora. Luego el ángel levantó el vuelo con sus propias alas.

En adelante, Verdún, Julius, el busardo y yo paseamos solos por los bosques del Sur. (Julie estaba en otro lugar, por supuesto.) Verdún me pedía que le hiciese cantar su derecho.

Luego, el busardo murió. (Una bandada de cornejas...)

Luego, también Verdún encontró el amor.

Y así es como ahora estoy solo en el paisaje.

—Entonces, Malaussène, ¿nos hemos rendido a la llamada del desierto?
Conozco esa voz.

—El mundo sería hermoso si estuviese vacío, ¿no es eso lo que se está usted diciendo?

Una de esas voces de predicador que se las da de importante.

—El auténtico valor, Malaussène, reside en volver a bajar al valle. Soportar al Hombre. ¡He ahí el sacrificio absoluto!

Inútil volverme:

—Basta de sermones, Alceste, estamos solos. Más bien, anímese, no le tengo más que a usted en la vida.

Me levanto, vuelvo a cargarme la mochila a la espalda y doy los primeros pasos hacia el bosque.

—Sin el perro —dice Alceste.

Señala a Julius.

—No lo quiero en mi casa. Cada vez que viene hay que airearlo todo. Dígale que nos espere aquí.

Julius, que lo ha entendido, se sienta a esperar.

—De no ser por estas malditas muletas yo mismo le llevaría la mochila.

¿No ha olvidado nada?

—Ahora hace usted el inventario.

—¿Mal humor, Malaussène?

—No, ha ido bien.

Atravieso la maleza hacia el claro de Alceste sin preocuparme por si me sigue. Pero su voz en falsete no anda lejos, justo detrás de mí.

—Malaussène, sé que para usted soy irritante, pero no olvide que *también* soy su salario. Cuando lleve usted tanto tiempo como yo en Ediciones del Talión,* podrá hacer valer sus derechos. Mientras tanto, escóndame, que mis encantadores hermanos y hermanas no me jodan más, cuide de mí y llévese mi manuscrito, es todo lo que se le pide. Por otra parte, no tendrá usted que esperar mucho tiempo, ya casi he terminado. Solo me falta encontrar el inicio, un buen ataque. Y no tardaré porque estoy hasta el gorro de su bosque. El voto de silencio que me impone su jefa empieza a resultarme insoportable.

Yo camino desentendiéndome de los latigazos que le dan las ramas. Alceste los evita como puede y yo pienso en la Reina Zabo,* mi santa jefa en Ediciones del Talión. Sus instrucciones en lo referente a Alceste fueron muy claras:

—Esconda a Alceste, Benjamin, hágale pasar el verano en el bosque del Vercors, aliméntelo, vele por su seguridad sin meterse en su trabajo y todo nos irá de maravilla, se lo garantizo. Que cierre el pico y que escriba. ¿Queda claro?

—Por supuesto, Majestad, así será.

—Ya sabe usted que ese chico es un poco predicador...

—Un pusilánime proselitista, sí, ya lo he visto.

—Pero cuando escribe no hay nada que temer de él, ya no está para nadie. Él y yo hemos quedado de acuerdo en un punto: ni una palabra a los autóctonos. Y le he confiscado el móvil hasta que entregue el libro. Con su

consentimiento, por supuesto, con un contrato debidamente firmado. Teóricamente, no tiene cómo comunicarse con nadie. Ninguna visita aparte de los suyos, ¿entendido? Nadie del entorno de usted necesita saber quién es ese tipo ni lo que hace. Es cuestión de seguridad. Que esté bien vigilado y que escriba, punto final.

Razonable, la inquietud de la Reina. A Alceste todavía le duran las magulladuras por la reacción de su familia tras la salida de su último libro. Título: *Me mintieron*. Tema: aniquilación de toda su familia —padre, madre, hermanos y hermanas— en nombre de la verdad verdadera. Resultado: cara partida, vértebras fracturadas, pierna rota... A saber qué habría quedado de él si no llegamos a enviar a Bo* y a Ju* a que lo sacasen de allí.

—Mientras le funcionen los dedos... —comentó la Reina Zabo en un arranque de compasión.

Ese es el motivo por el que ahora vació mi mochila sobre una mesa de abeto de la cabaña de Dédé* en el bosque. Baterías de ordenador, libros, conservas, medicinas...

—Malaussène, discúlpeme por lo de hace un rato, lo de su perro, pero usted forma parte de esas buenas personas que a todo el mundo le imponen su cariño, y eso acaba resultando insoportable. ¡Porque resulta que a la gente de su entorno no tiene por qué gustarle los perros ipso facto!

—Usted no forma parte de mi entorno, Alceste. Compruebe si está todo.

—¿Me ha traído usted la codeína?

—Codeína, antidepresivos, somníferos, cura gástrica, Ventoline, papel de váter, su farmacia está renovada para tres meses.

—¿Sin receta?

—Me las he arreglado.

Yo espero su sermón sobre el fraude en tema de recetas pero él ha captado mi mirada y, como estoy a punto de largarme, añade enseguida:

—¿Se ha enterado de la última?

—Sí, han raptado a Georges Lapietà, lo sé.

—No, eso es historia antigua. Me refiero a lo que exigen los secuestradores, ¿lo sabe usted?

—No tengo ganas de saberlo.

—¡Los recolectores de setas no hablan de otra cosa a nuestro alrededor!

Es como un personaje de Shakespeare, este Alceste, cree que los bosques hablan. Lo que toma por recolectores de setas son los miembros de su guardia, cuyo reclutamiento confié a Robert. Alceste no sabe hasta dónde puede llegar la Reina Zabo. «Benjamin, quiero que esté vigilado día y noche, haga cuanto sea menester, tengo unos fondos solo para eso. Allí arriba queda por completo bajo su responsabilidad. Para la vuelta se lo confiaremos a Bo y a Ju. ¿Lo ha comprendido bien?»

La cantidad de gente que quiere que la comprendan...

En el umbral, Alceste vuelve a tentarme:

—¿En serio no quiere usted saberlo, Malaussène?

—¿El qué?

—¡Lo que exigen los secuestradores de Lapietà!

—No, para nada.

—Venga, eso lo mantendrá entretenido durante el camino de vuelta...

—¡Ya le he dicho que me la suda!

—Se la suda, se la suda... ¡Resistirse a los sucesos no lo convierte a uno en un resistente, Malaussène!

¡Ese gilipollas de Malaussène! No he podido dejar de insultarlo hasta que salió del claro. Y me ha venido bien. Lo cierto es que he vaciado los pulmones.

—¡Todo el mundo pasa de todo, Malaussène! ¡Los que leen los sucesos y a los que «se la suda», como usted dice! ¡Mirones e indiferentes, todos son lo mismo! ¿Se cree usted una excepción?

No me ha respondido. Fue a por su perro que lo esperaba en el linde del claro, inmóvil como una cepa comida por setas, y ambos se adentraron en los bosques.

En el umbral de mi puerta, yo le gritaba más y más fuerte:

—¿Quién se ha creído usted, a fin de cuentas? Sin tele, sin periódicos, sin sucesos, sin Lapietà, ¡sin contemporáneos, en suma! No es a mí a quien usted evita, Malaussène, ¡es a la realidad! Pero le atraparé, ¡lo que yo le diga! ¡No ha terminado con usted, la realidad!

Hacía rato que Malaussène había desaparecido, pero yo seguí gritando para que por lo menos sus centinelas supiesen lo que pienso de él. ¡Todos esos carceleros que Isabelle* le ha pedido que ponga alrededor de mi escondite sin permitirles que hablen conmigo y que cree que yo tomo por recolectores de setas, el muy imbécil!

Benjamin Malaussène...

Bajo su mochila vacía parece un higo pasado. Y ese perro... Ese horror

pestilente que, si él tuviese una pizca de humanidad, habría hecho pinchar al nacer...

¡Cuando pienso que semejante tipejo sirvió de modelo a un personaje de novela! ¡Y que durante toda mi adolescencia ese personaje lideró el bajo mundo de la lectura de entretenimiento! ¡Todo un ídolo, durante aquellos años! Malaussène por aquí, Malaussène por allí, no había forma de escapar. Era el regalo de todos los cumpleaños. Los padres modernos recomendaban su lectura a los profesores. Cuando Tobias* y Mélimé no me contaban mentiras sobre la historia de nuestra familia, mis amigos me acribillaban con Malaussène, el inefable chivo expiatorio.* Era el ídolo de mis hermanas. ¡Hay que ver cuánto les gustaba! Faustine* estaba enamorada de Benjamin, por supuesto, y Marguerite del inspector Pastor.* Dependiendo del momento en que estaban, se declaraban las mejores amigas de Clara la fotógrafa o de Louna* la enfermera. La tendencia de Geneviève a la anorexia la inclinaba, claro está, a preferir a Thérèse, la echadora de buenaventura. ¡También a mis hermanos les gustaba! Había muchos muertos violentos en Malaussène. Y Mathieu,* como quedó bien claro en el entierro de Tobias, nunca estuvo en contra de la muerte violenta. ¡La vida desenfunda, amiguito! (Uno de sus lemas viriles que nosotros, los pequeños, repetíamos una y otra vez, normalmente acompañado de un codazo o de un golpe en la espalda que nos dejaba sin respiración.) Mathieu, Pascal, Adrien y Baptiste,* los cuatro malaussenianos hasta la médula. ¿Y yo? ¿Acaso no esperaba yo mi ración de malaussenería como todo el mundo? Mi novia de la época me lo leía en voz alta. Yo le dejaba hacer hasta que me di cuenta de que, incluso en el orgasmo, me identificaba con Malaussène; entonces salí por piernas.

¿Qué es lo que yo en el fondo más detestaba? ¿Que aquella idiota de Bénédicte* me leyese la enésima aventura de la tribu Malaussène, o que Tobias y Mélimé nos mintiesen sin el menor recato sobre nuestras historias

de familia? Ahí está la verdadera cuestión. ¿Qué es lo que en última instancia me empujó a escribir: la mentira de la ficción o la ficción de la mentira? ¿Qué es lo que hasta tal punto me proporcionó el gusto por la verdad? Durante toda nuestra infancia, Tobias y Mélimé nos mintieron. Y a mí me gustaba. Como también me gustaban las lecturas que Bénédicte me hacía de los Malaussène. Sí, sí, por más que me pese yo transigía con el mal gusto del momento. ¡Por otra parte, es algo que confieso en *ME MINTIERON*, lo reconozco! No quiero salirme por la tangente. No pretendo pasar por el menos tonto de mis hermanos, ¡para nada! Me gustaba Malaussène y me gustaban las mentiras de Tobias y Mélimé tanto como hoy detesto cualquier forma de fabulación. Escribir es escribir lo que es. ¡Cualquiera que sea el precio! El hombre que acaba de desaparecer en el sotobosque no tiene nada del héroe de novela en quien creyó mi adolescencia. O, en cualquier caso, es una copia mal hecha por un niño de cuatro años. No tiene forma.

La primera vez que vi a Malaussène en Ediciones del Talión, había tal distancia entre mis recuerdos del personaje y el individuo que llevaba su nombre, allí sentado, delante de mí, que no supe reaccionar.

La escena es la siguiente: Isabelle, mi editora (a la que Malaussène concede el trato de «Majestad» y llama Reina Zabo), me hace pasar a su despacho:

—Le presento a Benjamin Malaussène, él será el encargado de su seguridad.

Yo echo un vistazo al empleado marchito que nos espera sin levantarse y pregunto:

—¿Mi seguridad?

Isabelle consiente una explicación:

—La experiencia, querido, nos ha enseñado que divulgar la verdad suscita muchas más reacciones que propagar la mentira. Unas reacciones que toman a menudo formas...

Malaussène la interrumpe:

—Formas de réplica, de desquite, de represalias, de castigo y en general todas las formas de la venganza.

Dicho eso con el tono de un profesor que le dicta la lección por enésima vez a un imbécil.

—Tengo la sensación de que van a entenderse —concluyó Isabelle, dejándonos solos.

No fue hasta que se hubo marchado cuando por fin reaccioné. No pude dejar de preguntarle:

—¿Benjamin Malaussène? ¿Alguna relación con el personaje de...?

Y enseguida lamenté mi pregunta; el simple hecho de hacerla suponía darle la impresión a aquel tipo de que quería congraciarme con él. Pero no respondió. Solo dijo, en tono administrativo, como si yo estuviese allí para renovar mi pasaporte:

—Si le he leído bien, usted tiene una familia.

Yo le respondí en el mismo tono:

—Si me ha leído bien, ¿a qué viene la pregunta?

—No era una pregunta, señor. En cuanto salga su novela, su familia va a reaccionar. De ahí la necesidad de protección: jurídica, física, psicológica, incluso afectiva... Eso es lo que me han encargado.

Yo lo miré atentamente mientras me preguntaba, al borde de la carcajada, qué tipo de protección o de consuelo podía esperar de un tipo tan profundamente anegado en su hastío. En lugar de decírselo, me defendí:

—*¡Me mintieron* no es una novela contra mi familia! ¡Muy al contrario, es la liberación de cada uno de sus miembros! Es la denuncia de las mentiras en

las que crecimos mis hermanos, mis hermanas y yo.

Y aun entonces, lamenté estar dándole tantas explicaciones, me pareció que me estaba justificando.

Malaussène levantó una mano desengañada:

—Señor, una novela es lo que cada uno piensa de ella. Espere a que su familia haya leído la suya y verá. Cuando eso suceda, cambie la cerradura y, si se siente amenazado, llámeme.

A punto estaba de mandarlo a paseo cuando algo se movió bajo su escritorio. Un olor agrio se me agarró a la garganta y sentí un peso húmedo sobre el muslo izquierdo. Me levanté tirando la silla al suelo. Su perro me miraba, el hocico chorreando. No movía el rabo.

Luego, quise saber la verdad, por supuesto. ¿Era sí o no el mismo Malaussène que el de mi adolescencia? Para mi asombro, no tuve que rascar mucho. Loussa de Casamance,* el brazo derecho de Isabelle, un senegalés de edad indefinida, especialista, al parecer, en literatura china, me contó todo en nuestro primer café.

—¿Malaussène? ¿Benjamin? ¿El personaje de las novelas? Sí, es nuestro Malaussène. Si quiere, todo el mundo aquí se lo confirmará, es él y no es él.

Loussa me explicó que la primera novela, *La felicidad de los ogros*, había sido escrita partiendo de las notas que tomó Thérèse, la hermana mecanógrafa de Malaussène, del tiempo en que Benjamin les contaba a sus hermanos y hermanas pequeñas historias para dormir.

—Es muy simple, como usted ve. Thérèse copiaba, era su entrenamiento. Clara, otra hermana de Benjamin, nos vendió el resultado, e Isabelle, como buena editora, quiso saber si habría una continuación para publicarlo. Le pareció que, en temas novelescos, ese Malaussène tenía futuro. No se equivocó, como usted ya sabe. Para las siguientes novelas, las fuentes fueron otras. Contamos con los relatos de aquel viejo inspector de policía, antes de

que lo matasen... El inspector... ¿cómo era? El que se hizo pasar por vietnamita para llevar a cabo una investigación sobre drogas en Belleville. De ahí salió *El hada Carabina*.* A mí me parece que él mismo era medio vietnamita. ¡Ah! ¿Cómo se llamaba, Dios mío?

—El inspector Van Thian —digo, sorprendido de acordarme.

Loussa sonrió:

—Ya veo que la memoria de los lectores es más fiel que la de los testigos.

Yo me abstuve de decirle lo que pensaba de ese tipo de lecturas. Él continuó, como un historiador imperturbable:

—*La pequeña vendedora de prosa* (yo mismo tengo ahí un pequeño papel), *Señor Malaussène* y *Los frutos de la pasión* fueron escritas a partir de los borradores de Jérémy, el hermano menor de la familia. Él quería hacer una saga teatral pero Isabelle lo disuadió. ¡Novela, muchacho, novela! Un buen follón, esa colaboración entre Isabelle y Jérémy. ¡Todo un jabato, Jérémy Malaussène! ¡Le aseguro que se oyeron los truenos! Pero bueno, Isabelle tenía razón, esas novelas nos mantuvieron a flote en la época. ¿Otro café?

Como lo decliné, salió conmigo y me acompañó hasta las puertas de la editorial:

—Otros tiempos, otros textos, joven. Hoy, la literatura es usted.

Debí de emitir un mohín educadamente dubitativo porque él concluyó:

—Sí, sí, ya lo verá, Isabelle está convencida. Ella cree mucho en usted.

Y fue así como terminé aquí, de pie en un claro del Vercors, insultando a ese simulacro de Malaussène en lugar de ponerme a trabajar.

—¡Veintidós millones ochocientos siete mil doscientos cuatro euros, Malaussène! ¡Eso exigen los secuestradores! ¡Veintidós millones ochocientos siete mil doscientos cuatro euros!

II

NO ME GUSTA ESTE ASUNTO LAPIETÀ

«No me gusta la pareja mediática que forman mi hermana Verdún y Georges Lapietà.»

BENJAMÍN

Veintidós millones ochocientos siete mil doscientos cuatro euros. Despertada por la cifra, la jueza Talvern fue la primera en ser informada. Las exigencias de los secuestradores figuraban inscritas en las pantallas de sus dos ordenadores, de su móvil, de su tableta y hasta de su reloj. 22.807.204 euros. La cifra parpadeaba a su alrededor.

Cada mañana, la jueza Talvern se sumergía en el pululante plancton de los e-mails, los SMS, los tuits, los blogs y todo tipo de mensajes que van y vienen en ese no lugar en que las palabras intentan la aventura de la encarnación... Ella planeaba en esa sopa mental con la silenciosa paciencia de una raya. La jueza tenía el instinto de la información precisa, la mayoría de las veces le bastaba una ínfima señal.

Tiempo atrás, la jueza Talvern había compartido su vida con un busardo *madeleine* en la meseta del Vercors. El ave procedía por visión global, luego enfocaba el detalle comestible, la mayoría de las veces un ratón campesino que, hasta el instante fatal, no había advertido nada remarcable. Gracias a ese busardo, la jueza de fino bigote, pelo graso, gafas gruesas, sandalias de jesuita y falda plisada andaba uno o dos pasos por delante de su época.

Así que, muy pronto por la mañana, el espacio empezó a parpadear a su alrededor. Eso la despertó. Cuatro tuits se habían posado con enormes caracteres en sus pantallas. Los cuatro decían lo mismo: los secuestradores de Georges Lapietà exigían un rescate de veintidós millones ochocientos siete mil doscientos cuatro euros (22.807.204), es decir, la suma exacta del paracaídas de oro, del contrato blindado propuesto a su prisionero después de

que cerrase las filiales del grupo LAVA.

En cuanto a la entrega del rescate, recibirían instrucciones.

Bien.

Bien, bien.

Cuatro veces el mismo tuit, o prácticamente el mismo, pero emitido por cuatro remitentes distintos: Paul Ménestrier, Valentin Ritzman, André Vercel y William J. Gonzalès. Tres de esos nombres le eran familiares a la jueza. Testigos de los que ella estaba al tanto por uno de los expedientes Lapietà. Administradores del grupo LAVA.

La jueza concluyó:

1) que los susodichos Ménestrier, Ritzman, Vercel y Gonzalès eran parte interesada en la confección del paracaídas de oro propuesto a Lapietà,

2) que obligarlos a los cuatro a tuitear acerca del rescate indicaba que el o los secuestradores sabían sobre ellos alguna cosilla que los obligaba a obedecer,

3) y que la elección de esa cifra altamente simbólica sugería que el asunto no tenía que ver con profesionales del crimen.

Tras hacerse esta primera idea de la situación, la jueza tecleó dos mensajes en el teclado de su portátil.

El primero, destinado al capitán Adrien Titus,* de la brigada policial BRB, decía: «Querido Titus, a propósito de Lapietà, póngase en modo intuición. Cuando esté conectado, infórmeme».

El segundo estaba dirigido al comisario de división Joseph Silistri:* «Como viene de vacaciones, Joseph, tiene usted las orejas limpias. ¿Podría abrirlas en la asamblea general? Como si fuesen las mías, ¿le parece?».

Hecho lo cual, la jueza consideró llegado el momento de darle los buenos días a Ludovic Talvern,* su marido. La jueza Talvern, que todavía no se había puesto las gafas, ni aplastado y engrasado el pelo, ni sombreado con

una fina pelusilla el labio superior, ni ceñido a la cintura la falda escocesa que la hacía inaccesible, la jueza abrió los brazos a la vaga masa que avanzaba hacia ella. Ludovic Talvern secuestró el cuerpo desnudo de su mujer al tiempo que las sábanas lo liberaban en un sedoso deslizarse, y la jueza de tez rosada, de piel ardiente, de labio atrevido, de cabellera nocturna y mirada consentidora, la jueza aún templada por la mullida noche, se dejó empalar, las piernas enrolladas alrededor de su hombre, las manos en su cuello, la mirada en su mirada, aplicadas una y otra en no parpadear. La cosa sucedió tan lentamente como en el acoplamiento de un perezoso con su árbol para la temporada entera.

Durante esa misma eternidad, un tal Jacques Balestro,* agente deportivo, disfrutaba de una última reunión entre amigos antes de presentarse a un requerimiento de la jueza Talvern.

—A ver, muchachos, yo, como ojeador, me he curtido en Venezuela, en Tanzania y en la Burkina de la gran época. Me las he visto con los amarillos en temas de apuestas, hasta los rusos me pusieron una alfombra roja por el traspaso de los brasileños (porque estuve metido en el ajo de los hermanos brasileños, ¡no sé si os acordáis!), ¡y nunca me sacaron nada! ¡Nunca! ¡Así que no será ahora, por sentarme ante una jueza *made in France* nacida hace cuatro días! Nelson Netto soy yo, os lo recuerdo. ¡He sacado un sesenta por ciento de Nelson! Olvido soy yo, ¡al cuarenta por ciento! ¡Paracolès soy yo! ¡Otro cuarenta por ciento más! ¡No soy ningún pardillo!

—Bueno, tú estate al loro, Jacky.

—¿Cómo? ¿Que me esté al loro? El jefe se las ve tres veces al año, con esa enana, ¡y no se ha muerto!

—El jefe es el jefe. ¿Te estás comparando?

—No estoy diciendo eso, pero no es más que una tía, hostia. ¿Qué es lo que sabe?

—Margaret Thatcher también era una tía. Pregúntales a los argentinos qué es lo que sabía.

—Jacky, es una mujer que nunca les ha dicho nada a los periodistas, no lo olvides.

—¿Y?

—Joder, explícaselo tú, es tan...

—¿Soy tan qué?

—Jacky, mi Jacquot, lo que quiere decirte es que, a pesar de la presión de su cargo, de los lobbies y los políticos, con todas las tentaciones imaginables, nunca se ha ido de la boca. Ni una palabra. Jamás. A nadie. El secreto de sumario... eso es ella. Una caja de caudales. Y nadie ha dado con la combinación. ¡No por nada la llaman la jueza muda! Y sabes perfectamente el precio que tiene ese tipo de información, ¡tú mismo has salido de pesca! Créeme, tal como está el mundo, resistirse a semejantes tentaciones siendo una funcionaria de tres al cuarto es muy distinto a cerrar el pico delante de tus bebedores de vodka.

—¿Ah, sí? Ahí me hubiese gustado verte a ti, cabrón.

—No me trates de cabrón.

—Lo que queremos decirte, Jacky, es que no vale la pena que te presentes con tus truquillos de siempre: pasta bajo mano, garantías de promoción rápida, vestidos de lujo, jet privado y viajecito a la ópera de Manaus, todo eso no funciona, yo le doy por el culo a Fulano y Mengano me la chupa, ese tipo de golosinas no cuelan con la jueza muda.

—La estáis pifiando, muchachos, basta con ponerle precio. Lo que nos falta no son putas, sino pasta.

—...

—...

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—...

—¿Tienes un abogado? ¿Sigue siendo Soares, tu abogado?

—No necesito un abogado. No me han citado como sospechoso sino como testigo.

—No vayas solo, Jacky.

—Joder, pensadlo bien. Presentarme con un picapleitos es admitir que tengo algo que ocultar. Miradme bien, muchachos, ¿tengo pinta de tener algo que ocultar?

—...

—Jacques, cuanto menos digas, mejor para todos. Si la cosa se pone fea, la palmas. ¡Palabra de cabrón!

La hora ha llegado. Allí está Jacques Balestro. Solo. Sin abogado. A la mierda con eso. En punto. Lo meten en el despacho de la jueza Talvern en cuanto ella lo convoca. Sin levantarse, la jueza le indica que se siente. Él lo hace. Tampoco él abre la boca. La mira. La ve en persona por primera vez. Más fea y no naces. En un santiamén tiene la historia de su vocación: una frustrada. Joder al mundo por haberla olvidado. La jueza vuelve hacia Balestro una pantalla de ordenador todavía apagada. Él espera. La pantalla se vuelve un espejo. Él se ve reflejado. Eso le sorprende un poco. Su pinta de pendenciero, su barba de tres días y su traje Armani. Detrás, la cabezota bigotuda de la jueza, la piel grasa, el pelo aplastado y reluciente. Luego, Balestro oye un ruido de teclado. El espejo se vuelve pantalla. Aparece la primera pregunta de la jueza.

—¿Nombre, apellido, fecha de nacimiento, ocupación?

Ahí se le escapa la risa.

—Entonces ¿esas son las reglas del juego? ¿Usted escribe y yo hablo? ¿Es usted realmente muda? ¿Está permitido, en la administración?

Pero la sonrisa se borra de su cara. En la pantalla aparece su frase. Tal como acaba de pronunciarla.

—*Entonces ¿esas son las reglas del juego? ¿Usted escribe y yo hablo? ¿Es usted realmente muda? ¿Está permitido, en la administración?*

La duplicación lo pone nervioso:

—¿Qué es esto?

—*¿Qué es esto?*

La respuesta de la jueza de instrucción también aparece en la pantalla:

—*Es lo que acaba de decir usted.*

Él acusa el golpe. Trata de recuperarse rápidamente. Su mirada se endurece.

—Entendido: todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. ¿Como en una peli, o qué? Dicho y escrito.

—*Entendido: todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. ¿Como en una peli, o qué? Dicho y escrito.*

Este segundo golpe es casi tan violento como el primero. Balestro se calla. La pregunta vuelve a aparecer.

—*¿Nombre, apellido, fecha de nacimiento, ocupación?*

Se revuelve en su silla. Declara llamarse Jacques Balestro, haber nacido el 21 de enero de 1977 en Niza, ejercer la profesión de agente deportivo. La pantalla confirma enseguida.

—*Jacques Balestro, nacido el 21 de enero de 1977 en Niza, profesión: agente deportivo.*

—*¿Es decir?*

—*¿Es decir qué?*

—¿Es decir qué?

No se acostumbra. No se acostumbra a ese eco visual.

—¿No podemos parar este circo? Podemos hablar, ¿no? A fin de cuentas, somos humanos.

—¿No podemos parar este circo? Podemos hablar, ¿no? A fin de cuentas, somos humanos.

La respuesta aparece en la pantalla.

—Señor Balestro, explíqueme con calma en qué consiste el trabajo de agente deportivo. No sé nada sobre esa materia.

Él no lo cree. No puede creer que no sepa nada. De hecho, seguro que es al revés. Si no, no lo habrían citado. En el fondo, tal vez no sea tan astuta. Lo toma por un estúpido. Con pantalla o sin ella, tampoco va a ser tan chungo.

Mientras se dice eso, la pantalla desgrana una serie de cifras, enormes y negras: 1, 2, 3, 4, 5, al ritmo de un segundero. Él frunce el ceño. No puede evitar preguntar por segunda vez:

—¿Qué es esto?

—¿Qué es esto?

Tecleado.

—Es el cómputo del tiempo que le lleva a usted responderme. Su tiempo de reflexión. ¿Tanto necesita para reflexionar sobre la naturaleza de su trabajo?

Él se levanta.

—Mierda, me largo. ¡Basta de gilipolleces!

Camina hacia la puerta.

Y oye la voz de la jueza por primera vez.

—¿Prefiere una citación como sospechoso?

Eso lo para en seco. La voz es dulce, baja, un poco melancólica. Y sin asomo de amenaza. Él se vuelve. Ella lo mira. Unos ojos enormes detrás de

las gafas que hacen de lupa. Como una lechuza. Un ave de ese tipo. La voz no cuadra con esa imagen de rapaz. La hubiese imaginado más agria.

—¿Sigue siendo Soares su abogado? ¿Cuándo podemos fijar la vista? ¿Qué día le vendría bien, señor Balestro?

Eso lo desestabiliza, tanta obsequiosidad. Por otra parte, la jueza conoce el nombre de su abogado... En lugar de escoger un día, señala la pantalla del ordenador:

—¿Todavía estará este...?

Ella dice que sí con la cabeza. Le explica:

—Ajuste presupuestario. Esto ahorra en personal.

Madre mía, ¿solo eso? Se dice que ha sido imbécil. Así que nada retorcido ahí adentro. Recortes en la justicia como en cualquier otro lugar, eso es todo. ¿Por qué eso también le ha dado canguelo?

Dice:

—Está bien, podemos continuar...

Ella le indica que se siente.

Él vuelve a sentarse.

Y de repente es ella, la jueza, quien tiene una visión: un busardo *madeleine* sobrevuela el cielo del Vercors. El ave gana altura, se encoge, se vuelve compacta como un puño, se abate sobre una gallina, le quebranta el espinazo, le abre el abdomen y enseguida despega con un largo collar de tripas en el pico. Abajo, la gallina todavía vive.

TALVERN: ¿*En qué consiste su oficio de agente, señor Balestro?*

Balestro dice que primero fue scout. La pantalla del ordenador lo escribe entre interrogantes: ¿*Scout?* Él se ríe. No del movimiento Scout; del fútbol, scout quiere decir ojeador. ¿*Es decir?* Vaya... es decir que uno recorre las ciudades, los barrios, los estadios, las calles, cualquier lugar en que los chavales juegan al fútbol, ¿sí?, para localizar a los más dotados.

TALVERN: ¿Y?

1, 2, 3...

BALESTRO: *Y contacta con la familia del chaval.*

TALVERN: *¿Con qué propósito?*

1, 2, 3, 4...

BALESTRO: *Para ver si los padres estarían interesados en confiarnoslo.*

TALVERN: *¿Confiarnoslo? ¿Quién es ese nosotros? ¿A qué se refiere?*

1, 2...

BALESTRO: *En fin, confiárselo al club, ¿sí?, para la formación, ya sabe usted, fútbol y escolaridad, ese tipo de...*

TALVERN: *¿Quién le paga por este trabajo?*

BALESTRO: *¿Cuando uno es scout?*

TALVERN: *Sí.*

BALESTRO: *El club. El club es el que nos paga. El club para el que uno curra, para el que uno trabaja, quiero decir. Somos asalariados, joder.*

TALVERN: *¿Le pagan en función del número de jóvenes jugadores que ojea?*

BALESTRO: *En absoluto, no. Al scout se le paga un fijo. Tiene un salario. De todos modos, no se nos puede pagar por la contratación de un menor. Sería un delito.*

TALVERN: *Gracias por esa precisión, señor Balestro. ¿Y el agente?*

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7...

BALESTRO: *¿No podríamos parar esas cifras? Me ponen nervioso.*

TALVERN: *No mire a la pantalla cuando me responde, señor Balestro, míreme a mí. ¿Y el agente? ¿Cómo se le paga, al agente? Ahora es usted agente, ¿cierto?*

BALESTRO: *Sí, sí.*

TALVERN: *¿Desde cuándo?*

BALESTRO: *Ocho años, creo.*

TALVERN: *¿Es siempre su club el que paga?*

BALESTRO: *No, ahora soy independiente.*

TALVERN: *¿Es decir?*

BALESTRO: *Me paga el mejor postor. Recluto a un jugador, se lo propongo a un club o a otro. Y luego, hacemos participaciones.*

TALVERN: *¿Participaciones?*

1, 2, 3, 4, 5, 6...

BALESTRO: *¿En serio que no sabe usted cómo va eso?*

TALVERN: *No, lo cierto es que no. Pero si tiene usted la bondad de explicármelo...*

BALESTRO: *Vaya... (1, 2, 3, 4...) Un jugador es parte del mercado, ¿sí? Es una inversión, si usted lo prefiere. Un buen jugador produce. La familia tiene sus participaciones, el ojeador tiene sus participaciones, el club tiene sus participaciones, los patrocinadores tienen sus participaciones...*

TALVERN: *¿Los patrocinadores? ¿Qué tipo de patrocinadores?*

BALESTRO: *Empresas, marcas... Las que ponen su logo en las camisetas... Tienen la parte más grande de los jugadores...*

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7...

TALVERN: *Olvido, ¿diría usted que es un buen jugador?*

1, 2, 3, 4, 5, 6...

BALESTRO: *¿Olvido? Sí, comienza a rendir.*

TALVERN: *Lo vimos jugar, contra Uruguay, mi marido y yo, la semana pasada. A mi marido le parece genial. ¿Lo conoce?*

BALESTRO: *¿A Olvido? (1, 2, 3, 4...) Sí (1, 2, 3...), fui yo quien lo descubrió...*

TALVERN: *En Niza, sí, es cierto, barrio de Ariane, en el valle del Paillon. ¿Posee usted participaciones sobre Olvido?*

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9...

TALVERN: *Señor Balestro, ¿posee usted participaciones sobre Nessim Olvido?*

BALESTRO: *Sí.*

TALVERN: *¿Cuánto?*

BALESTRO: *(1, 2, 3, 4, 5...) Un cuarenta por ciento.*

TALVERN: *¿Quiénes son los otros accionistas?*

BALESTRO: *La familia, un poco. Los otros, no lo sé. Hay mucha gente sobre Olvido. Y luego... las participaciones... es algo que se revende. Como le decía, empieza a rendir, Olvido.*

TALVERN: *¿Qué edad tenía cuando usted lo descubrió?*

BALESTRO: *No sé. Era joven. Tenía un algo.*

TALVERN: *¿Y cuándo se lo vendió a los polacos?*

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14...

TALVERN: *Tenía dieciséis años, tres meses y dos semanas, señor Balestro, era menor. Usted se embolsó trescientos cincuenta y siete mil dólares por la operación, tal como lo atestigua su cuenta CD 38 507 Q, y los papeles del chaval fueron falseados por Paul Andrieux-Mercier, quien actualmente cumple una condena de cinco años en la Central de Clervaux por falsificación de documentos, uso de documentos falsos, ocultación y lesiones, entre otros.*

BALESTRO: *...*

TALVERN: *¿Quiere llamar al señor Soares? Me veo forzada a interrogarle.*

—¡Resistir a sucesos diversos no hace de usted un resistente, Malaussène!

La voz de Alceste nos persiguió un buen rato, a Julius y a mí. En el fondo, mis visitas le hacen mucho bien. Cada vez que me voy me lo imagino saltando sobre su ordenata y tecleando con sus veinte dedos para reprender a la humana indiferencia en nombre de la verdad verdadera. Ese es su tema, la verdad es su tinta.

—¡Su tinta y nuestra prosperidad, Malaussène!

Todo un hallazgo de la Reina Zabo, estos heraldos de la verdad verdadera; ellos son hoy en día quienes llenan la caja de Ediciones del Talión. En la década que siguió a la caída del muro de Berlín, mi santa jefa comprobó otra caída: la cifra de sus colecciones de ensayo se fundía como el casquete polar. El estudio de las sociedades ya no vendía tanto. ¡Basta del sueño colectivo! ¡Basta de quimeras! ¡Basta de cadáveres! ¡Si hay alguna verdad, esta anida en el corazón de la experiencia individual! He ahí lo que flotaba en el aire nuevo. Desde entonces, cada novelista tenía el empeño de escribir su propia verdad. Ahí estaba el filón, concluyó la Reina Zabo, hay que reclutar en el seno de esa nueva convicción.

—¿Qué opina usted, Malaussène?

Resulta que yo estaba presente esa histórica mañana en que la Reina decidió reclutar a todos los autores de la verdad verdadera que no publicaban en su editorial. (Nuestros «vevés», escribía ella en sus notas de servicios.)

—Pienso que eso son muchos vevés a reclutar, Majestad.

—¡Va a costarnos un ojo de la cara! —superó Loussa.

—Una inversión rentable —pronosticó Leclercq, nuestro perito contable.

—Les vendo mi casa de Cabo Ferrat a la mafia rusa, disminuyo vuestros salarios en un pequeño cuarto, pedimos prestado el resto, reclutamos a los vevés y nos resarcimos con los beneficios. ¡Negocio redondo!

Tras lo cual, Loussa y yo pasamos los siguientes meses robándoles los vevés a todos los editores que creían haber comprado un pedazo de la verdad verdadera. Venid a nuestra editorial, venid, queridos autores, la Reina os ama de verdad, ¡seréis su ojito derecho, su único ojito! Ellos se lo creyeron. Aceptaron los cheques y se fueron presentando, todos, cada uno por su cuenta. Alceste es el campeón del día. Su *Me mintieron* lleva ocho meses de superventas. A su familia le gustaría impedirle que escriba la continuación.

Tales son los recuerdos que me acompañan en mi regreso al pueblo, con Julius el Perro delante de mí.

A cada liebre que levanta, Julius se sienta.

A cada cierva que salta de entre la maleza, Julius se sienta.

A cada busardo que alza su pesado vuelo desde lo alto de la estaca de una cerca, Julius se sienta.

Se sienta, mira al animal hasta que desaparece por completo, luego una ojeada en mi dirección y reemprendemos el camino. ¿El antiperro de caza por excelencia? ¿Una dulzura de la guardería animal? ¿Un etólogo que quiere hacerme disfrutar de la fauna? Y sin embargo, él no manifiesta la menor admiración: la bestia salta, Julius se sienta, la bestia corre, Julius mira, la bestia desaparece, Julius se marcha. Sin la menor expresión en esa mirada que me dirige brevemente antes de reemprender la marcha.

Quién sabe por qué razón, eso me hace pensar en Talvern, el aterrador coloso de Verdún. El plácido amor de Ludovic Talvern por mi hermanita Verdún, su esposa ante la República... Hay algo de Julius, ahí dentro, algo de esa enigmática evidencia. Un verano, Ludovic llevó a Verdún sobre sus

hombros hasta la cumbre del Gran Veymont. ¡Talvern se chupó un desnivel de mil doscientos metros con su mujer auestas! Iba ascendiendo allá lejos, delante de nosotros. De vez en cuando, veíamos cómo Verdún se levantaba y brincaba sobre toda la anchura de su hombre para desentumecer sus piernas. El resto del tiempo, empollaba su derecho del deporte, sentada en su hombro izquierdo, el brazo alrededor de su cuello. En aquella época todavía no había finalizado sus estudios.

De Verdún paso naturalmente a la jueza de instrucción en que se ha convertido, y de la jueza, al asunto Lapietà. El asunto Lapietà que no me saco de la cabeza mientras va apareciendo el pueblo,

donde me espera Julie,
en el café de la Balanza,
delante de una caña y abanicándose.

Eso es precisamente de lo que habla la gente cuando abro la puerta, del asunto Lapietà. En términos de conversación, es el plato único en la Balanza.

—¿Ya te has enterado de la última, Malo?

Bienvenida colectiva.

La mirada afligida de Julie me anuncia que no me salvaré. Dejo caer la mochila, pido una caña para mí y un cuenco de agua para Julius, que se ha quedado fuera. Todo el pueblo masculino está presente. Todos golpeándose el muslo, partiéndose de risa porque, hostia puta, secuestrar a Lapietà no es moco de pavo, pero pedir su paracaídas de oro como rescate, ni un céntimo más, ¡eso ya es la hostia!

(¡Ajá! Eso es lo que quería contarme Alceste... El importe del rescate...)

Para meterme en la conversación, pregunto:

—¿Y cuánto es, ese paracaídas de oro? ¿Cuál es la cifra exacta?

Ellos me dicen con una sola voz:

—Puf... ¡No te lo creerás!

Y, calculadora en mano, sigue una cascada de comparaciones:

—¡Veinte mil veces el salario mínimo interprofesional limpio, casi nada!

—¡Veintiocho mil quinientas veces mi jubilación, madre de Dios!

—¿Y tú, César, cuántas veces tu RSA?

El dueño del husky masculla el importe de su subsidio:

—¡Joder, cuarenta y cuatro mil ochocientos siete veces el RSA de César!

—berrea su vecino de codo, alzando el vaso como si brindase por el más afortunado.

—¿No te parece que eso es pasarse, Malo?

El Malo soy yo, yo soy el maromo de Julie. Julie es su Juliette, la hija del difunto gobernador colonial Corrençon,* la leyenda del Vercors, un pueblo lleva su nombre al otro lado del macizo. Su Juliette... Nacidos y criados juntos. La jefa de su banda en la edad de los descubrimientos. La que en caso de litigio se defendía como tres chavales juntos. No había mozo en la región que se atreviese a intentarlo. Ni se les ocurría. Todos la defendían, así que a todos les estaba prohibida.

De modo que Malo soy yo, el tipo que Juliette se ha traído de la ciudad, que sube a la meseta en cuanto les abren la jaula a los asalariados. Un parisino. Currante de una editorial, por lo que parece. ¿Escritor? No, otra cosa.

Tan pronto como desembarqué en su mundo. Al parecer, así les venía mejor. Malaussène, como nombre, era reducible y declinable: Malo simplemente, o Mal de pecho, Mal de pies, Mal de ojo, según el caso. Y tranquilamente conceptualizable: «el Malo». El arte local del apodo merecería un estudio detenido. «César», por ejemplo, exhausto y agotado bajo el peso de sus rastas; durante mucho tiempo me pregunté quién había

tenido la brillante idea de ponerle semejante apodo imperial al tipo menos conquistador del lugar. Robert fue quien me sacó de dudas:

—Tú, siempre dispuesto a inventarnos cualidades que no tenemos, Benjamin. ¿Quieres que te diga por qué le llamamos César? Verás cómo te decepciona. Cuando apareció por aquí, con esas greñas de haberse pasado la vida debajo de la cama, uno de nosotros (Dédé, Yves, Mick,* René, Roger o yo, vete tú a saber) le puso con toda naturalidad el nombre de esa especie de mocho, ya sabes, con tiras de lana por todas partes, el O’Cedar. Otro, que iba un poco más tocado de pastís, comprendió Oh, César. Y al final se le quedó César, sin más, simplemente César, que es más manejable. No busques donde no hay, aquí somos prácticos, no hay más.

Y ahora quieren saber qué es lo que pienso del asunto Lapietà.

—¿A ti no te parece que es pasarse?

Como a menudo cuando me interpelan, me quedo quieto. Malaussène o el grado cero de la espontaneidad. Tener que explicar bajo presión qué es lo que me parece esto o aquello me hace pensar que no me parece nada. ¿Lapietà? Veamos, ¿qué pienso yo del asunto Lapietà? Que sesenta y seis millones de franceses deben de estar hablando del tema. No hay duda de que la banda que ha dado el golpe exigiendo por rescate el importe del paracaídas de oro sin dejarse un solo céntimo ha dado en la diana simbólica. Pero eso en la Balanza ya lo saben todos, puesto que Francia son ellos. Somos nosotros.

Guiado por el azar,* pregunto cuántos somos en la comunidad de municipios.

Google salta instantáneamente de una mano a otra:

—675 en La Chapelle,

—226 en Saint-Julien,

—396 en Saint-Martin,

—344 en Vassieux,

—378 en Saint-Agnan.

Para un total de dos mil diecinueve almas.

—Censo de 2012 —precisa Mick.

—Pues bien, muchachos —les digo—, tengo una mala noticia para todos nosotros.

Los vasos quedan congelados.

—¿Sabéis lo que iba a hacer, Lapietà, con el paracaídas de oro, si estos irresponsables no lo hubiesen secuestrado?

Silencio inquieto.

—Mick, ¿puedes prestarme tu calculadora, por favor?

Calculadora en la que divido en voz alta 22.807.204 entre 2,40, lo que nos da 9.503.000, dividido entre 2019, hacen 4.706, que a su vez divido entre 365.

—¡El aperitivo durante trece años! ¡He aquí lo que quería regalarnos Lapietà! En serio, ¡él mismo me lo dijo! Lo conozco personalmente, París es un pañuelo. El aperitivo durante trece años, o el café durante veintiséis. ¡Veintiséis años de cafelitos! ¡A todos los habitantes del Vercors meridional! ¡He aquí lo que esos gángsteres nos han robado! ¿Eso es lo que tanto os divierte?

Y en efecto, les divierte.

—¡Juliette, mira que es imbécil, tu Malo!

En el camino que nos devuelve hacia Les Rochas, le pregunto a Julie:

—¿Han dicho algo sobre Alceste?

—Silencio absoluto. Lo llaman «la Máscara de Hierro».

—Bien. ¿Quién está de guardia esta tarde?

—René y otros tres. En caso de problemas, Mick tiene preparada la

pequeña cueva de los Bruyères como solución alternativa. Roger se encarga de la alimentación. Su huerta no está lejos.

Bien. Todavía no es esta noche cuando Alceste hará las maletas o un desdichado irá a visitarlo.

¿A qué viene entonces esta inquietud que no me saco de encima?

Algo que Julie no tarda en preguntarme:

—¿Qué es lo que tanto te preocupa desde esta mañana, Benjamin?

De pie sobre el asiento trasero, Julius me babea el cuello.

—¿Alguien le ha dado cerveza a Julius?

—El sacristán, creo, son buenos amigos. Venga, ¿a qué le das tantas vueltas?

No sé. No sé... Algo no cuadra. No es Alceste, no es mi salud, ni siquiera son Sept, Mosma o Mara, a merced de los peligros del mundo...

Conducimos en medio de una noche bien cerrada. Los faros bizquean en la bruma. Nuestro sexto sentido está en alerta, el que acecha a la aparición imprevista de una pieza de caza mayor tratando de cruzar el camino.

—No me gusta nada ese asunto Lapietà.

Es verdad.

La jueza Talvern y Lapietà...

No me gusta la pareja mediática que forman mi hermanita Verdún y Georges Lapietà. Cada uno de sus encuentros es como el nuevo episodio de un serial que nunca termina.

El año pasado, un buen día la radio nos despierta a Julie y a mí... Resuena la voz guasona de Georges Lapietà a la salida de una audiencia con Verdún. Acababan de pasar once horas cara a cara. Lapietà tarareaba «En las escaleras del palacio», mientras bajaba por las del Palacio de Justicia hacia el montón de periodistas que subía a su encuentro. En cuanto tuvo los micros a tiro, se puso a bramar:

—Ha sido delicada, nuestra pequeña cita. Habladora, habladora... no diría yo que es, esa juececilla, pero vaya, a su manera es bastante elocuente. ¡Una chica bien! ¡Con esa hermosa mirada tras sus gafas de culo de botella!

—A ver, queridos colegas, ¿pueden ustedes atenderme un momento? ¿Están listos?

Tras poner el teléfono en modo avión y alzar la mirada hacia la cabeza arrugada de Legendre,* inspector general, el comisario de división Joseph Silistri está listo.

—Les aconsejo que no pierdan detalle.

Asunto Lapietà, pues. Con treinta y seis horas de retraso, por fin los superiores se despiertan. Legendre va al frente. El comisario Silistri y sus lugartenientes esperan, instalados en la paciencia desilusionada de los polis a los que el jefe se dispone a contarles lo que ellos mismos le han explicado. Idéntico menú para la brigada financiera: Atiendan, contables, el gran jefe va a servirles sus expedientes.

—Para empezar, queridos colegas, en lo que respecta a Georges Lapietà, ya conozco los rumores que corren, incluso por sus departamentos, y no me cansaré de pedirles que se atengan a los hechos.

Claro y raso: Lapietà, terreno minado, cerrad la boca, nos escuchan en las más altas instancias.

Los ojos de Silistri se entretienen en el pequeño podio de las sesiones presidenciales al que se ha encaramado Legendre. Recuerda entonces al viejo Coudrier,* su exjefe, retirado ya hace un tiempo, en cuya casa acaba de pasar unos días de vacaciones. En otros tiempos, currábamos bajo el amparo de un águila, se dice Joseph Silistri, y hoy evitamos las cagadas de un palomo.

Legendre continúa con su arremetida:

—Conceptos tan vagos como la *reputación* de la víctima (antiguo ministro de la República a fin de cuentas, se lo recuerdo) no tienen que interferir en sus investigaciones. Que yo sepa, no son ustedes periodistas.

Un palomo callejero, piensa Silistri. Ascendido como un adorno. ¡Porque para darse toda esa importancia sí que se maneja, el palomo!* Titus ha hecho bien en no venir.

—No voy a ir, Joseph —decretó el capitán Adrien Titus—. Tengo cosas que hacer. La pequeña Talvern ha tenido una intuición. Voy a seguirle la pista. Si el palomo pregunta por mí, invéntate algo.

El palomo no dejará de preguntarle al comisario Silistri dónde se ha metido el capitán Adrien Titus. «Dentista —responderá Silistri—. Se ha pasado la noche subiéndose por las paredes: esta mañana, dentista.» Silistri avisó a su excuñado, el dentista en cuestión:

—Armand, mañana por la mañana, entre las nueve y las diez, recibes a un poli y a sus tres caries. Tiene que figurar en tu libro de visitas.

El excuñado se resistió:

—¿Después de lo que le has hecho a mi hermana? ¡Vete a la mierda, Joseph!

Silistri negoció:

—Veintidós años de matrimonio, Armand, y, en lo que a ti respecta, veintidós años de multas desaparecidas. ¿Te haces una idea de lo que eso supone si de pronto reaparecen, veintidós años de multas? Dispara un precio, a ver.

Ahora, Legendre se las da de pedagogo:

—Como ya saben, Georges Lapietà fue destituido de sus funciones en el seno del grupo LAVA, y él mismo detenido por un fondo de pensiones de origen extranjero.

«De origen extranjero», anota Silistri. Ahí tenemos la cortina de humo.

Silistri se pregunta si Legendre ya habrá invertido una parte de su futura jubilación bajo la mágica baldosa de un fondo de pensiones de origen extranjero. Pasarse el resto de la vida contando los dividendos, eso cuadra con el palomo.

—A los que se sientan tentados de mofarse del importe del «paracaídas de oro» que se le concedió a Lapietà (un concepto puramente periodístico a fin de cuentas, esa noción de paracaídas dorado), les recuerdo en qué consiste: una indemnización legal de despido, por otra parte bastante modesta, otra indemnización que compensa la pérdida de su jubilación, a lo que se añaden el importe de las acciones que posee en el grupo, una indemnización de ruptura por cada uno de sus mandatos como administrador y una bonificación de salida ligada a sus actividades en el seno del grupo LAVA, las cuales, en el caso de Georges Lapietà, están lejos de ser despreciables. Todo eso es perfectamente legal, negociado entre las partes, calculado al dedillo, sujeto a impuestos, y vigilado por Bercy. El comisario de división Klein* les facilitará en su exposición los detalles de esas cantidades.

Silistri mira de soslayo al comisario Benoît Klein, quien le devuelve una media sonrisa: ¿Qué te decía...?

¿Quién habla de guerra de las policías? Estos dos han celebrado su propia reunión la noche anterior, a cuatro manos y tres botellas que tardaron en beberse el tiempo necesario que lleva una correcta asimilación del expediente. En este asunto, el Crimen y las Finanzas andaban de la mano.

—Dime exactamente lo que quieres saber, Joseph.

—Vuelvo de vacaciones, quiero saberlo todo.

—¿Por dónde empezamos?

—Ménestrier, Vercel, Ritzman y Gonzalès, por ejemplo.

—Los cuatro en el consejo de administración de LAVA, tratamiento de aguas residuales y abastecimiento de agua potable; filiales en todo el mundo, eso ya lo sabes.

—¿Y lo que todavía no sé?

—Los cuatro metidos en un montón de cosas. Difícil de ser exhaustivo, son chicos muy activos.

—¿Por dónde los tiene cogidos Lapietà?

—Básicamente, por concesiones públicas fraudulentas: depuradoras, canalizaciones, kilómetros de cañerías europeas, una presa en Chequia... La jueza Talvern sabe mucho sobre eso.

Silencio.

Tragos.

Pregunta de Benoît Klein:

—Según tú, ¿hay alguna posibilidad de que hayan eliminado a Lapietà?

Respuesta de Joseph Silistri:

—Poco probable. La desaparición de Lapietà haría aflorar los expedientes de los cuatro.

Trago de uno.

—Lapietà y sus redes...

Trago del otro.

—Para eso sirve una larga estancia en el ministerio, querido Joseph.

Silistri recordaba esa longevidad ministerial. Con un temperamento tan sanguíneo como el de Lapietà, nadie esperaba que durase como ministro. Tres semanas con la cartera y un enfrentamiento por una cabezonada u otra, eso era lo previsto. Pues bien, para nada... Un tipo estable, Lapietà. Ministro absolutamente ejemplar. Titulares en primera plana en su favor: «Incansable explorador de los mercados extranjeros», «Punta de lanza de nuestras empresas», «El ministro caminante», «Políglota y viajero». Y lo mismo con

las fotos: Lapietà en el avión presidencial, Lapietà sobre la muralla china, Lapietà en Irlanda, Lapietà en Brasil, Lapietà y el anillo del papa...

—Y entonces ¿por qué lo han echado de LAVA, querido Benoît?

—En realidad no lo han echado. Acabó lo que tenía que hacer, eso es todo.

—¿Que en este caso era...?

—En este caso, si mi vaso sigue vacío, tú te quedas con las ganas.

Joseph Silistri descorchó la segunda botella y el comisario Benoît Klein, salido de las más altas escuelas, le explicó al comisario Silistri, salido de las calles más bajas, que, designado por los administradores para diversificar la actividad del grupo LAVA invirtiendo en bienes inmuebles, Lapietà se había hecho todo un experto en el rescate de promotores «estructuralmente deficitarios».

—Empresas en quiebra, ya sabes. ¿Me sigues?

—Por ahora sí, pero poco a poco. No te conviertas en la sección de economía.

—Deberías llegar, Joseph, no es más que un tema de pícaros. Lapietà está conchabado con ciertos mandatarios liquidadores que le proponen al tribunal venderle esas promociones en quiebra al grupo LAVA y no a algún otro. Sobre la base de informes indiscutibles, eso cae por su propio peso.

—¿A través de qué?

—Eso se lo preguntarás a la jueza Talvern.

Silistri sintió un escalofrío. No se veía presentándose ante la jueza Talvern para preguntarle: Mi pequeña Verdún, ¿hasta qué punto están metidos tus colegas? Y, sin embargo, ella lo sabía. Ella lo sabía todo. Mierda, se dijo Silistri, Dios sabe que no soy supersticioso, pero esa pequeña lo sabe todo sobre todo, desde siempre, y yo lo sé de buena tinta porque lo que ella no sabe me lo pregunta a mí. «Sé mis oídos, Joseph.» En cuanto leyó el SMS de la jueza Talvern, Silistri llamó a Klein.

Quien en ese preciso instante volvía a llenarle el vaso.

—Joseph, a propósito de la jueza Talvern, hay algo que no me saco de la cabeza.

—Tú dirás.

—¿Cómo una chica joven puede ser tan fea?

A Silistri le sorprendió la expresión «chica joven». Klein no había dicho esa chica, esa muchacha, ni por supuesto esa chati, ni siquiera esa tía...

Esa «chica joven»... Era una emoción casi paternal.

—Joder, Joseph... esos bigotes, ese pelo grasiento, esas gafas de culo de botella, esa puta falda escocesa, esa espalda encorvada, esos calcetines vueltos, esas sandalias de jesuita, y ese olor, esa cosa empolvada, casi deletérea, Dios mío...

Una emoción *muy paternal*, rectificó Silistri.

—¿No tiene a nadie? Qué sé yo, un padre, un hermano, una familia... Alguien que la *mire* un poco...

Ni siquiera contempla la posibilidad de que pueda estar casada, se dice Silistri. Por un momento, le pareció ver a Ludovic Talvern, con todo su peso, sentándose sobre el comisario de división Benoît Klein.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Klein—. Todavía es joven, ¿no?

Veintinueve años, calculó Silistri. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! Y decidió aliviar el suplicio de su colega. Después de todo, él mismo sentía algo parecido al pensar en la jueza Talvern. Y no era cosa de hacía dos días.

—Benoît, ¿te acuerdas de Thian?

Klein tardó tres segundos en resucitar la silueta del inspector Van Thian.

—¿Thian? ¿El tirador? ¿El viet? ¿El amigo de Pastor? ¿Al que se cargaron en el hospital? Por supuesto.

—Ese. ¿Recuerdas que al final de sus días cargaba con un bebé al que llevaba contra el vientre en un arnés de cuero? ¿Un bebé que nos miraba a los

ojos?

—Nunca vi a esa criatura, aunque he oído hablar de ella, sí.

—Pues bien, era ella. Es la jueza Talvern. Sobre la panza de Thian vio el mundo tal como es, eso es todo. Oyó silbar sus balas.

Klein fue a abrir la boca de nuevo, pero Silistri le rellenó el vaso.

—Volvamos a nuestro tema. Lapietà rescataba a promotores en quiebra, ¿eso es?

Un largo trago hizo pasar la imagen de la jueza Talvern.

—Eso es, sí. Lapietà rescataba a diestro y siniestro, despedía a todo el mundo, volvía a montar nuevas estructuras para revenderlas después de hacer los ajustes, y así sucesivamente hasta cebar a muerte las finanzas del grupo LAVA. Cuando termina el curro, se larga, punto pelota. Pasa a otra cosa. En este caso, al fútbol, donde hay otro montón de pasta.

—¿Es todo?

—Es todo. Y mañana, ya verás como Legendre justifica su pseudodespido hablando de una «bonificación de salida ligada a sus actividades en el seno del grupo LAVA, las cuales están lejos de ser despreciables». Tengo la absoluta seguridad, para algo he sido yo quien le ha escrito la perorata.

Palabra por palabra lo que acaba de recitar Legendre.

Ahora mismo, el palomo anda por las conclusiones:

—Así pues, queridos colegas, nos hallamos ante un simple intento de intimidación. Una banda de insensatos que se consideran estafados ha secuestrado a Georges Lapietà. La cifra simbólica del rescate me lleva a reafirmarme en mi primera intuición: no es un rapto serio. ¡Quieren crear un relato, como se dice hoy en día! Y si lo que piden es ese paracaídas, ¡no hay duda de que es gente relacionada con LAVA! ¡Si hubiesen considerado

ustedes esos elementos, si sus servicios hubiesen sido más reactivos, nos habrían ahorrado el ridículo de encontrar el importe del rescate en la primera plana de todos los periódicos de esta mañana!

Nosotros, claro, piensa Silistri, el ridículo...

Ahora cae una lluvia de consignas: meter en el trullo a todos los sindicalistas de LAVA, pasar a cada miembro por la minipímer, lanzarse al asalto de las sucursales, registrar un centenar de almacenes... Total, encontrar a Georges Lapietà cuanto antes, esto va de...

¿Va de qué, de hecho?

¿De qué va esto?

Mientras Legendre sigue profiriendo consignas y amenazas, Silistri deja pasear su mirada por entre los peces gordos de la reunión, sus compañeros, los comisarios de división Foucart, Allier, Goujon, Bertholet,* Klein, Menotier, Carrega* y el propio palomo: todos ellos a las puertas de la jubilación. Yo incluido, concluye Silistri. Ni un solo joven. En antiterrorismo, los jóvenes están todos allí. Estado de emergencia obliga. París bulle. El terror ametralla a diestro y siniestro. Cosa de jóvenes, el antiterrorismo. Para nosotros, los viejos, una sola consigna: encontrar a Lapietà y currarnos el retiro. La gran misión. Largarse como bandidos resplandecientes tras su último golpe, salir de escena con la cabeza alta y el culo engalanado. Un casting a lo Sam Peckinpah,* en eso nos hemos convertido: ¡Quiero la cabeza de Lapietà! ¡Pero sobre sus hombros, eh! ¡Pensad en mi jubilación!

También el capitán Adrien Titus andaba entre referencias cinematográficas. Ariana Lapietà, esposa de Georges Lapietà, era la Claudia Cardinale* de Sergio Leone.* Con dos o tres décadas de más, armoniosamente repartidas. ¿Cómo podía una mujer parecerse tanto a un icono? Era la segunda vez que Titus la veía. Había llegado la víspera con Menotier. Porque Legendre le había endosado al comisario Menotier. El palomo ya no permitía que Titus trabajase solo. Titus había dejado que su carabina manejase el interrogatorio. Menotier se hacía un lío con los señora, señora ministra, señora del ministro, querida señora... En el coche se había referido al asunto:

—Titus, ¿cómo hay que tratar a la esposa de un antiguo ministro?

—Deja que decida tu corazón, Menotier.

Total, que Menotier había planteado sus preguntas perturbado por la copia conforme de Claudia Cardinale. Titus decidió volver solo al día siguiente.

Y allí estaba ahora, de pie ante la puerta de Lapietà. Ariana acababa de abrirle.

Pero Ariana le reservaba una sorpresa. Antes de que pudiera decir buenos días señora, ella exclamó con dulzura:

—¡Tituuuus! Entonces ¿cómo es eso?, ¿ahora estás en la policíiiiiia? Me encantó verte ayer.

—Yo soy la policía —respondió—. ¿Nos conocemos?

Con un gesto de la mano, Ariana acababa de indicarle a Liouchka, la criada de delantal blanco y cuello de encaje, que llegaba demasiado tarde tras sonar el timbre, que podía retirarse.

—Tú me hacías los deberes cuando era pequeña. Venga, entra.

El capitán Adrien Titus no recordaba haber ayudado a Claudia Cardinale a hacer sus deberes.

—No debe usted de parecerse mucho a cuando era pequeña, si no me acordaría.

Antecámara, corredor en codo, salón. Ella lo invitó a tomar asiento.

—Era muy fea. Pero tú, tú no has cambiado. Tú ya tenías esa cabeza de tártaro.

Simplemente decía las cosas. Hablaba mediante pequeñas y lánguidas declaraciones. Había reconocido a Titus, ayer, mientras el otro poli la interrogaba. Lo había reconocido, por su cara siempre tan sosa, por el brillo bromista de esos ojos entre sus párpados hendidos, por el sonido metálico de su voz y esa sonrisa que dejaba asomar la punta de los dientes. Por su pinta de no estar pensando en nada, también; las preguntas de su colega parecían divertirlo.

—Ayer fuiste amable conmigo, Titus. ¿Vas a seguir?

—Eso depende de cómo responda usted a mis preguntas.

También él sabía ser simple.

Liouchka apareció detrás del capitán. A los invitados hay que ofrecerles un café, incluso si son de la policía. Ariana dijo que no con un movimiento imperceptible de la cabeza. Quería una entrada sin adornos.

—Matassa —le dijo a Titus—. Soy Ariana Matassa. La hermana del Gecko.*

¡Nada menos! ¡El Gecko! ¡Qué viejos recuerdos! Instituto de bachillerato Pierre-Arènes* de Montrouge. Compañeros de clase, desde segundo hasta el último curso. Titus vio de nuevo al Gecko, sus puños enormes y su cuerpo fibroso. El Gecko practicaba escalada. Siempre había sabido adherirse a las paredes. Una ventosa. En sus últimas vacaciones del instituto, Titus fue con

él a dos o tres acantilados. Solo de volver a pensarlo sentía vértigo hasta en los cojones. ¿Qué placer puedes encontrar en esto? Ver el mundo de más cerca, respondió el Gecko, con la nariz contra la pared. Aunque acabó por penetrarlo, el citado mundo. Atracador. Empezó con edificios. Los de Haussmann. Hasta que una noche, un francotirador anónimo acabó con él. El tipo le dio desde lejos con un fusil de mira telescópica. Primero una mano. El Gecko aguantó un poco, pero la segunda bala le destrozó la otra mano. Los muchachos de balística calcularon la distancia. A cuatrocientos metros de allí, la ventana de un cuarto alquilado por la noche bajo nombre falso. Desde allí se efectuó el disparo. Con la misma arma que el asesinato perpetrado al día siguiente, más o menos a la misma hora pero no en el mismo lugar, sobre la persona de Rufus Argoussian. Ninguna relación entre un asunto y el otro. Al Gecko se lo había cargado un especialista que ajustaba su herramienta. Nada personal. Un tipo metódico.

Claudia Cardinale, la hermanita del Gecko, entonces.

—Tú me llamabas primo.

No prima, sino primo, así es, ahora Titus sí se acordaba. O culicinus. Porque a los catorce o quince años la chavalita era toda brazos y piernas, con un busto plano; uno de esos mosquitos filiformes y desmesurados que no pican. Titus le había ayudado a hacer sus deberes dos o tres veces, eso era cierto, cuando iba a ver al Gecko.

—Sin pedir nada a cambio.

Alusión de Ariana a una cierta moneda de cambio que exigían los granujillas de su clase. La libertad bucal de Ariana preocupaba a su hermano. Lo peor, decía el Gecko, es que ni siquiera se le ocurre que pueda estar mal. («¡Es normaaaal, me hizo las maaaates!»)

No es posible, pensó Titus. La vida suele pasar por encima de nuestros cuerpos, ¡pero uno no se metamorfosea hasta tal punto! Le preguntó a

bocajarro:

—Cuando te miras en el espejo, primito, ¿te reconoces? Quiero decir, aquella muchachita que fuiste, ¿logras dar con ella?

—No me miro demasiado.

—Imposible. Cuando uno quiere parecerse a alguien hasta tal punto, tiene a la fuerza que jugar con el espejo.

—¿Ves algún espejo por aquí, Titus? ¿Un armario? ¿Una luna? ¿Algo por el estilo? ¿Acaso en el techo?

No. Colgaduras, cortinas, objetos chinescos, acumulación de antiguallas pseudoasiáticas, falso desorden. Bastante poca luz. Reflejos de oro, destellos de seda, púrpura lacada, todo más cálido que luminoso, envolvente, de una suntuosidad confinada. Ningún espejo.

—Con tu boca a lo Christopher Walken y tu abrigo de cachemira, estoy segura de que te miras más a menudo en el espejo tú que yo. Dime que no, si te atreves.

Él tuvo que admitir que, antes de ir a verla, se había aseado un poco.

—¿Ves? Yo me paso la mañana entera en la sala de maquillaje. Cuando todo empezó, me parecía un poco a la Claudia Cardinale de *Érase una vez en el Oeste*, eso es cierto. El resto lo puso Georges. Hoy, tengo para tres horas mínimo. Cada año que pasa es un poco más largo. Pero Georges se ha propuesto llegar hasta el fin.

Maquilladoras, peluqueras, manicuras y masajistas desembarcaban cada mañana para restituirle a Georges Lapietà la imagen definitiva que él se había hecho de Ariana Matassa a los diecisiete años y que ella no le mostraba más que a él, o casi.

—¿Cuántas fotos mías has visto en la prensa rosa?

Ninguna, si lo piensa bien. En el papel cuché, Georges Lapietà casi siempre aparecía solo. Últimamente con jugadores de fútbol.

—¿Lo ves? Esta imagen es para Georges. Cuando está en casa, asiste al proceso. Dos de las maquilladoras vienen del teatro de la Comedia Francesa, y la tercera curra en casa de Mnouchkine. Si un día te asomas a mi ataúd, Titus, a quien verás será a la Cardinale de Sergio Leone. ¿Quieres un café?

Consideraba que las presentaciones ya estaban hechas. Se levantó y desapareció por el pasillo. Titus oyó: «Liouchka, ¿nos haces unos cafés, por favor?». De regreso, fue a sentarse y preguntó:

—¿Por qué has venido otra vez? Pensaba que era porque me habías reconocido. Será por otra cosa, entonces.

—Sí.

—¿No te bastó el primer interrogatorio?

—No.

—Y sin embargo no mentí.

—No lo dijiste todo.

—Eso me parecía.

Ménestrier, Ritzman, Vercel y Gonzalès, ella le había hablado a Menotier de los cuatro. ¿Si los conocía? Un poco, relaciones sociales, los administradores del grupo LAVA, invitados a cenar dos o tres veces, con sus esposas. No, últimamente, no los había visto, no, Georges está enfadado con ellos, por la historia del despido, de hecho no le gustó que lo apeasen, él pensaba que LAVA todavía podía optimizarse. ¡Es un buen consultor, Georges! Por eso quiso hacerlos rabiar, se las arregló para llegar tarde expresamente a lo del cheque. Se fue en bermudas y chanclas, con una caña de pescar. ¿Una caña de pescar? Sí, le pidió a Tuc que le encontrase una caña de pescar y un after-shave muy... ¿Tuc? Nuestro hijo, Tuc. Es el apodo que Georges le puso: Trabajos de Utilidad Colectiva. Es un chico responsable. ¿Por qué una caña

de pescar? ¡Para estar fuera de lugar! A Georges le gusta jugar a eso, le gusta desestabilizar. ¿Hablar con Tuc? Por supuesto. Liouchka, ¿podrías despertar a Tuc, por favor?

Y apareció el muchacho para añadir sus respuestas a las de su madre, con un tono igual de lánguido. Su padre le había pedido prestado su Clio hecho polvo para ir a lo del cheque. Formaba parte de la farsa. ¿A qué se dedicaba en la vida? ¿Él? ¿Tuc? ¿En la vida? ¡A nada, señor comisario! Vivo de mi padre hasta que pueda vivir de mis hijos. Risa nerviosa de Ariana. Sobresalto de Menotier. Corrección de Tuc: Que no... Es brooooooma. Con un padre como el mío, ¿a qué quiere que me dedique? Estudios de comercio, no queda otra. ¿Y eso te gusta? Me gustará cuando empiece a rendir, por el momento todavía soy un poco dependiente.

—No le haga caso, señor comisario, Tuc cuida mucho su independencia — corrigió Ariana—. Está en la edad de los pequeños trabajitos. Aparte de sus estudios, cocina aquí sus buenos platos que luego entrega a una clientela de finos gastrónomos. Eso le da para ir tirando.

(«Para ir tirando», el capitán Adrien Titus anotó la expresión.)

—Hablando del tema, ¿han dado con mi coche? Lo necesito para las entregas.

Menotier soltaba frases hechas por toda respuesta.

—Nuestros servicios trabajan en ello.

No obstante, se permitió un detalle personal al apuntar que ni la madre y el hijo le parecían preocupados:

—¿No están preocupados?

Para vivir con Georges Lapietà, más valía no manejar un temperamento ansioso, arguyó la madre. El hijo añadió una broma que Menotier no se tomó muy bien:

—Si no, me habría buscado otro padre, ¿no le parece?

Y la madre concluyó:

—Georges tiene la costumbre de salir airoso de todo. Estoy preocupada, pero solo razonablemente.

En el camino de regreso, Menotier pasó directamente a las instrucciones: Titus, que me encuentren ese carro a la de tres, ¿entendido?, el Clio, y que lo hagan cantar, no quiero llegar a la reunión de mañana sin alguna galletita. El capitán Adrien Titus se había sacado el tabaco, un papel y una china de chocolate nepalí. A pesar de los traqueteos, deshacía el chocolate sobre el lecho de tabaco turco. Sabía que no iba a presentarse en la reunión del día siguiente. Dentista, pongamos. Silistri lo cubriría. Volvería a leerle la lección a Claudia Cardinale. Menotier acababa de hacer un descubrimiento: ¿Soy yo, o se parece un poco a esa actriz, la madre Lapietà, digo, a esa actriz italiana de los años...? Ya sabes, una preciosidad, la que actuaba en *Érase una vez en el Oeste*. Demasiado ocupado hilvanando sus propias deducciones, Menotier no esperaba respuestas a sus preguntas. Iba desgranando las evidencias: Dime, abuelita no preocupada por un centavo... ¿Sabes qué te digo, Titus? ¿Y si se ha raptado a sí mismo, Lapietà? ¡No me extrañaría lo más mínimo! Ni que su buena esposa también se evaporase dentro de tres o cuatro meses, eso tampoco me extrañaría. Ni que nos lo encontrásemos dándose la gran la vida en uno de esos países, por ahí, ya sabes... Titus dejó que Menotier subiese el suflé. ¡Me juego lo que quieras a que es una estafa, Titus! ¡Como el atentado del Observatorio! O ese chiflado que se secuestró a sí mismo para que hablasen de él, el bretón tuerto, el escritor, te acuerdas, ¿cómo se llamaba? Jean-Edern Hallier, pensó Titus. El atentado del Observatorio, Jean-Edern Hallier... Queda lejos, todo eso, recuerdos de anticuario. Titus lamía ahora la costura de su porro. Eso interrumpió a Menotier.

—Mierda, ¿qué coño haces?

—Me fumo un porrito.

—¿Estás de coña?

El chasquido del zippo respondió que no. Titus se metió la primera calada, luego le tendió el petardo al superior. Que lo rechazó.

—¿Crees que vas a poder seguir jodiendo así mucho tiempo?

—Mientras se venda chocolate en las calles, imagino que sí.

Los ojos del chófer reían en el retrovisor.

—A ti no te ofrezco porque conduces.

El chófer todavía tenía las orejas rosadas de la juventud. Titus le preguntó:

—¿Claudia Cardinale, te dice algo a ti, Claudia Cardinale?

No, dijo la cara del chófer.

—¿Y Visconti? —preguntó Titus.

—¿Quién...? —preguntó el chófer.

—¡Baja la ventanilla! —ordenó Menotier.

—¿Y Sergio Leone? ¿Qué te dice Sergio Leone?

No, al chófer no le decía nada. Sus ojos mostraban que hubiese querido serle de alguna ayuda, pero no.

—¡Baja la ventanilla, coño! —gritó Menotier.

—¿Y Mitterrand? —le preguntó Titus al chófer.

Esta vez, el chófer dejó ir una sonrisa de asentimiento:

—¡Fue un presidente de la República! Justo después de la guerra... —añadió—. Después de la Liberación y todo eso.

—Joder, ¿vas a bajar la ventanilla o no?

—No te agobies, Menotier —concluyó Titus señalando al chófer—, si ya estamos muertos. ¿O no te das cuenta? Ya no existimos. ¡En este carro solo él está vivo!

Y le preguntó al chófer:

—¿Cómo te llamas?

—Manin.*

—¿Cuánto tiempo llevas con nosotros?

—Es mi primera semana —respondió Manin.

Semáforo en rojo.

—Baja la ventanilla, querido Manin.

Por la nube que salió de aquel coche policía, un chavalillo, en la acera, creyó estar soñando.

—Ariana, creo que tienes miedo.

Ariana Lapietà lo negó.

—Titus, con Georges nos las hemos visto de todos los colores, créeme. Estamos blindados, Tuc y yo.

—¿Qué tipo de colores?

Ella sonrió.

—¡Oh! No es lo que tú crees. No hay mujer menos maltratada que yo. Y, si eso te importa, hasta te diría que no hay mujer más...

—Ariana, tienes miedo de algo y no lo dices.

Entonces la vio echar un ojo hacia la cocina de Liouchka.

Le preguntó:

—¿Piensas que tu marido se ha raptado a sí mismo? Es la tesis de mi colega.

—No.

—¿Por qué? ¿Por el disfraz? ¿Uno no se disfraza de pescador de feria cuando quiere desaparecer? ¿Es eso?

—No... Sí, por supuesto, pero no.

—¿Es otra cosa?

La típica sensación de ir ensartando perlas, siempre lo mismo en cada interrogatorio... Una por una.

—No tienes por qué tener miedo de mí, primito. Soy un poli que puede cerrar el pico si hace falta. Sé muchas más cosas de las que he dicho en mi vida.

Ella tuvo un pequeño arrebató de alegría.

—¡Georges lo dice todo, sin cesar!

Esto va a ser más largo de lo que pensaba, estimó Titus.

—¿Podrías pedirnos otros dos cafés?

Ella lo hizo.

—Es bueno, el café de Liouchka —dijo al volver de la cocina—. Georges se tomó cuatro, el jueves, antes de irse.

Necesitaba hablar de Georges.

—¿Estaba nervioso?

—No, solo quería burlarse de los administradores. Sabía que le estaban esperando. Eso le divertía, y él me divertía a mí. Le divierte divertirme.

—¿Y a ti, te divierte?

La respuesta fue deslumbrante:

—¡Oh! ¡Síiii! ¡Locamente!

Titus le dejó a aquella increíble sonrisa el tiempo necesario para desaparecer. Luego, ensartó la siguiente perla.

—¿Los contaste?

—¿El qué?

—Los cafés que se tomó antes de salir.

—¿Cómo... contarlos?

—Dices que se tomó cuatro. No dices tres o cuatro, dices cuatro.

Ella frunció el ceño, no comprendía. Él insistió.

—¿Cuántos nos tomamos nosotros ayer, de cafés, mi colega y yo durante

el interrogatorio?

Ella trató de contar mentalmente. Él esperó, como si todavía le ayudase a hacer sus deberes. Pero ella no llegó demasiado lejos.

—Ariana, una mujer que cuenta los cafés que se toma su marido antes de salir es una mujer que espera algo.

Se abstuvo de añadir o a alguien.

—¿Tenías prisa por que se fuese?

—¡No, no es eso!

La exclamación se le escapó.

—Entonces ¿qué?

Mirada desamparada:

—¡Iba a volver enseguida!

—¿Teníais algo que hacer en particular? ¿Alguna urgencia?

—...

—No tengas miedo, por favor...

—Su idea era volver enseguida, era necesario que volviese, él...

Pero no, no sucedió.

—No es algo que tenga que ver con la policía —dijo de repente—, no es algo que tenga que ver con nadie, no es algo que tenga que ver con el secuestro, es una historia que viene de lejos, que solo concierne a Georges, no es nada de su vida profesional y él no quiere que se sepa de ninguna de las maneras.

—¿Y tú?

Era para darle tiempo a recuperar el aliento.

—¿Yo, qué?

—¿Tampoco tú quieres que se sepa?

—¡No hace *ninguna falta* que se sepa, Titus! Para Georges sería...

—¿Hay alguna relación entre el hecho de que se tomase esos cuatro cafés y

la obligación de volver rápidamente?

Ariana tenía la respiración entrecortada.

—¿Qué?

—Nada, es una cuestión anodina. Te pregunto si...

—¡Ya sé lo que me preguntas! ¡Lo he entendido perfectamente! No soy...

Entonces se levantó. Hubiese deseado un salón vacío, poder dar vueltas, caminar arriba y abajo.

Imposible.

Acumulación.

Se quedó de pie ante la ventana. Miraba hacia fuera. Fuera estaba el parque Monceau.

Él le dijo:

—Ariana, me estás escondiendo una cosa sin importancia.

Ella rugió:

—Solo temo que haya muerto. ¡Aparte de eso, ninguna importancia!

Él lo suavizó:

—Nadie mata a la gallina de los huevos de oro, primito.

Ella se volvió de golpe:

—Titus, Georges no puede mear. Le hace falta una sonda. Y las sondas están aquí. Esa mañana no cogió ninguna. Contaba con volver enseguida. Y lo secuestraron. Seguro que prefiere morirse a reconocer ante esos cabrones que no puede mear. Lo conozco. Su vejiga estallará y eso lo matará. ¡Te digo que eso lo matará! ¡Puede que ya esté muerto! Y no sabes, el dolor... Ese dolor, es... Oh, Titus, le dije que mease antes de irse, pero él... él se rio, el muy tonto, tiene...

Y ahí estaba. Acababa de decir lo que no quería decir. Lo impensable. Ahora sollozaba. Las lágrimas corrían a mares y lo hacían sobre ese rostro, la avalancha de todas esas décadas amorosamente retenidas, el

desmenuzamiento de una estatua en el torrente de un dolor indecible.

—Le hace falta una soonda. ¿Comprendes? Le hacía falta un soonda...

Ahora Titus la tenía entre sus brazos. Le preguntó al oído:

—¿Qué marca?

Ella hizo un gesto de sorpresa. Y como estaban en privado, le repitió:

—La sonda. ¿Qué marca? ¿Speedy Bird? ¿Péristime? ¿Pioralem?

III

LA VERDAD VERDADERA

«En familia, no hay nada más sagrado que la mentira.»

ALCESTE

¡He terminado! ¡Ah, el alivio del punto final! ¡La tapa por fin levantada, el cielo recobrado! ¡La luz! ¡El aire! Hasta le he encontrado título: *Su enorme culpa*. Así se llamará, *Su enorme culpa*. Entregarle el manuscrito a Malaussène y abandonar este bosque. Abandonar este silencio. ¡Cuánto tiempo me habrá llevado encontrar este maldito principio! ¿Por dónde empezar? Ahí reside todo. ¿Desde qué costado atrapar la realidad? Viejo debate. ¡Las posibilidades de inicio son innumerables! Incalculables, a decir verdad. Es lo que distingue la realidad de la ficción. Decidir contar una historia es someterse a *un* principio. Decir la realidad es contemplar *todos* los comienzos posibles.

Finalmente, abro con el intento de asesinato en el entierro de Tobias. No sin escrúpulos. Durante mucho tiempo me pareció demasiado sensacionalista. ¡Y sin embargo, bien que sucedió esa escena de homicidio! ¿O acaso no es cierto que, tras la publicación de *Me mintieron*, mis queridos hermanos y hermanas trataron de matarme? ¿Acaso tendría que callármelo? ¿En nombre de qué? ¿De la familia? ¿Protección de la hermandad? ¿Solidaridad de clan? ¿Miedo a ir a juicio? No alcanzo a entender cómo es que he vacilado tanto. Malaussène tenía razón en este punto, *Me mintieron* los volvió locos. La simple exposición de una verdad familiar a fin de cuentas más bien banal convirtió a mis hermanos y hermanas en asesinos en potencia. ¡Pero de ahí a enterrarme vivo...! ¡Porque Mathieu me echó al hoyo, cierto! Pero, mientras tanto, ¡Pascual, Baptiste y los primos neutralizaban a los enterradores! Había que empezar con eso. Mathieu agarrándome por las solapas del impermeable,

su cabezazo, la certeza de que mis hermanos y hermanas iban a matarme. O más bien a *ejecutarme*. Si viene, lo ejecutamos. Su libro mató a papá Tobias, nosotros matamos al autor. (¡Tras la mentira, el asesinato!) Lo arrojamos a la tumba y echamos tierra sobre el asunto. Mientras Mathieu me fuerza a retroceder hacia el hoyo donde han depositado el ataúd de Tobias, los otros no solo no intervienen sino que cercan a los empleados de las pompas fúnebres que no vieron venir la cosa. A menos que no se hayan mantenido al margen de lo que al principio tomaron por una tonta querrela familiar. Ya han visto otras, los enterradores. La muerte no arregla nada. La muerte no suaviza las costumbres. La muerte no acerca a los vivos. La muerte exaspera el resentimiento. No hay nada menos compasivo que el duelo. El duelo arma el mundo. Eso lo saben bien, los enterradores. Cuando Mathieu me agarra bramando —¿Tú eres quien mató a Tobias y ahora vienes a su entierro?—, los enterradores piensan en una disputa. Dejémosles hacer, se calmarán. Puede que el maestro de ceremonias estuviese a punto de decir: Señores, por favor, un poco de dignidad, en consideración al difunto. Las pompas fúnebres se expresan así, ceremoniosamente, precisamente con pompa. Confían mucho en el ritual para contener este tipo de accesos de odio familiar. Pero al maestro de ceremonias no le da tiempo de decir una palabra porque el resto de la familia los cerca, a él y a los cuatro portadores. El estupor le cierra el pico. Nadie toca nunca a un enterrador. El enterrador es el auxiliar de los fantasmas, eso no se toca. Pues bien, esta vez los agarran por el brazo, los apartan del hoyo y les impiden salir a dar la voz de alerta. Los varones de la familia Fontana,* mis hermanos, mis primos... Todos del mundo del rugby. (Salvo Baptiste, por supuesto. ¡A Baptiste le va el fútbol! ¡Exclusivamente! Un pequeño genio del esférico. Extasiarse por encargo.) Cinco enterradores, por muy forzudos que sean, no tienen nada que hacer ante el pack Fontana. Mathieu continúa empujándome hacia la tumba. ¡Ya que has venido, llega

hasta el fondo! Porque la verdad no es otra que esa: ¡Mathieu se dispone a arrojarme a la tumba de Tobias! ¡Mi hermano mayor me arrojó a la tumba de nuestro padre! Bueno, hablando con propiedad no puedo decir que me *arrojase*. No me levanta del suelo, me obliga a ir reculando: pequeños golpes en las tibias —la punta metálica de sus camperas, esa sensación de huesos desmigajados—, además de los rápidos cabezazos, mi frente rebotando contra la suya como si estuviesen unidas por un elástico muy corto. De hecho, me muele a golpes aunque apenas se ve. Me revienta la nariz, me abre las cejas. Sobre su frente, mi sangre. ¿Tú eres quien mató a Tobias con tu libro y ahora vienes a su entierro? ¿Eso es? ¿Acaso crees que ahí acaba la historia? ¡Te dijimos que no te presentases! Es cierto, la advertencia fue clara. Por otra parte, también procuraron que no pudiese ir. Cambiaron de cementerio a escondidas. Primero fui al de Cagnes, como estaba previsto, pero ellos estaban en Villeneuve. Una idea de Faustine y Mathieu, según parece. ¡Enterrar a papá entre los muertos de mamá, eso también es el colmo! ¡Se han pasado la vida destruyéndose y, por si no fuera suficiente, les regalamos la eternidad! En el fondo, no se entendieron nunca más que en un punto, la mentira. La necesidad de la mentira. La mentira como el cemento de la cohesión familiar. En familia, no hay nada más sagrado que la mentira, esa muralla contra la vergüenza. No es una doxa distinta a la de la mafia. La familia no es ni más ni menos que el corazón de la Famiglia. (Evitar la palabra «doxa», combatir mi tendencia al universalismo satisfecho. Nunca más ceder al prurito de gustarse a uno mismo. La verdad es un bien público, exige palabras comprensibles por todos.) Teníamos a Mathieu moliéndome a golpes. Su violencia no me sorprende, Mathieu sigue siendo Mathieu, pegándonos desde siempre. Es el protector autoproclamado de la familia, el brazo armado de la mentira. Podría dar su vida por la mentira. Y dar la mía con mayor razón. Empujarme hacia atrás, hacerme recular hasta el borde del

hoyo, volver el futuro imposible y preguntarme: ¿Y ahora, eh? ¿Ahora? ¿Qué dice ahora el escritor? Digo que eres el más fuerte, Mathieu. Siempre lo fuiste. Gracias a ti el pasado no cambia. Tú lo has dicho, y no quiero que eso cambie. Tras lo cual, me empuja una última vez, pero soltándome las solapas del impermeable. Yo tropiezo contra el terraplén y caigo en el agujero. Desde este punto de vista, no puede decirse que me *arrojasen* a la tumba. Fui yo quien cayó. El abogado pleiteará por un desafortunado accidente. La familia y los enterradores declararán en el mismo sentido, la familia por convicción, los enterradores por miedo. Y las paladas de tierra ¿quién me las echa encima? Mathieu, Pascal, Adrien y Baptiste rellorando la tumba: ¿también eso es accidental? No, una broma. Esa será la tesis de la defensa. Una lección simbólica. No habrían llegado hasta el final. No me habrían cubierto por completo. Es algo que nunca sabremos porque los chinos de Malaussène llegaron en aquel momento. También ellos pasaron por el cementerio de Cagnes. Cuando entraron en el de Villeneuve, yo estaba ya en la tumba, la vértebra cervical fracturada, la pierna rota, tierra en los ojos y su sabor en la boca. Los terrones rebotaban contra el ataúd de Tobias. Yo me decía que todos los ataúdes devuelven el mismo sonido. Me acuerdo de haberme dicho eso, sí, eran retazos de sueño, una de esas frases flotantes que parecen explicarlo todo. Ni siquiera sé si sentía dolor; sensaciones, sentimientos, bosquejos de razonamientos, todo quedó recogido en esa frase que parecía ocupar la totalidad de mi cerebro: Todos los ataúdes devuelven el mismo sonido, cualquiera que sea la edad, el sexo, la raza, la importancia del muerto para el enlutado, padre, madre, hijo, amigo, colega del despacho, conocido de lejos... el mismo sonido. Después, yo no... todo es vago... Bo (a quien veo por primera vez) salta al hoyo. Por un segundo, creo que viene a rematarme. Parece adecuado para la tarea. De hecho, me levanta por las axilas, luego por la cintura, me entrega a Ju (primer encuentro, también apto para la tarea).

Parece que Bo y Ju han neutralizado por sí solos a los hermanos y los primos. O acaso hubiese otros chinos y yo no los viese. Mathieu se tapa el rostro. Sangre entre los dedos. Suya, esta vez. Una escena de una gran lentitud. Por el rabillo del ojo veo a lo lejos a Loussa de Casamance. A un lado, Baptiste es el único negro de la concurrencia. En mi memoria, la escena está congelada y en perfecto silencio. Y por encima, Ju que me pone en pie. Mi pierna fracturada hace un ángulo lateral y yo me desvanezco. Cuando me despierto, estoy en el Mercedes, acostado y enchufado a una perfusión. El viejo Loussa, sentado a mi lado, me regaña.

—Ya sé que es inútil decírselo, pero no debería usted haber venido a este entierro. En todo caso, no sin avisarnos.

Según Loussa, de no haber adivinado Malaussène dónde me hallaba, ahora mismo estaría bajo tierra con mi familia haciendo picnic sobre mi tumba. Le pregunto a Loussa si, en caso de juicio, declarará en ese sentido. Él responde:

—No podré testificar, yo no estaba allí.

Mensaje recibido. Le pregunto cómo adivinó Malaussène dónde estaba.

—Porque se enteró de la muerte de su padre. Cuando no le encontró en su casa, comprendió enseguida que había ido usted al entierro. Malaussène sabía que hubiese sido inútil disuadirle. Lo único que podíamos hacer era protegerlo. Discretamente. Si usted nos hubiese avisado, Bo y Ju habrían llegado antes que usted, habrían calmado los ánimos antes del inicio de la partida, sin que usted hubiese llegado siquiera a saberlo; sus hermanos se habrían mostrado más prudentes. Ahora que usted conoce a Bo y Ju, la situación se vuelve más compleja. Y más cara.

Siguió una breve conversación entre Loussa y los chinos.

—Za mao zhe xian, hai shi na yi yang de qian? —les preguntó.

—Za zhen bu gai lou lian —respondió Ju.

—Suo yi ma, jiu dei duo dian qian —explicó Bo.

—Shi duo hen duo[1] —concluyó Ju.

—Considerablemente más caro —tradujo Loussa, ajeno a que mis cinco años en el Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales me dotaron de un control del mandarín suficiente como para entender su conversación.

Si bien es cierto que, desde un punto de vista lingüístico, traducir «un poco mucho» por «considerablemente» es un error, desde un punto de vista psicológico resulta defendible.

Pobre Loussa, ¡siempre preocupado en velar por la hucha de Isabelle! *Me mintieron* resultó tan lucrativa para Ediciones del Talión... No pueden concebir que ese mismo libro pueda ahora costarles algo de dinero.

¡Y pobre Malaussène! Muy bien podría tocarle esconderme en la Luna si tienen el valor de publicar la continuación. *Me mintieron* no era más que la mecha de la bomba. ¡*Su enorme culpa* es otra cosa! Ahí la verdad es directamente explosiva.

ME MINTIERON

La mañana en que la Reina Zabo me presentó a Alceste (Cuídemelo, Malaussène, es oro puro), no le presté una especial atención. Un tipo de rostro afilado y voz de predicador a quien su convicción hacía salmodiar por la nariz. Un vevé modelo estándar, pensé, convencido de ser el único portador de la verdad verdadera.

—Esa convicción es el punto común que los distingue radicalmente a los unos de los otros, Malaussène.

Así que abrí *Me mintieron* sin gran curiosidad.

Como todos los autores de la editorial, Alceste se queja en el libro de su familia. ¡Pero allí donde sus semejantes acusan a sus genitores de colaboración con los nazis, de cornudos, de embriaguez, de torturas morales, de incesto con mayores o menores agravantes, de indiferencia absoluta, de histerismo volcánico o de canalladas de todo tipo, Alceste, por su parte, se contenta con reprocharles a sus padres haber sido pésimos narradores! Que un delito tan menor engendre, desde las primeras páginas, una denuncia tan virulenta me sacó de mi sopor. Hay que decir que Alceste no se anda con chiquitas. Tobias y Mélimé, sus padres, los malos narradores en cuestión, son descritos como dos cretinos recalcitrantes, «Mélimé era tan imbécil como imbécil era Tobias», solo aptos para producir frases hechas, personajes estereotipados, situaciones convencionales, diálogos edificantes y comportamientos absurdamente ejemplares...

¡He aquí las historias que Tobias y Mélimé nos imponían a nosotros, sus ocho hijos, cada noche de nuestras ocho infancias! ¡Todas las noches, imaginen, cada noche la misma y triste ensalada de tópicos! Tobias y Mélimé nos aplicaban a uno de nosotros la misma y debilitante receta narrativa, como si quisieran cocer nuestras ocho inteligencias al baño maría de su propia gilipollez. Una hermandad de imbéciles, he ahí lo que estos dos cretinos hicieron de nosotros. Y, lo que es peor, ¡con nuestra complicidad activa! Y es que fuimos cómplices —por lo menos los mayores—, porque, cuando ellos se cansaban de embrutecernos, nos tocaba relevarlos a nosotros con los más pequeños. ¡Y contábamos las mismas historias imitándolos! Mientras escribo estas líneas, lo que más vergüenza me da es el recuerdo de ese mimetismo. Sentirme obligado a contarles a mis jóvenes hermanos y hermanas las mismas idioteces y con el mismo tono. ¡Ah, ese tono! ¡Esa terrible melaza! ¡Esa pez! ¿Cuántas páginas me harían falta para describir ese pesado pegamento? Las historias mentirosas que Tobias y Mélimé pretendían verdaderas, no solo no podían ser discutidas por los pequeños (los niños tragan mentiras como el pajarillo gusanos), ¡sino que había que contárselas exactamente como Tobias y Mélimé las contaban! Todavía te escucho, Baptiste, cuando me pedías: No, no lo cuentes como haces tú, no queda verdadero, ¡cuéntamelo como papá Tobias! Y vuelvo a verme tomando prestado el famélico vocabulario de Tobias, adoptando esa especie de amaneramiento burocrático-notarial al que él y Mélimé nos acostumbraron desde nuestros primeros días (historias donde uno no se «cae» sino que se «precipita», donde uno no «hace» sino que «efectúa», donde uno no «muere» sino que «fenece», donde las «ocasiones» son «oportunidades», donde los acontecimientos no te «afectan» sino que te «impactan», donde uno no «te responde» sino que «se dirige a ti»). Ahora que se ha inventado el GPS, hermanos y hermanas, os lo digo, hemos sido criados por dos versiones supuestamente sexuadas del mismo GPS. Hoy en día, para escuchar cómo modulan el tono Tobias o Mélimé con sus nietos (que son vuestros hijos, os lo recuerdo), no hay mejor forma que escuchar a un GPS diciendo: ¡Vaya, muchachos, me he confundido, había que girar a la izquierda!

Baptiste, mi gran Baptiste, tú que hoy me odias tanto como te deseo yo todo el bien del mundo, después de haberme querido tanto cuando yo te despreciaba, lo único que de verdad puedes reprocharme es haberme sentado a la cabecera de tu cama cuando eras un niño para contarte las mentiras de Tobias y Mélimé. Solamente eso. No dispones de los medios para admitirlo puesto que, precisamente, la lenitiva gilipollez

de las susodichas mentiras te ha derretido los sesos. ¡Destripado del mínimo espíritu crítico, eso te ha sucedido! Una cabeza sin tripas. Papá Tobias y mamá Mélimé te vaciaron como a una ostra, mi buen Baptiste. Suenas a hueco. Tus hermanos y tus hermanas también. ¡Yo el primero! Y si escribo este libro es para hacer resonar un poco de sentido en ese vacío abisal y nacarado, para haceros oír al fin el sonido de la verdad, para deciros la Realidad. He ahí, Baptiste, lo que te ofrezco al sentarme cada día al escritorio, es decir, a la cabecera de tu vida de adulto. Sigue siendo una historia, hermanito mío, pero quien la cuenta soy yo y esta vez la historia es verdadera.

Dicho sea de paso, a estas alturas del relato, seguimos sin saber lo que Tobias y Mélimé podían contarles a sus hijos para llevar a Alceste a semejante estado de furor crítico. No tenemos la menor idea del material de que estaban hechos esos cuentos para ir a dormir. Por supuesto, esta estrategia acrecienta las expectativas del lector, que va pasando las páginas con curiosidad. (Alceste no es un mal narrador, las arcas del Talión así lo demuestran.) Durante algunos capítulos, la sigue tomando con Tobias y Mélimé, examinando todas las manifestaciones de su idiotez: sus afectadas maneras en el vestir, en el caminar, en el comer, en el no expresar nunca más que observaciones convencionales y encarar cualquier circunstancia con una bondad de catecismo fundada sobre una perfecta indiferencia del corazón; todo pasa ese mismo examen, incluido su pseudosentido de la hospitalidad:

¡Ah!, esos amiguitos de clase que también desembarcaban a todas horas para escuchar las historias de Tobias y Mélimé —¡cuánto les halagaba, a esos dos imbéciles!— y que finalmente se quedaban a dormir con el permiso de sus padres (Pero, claro, voy a telefonar a tu mamá), colchones suplementarios bajo la cama de los pequeños, desorden matutino que los mayores debían arreglar antes de ir al instituto... Entre paréntesis, Baptiste, tus compañeros eran los más numerosos; ¡debías de hacerles una publicidad brutal, a Tobias y a Mélimé! Por otra parte, dime, ¿cómo te manejabas, los traías por turnos? ¿Les hacías pagar? ¡Venga, Baptiste, confiesa! Ahora que eres grande puedes decírmelo, ¿les hacías apoquinar, a tus amiguitos, por escuchar las sandeces de Tobias y Mélimé?

¡Fue entonces, precisamente en esta página en que Alceste ironiza sobre los jóvenes invitados de Baptiste, cuando me acordé!

Debe de hacer unos diez o doce años, Señor Malaussène, al volver de clase (entonces debía de estar en primero, puede que todavía en párvulos), a menudo nos pedía, a Julie y a mí, que le dejásemos quedarse a dormir en casa de un tal Baptiste. Todavía estaba en la edad de las historias para ir a dormir, territorio en que, según él, los padres del susodicho Baptiste brillaban con luz propia. A mí, esa excelencia me venía muy bien, ya que en tema de cuentos nocturnos mis hermanos y hermanas ya me habían sacado todo el jugo. Y es que durante toda su infancia, Louna, Clara, Thérèse, Jérémy y El Pequeño tuvieron derecho a su cuento; incluso llegué a prolongar el ritual hasta el final de su adolescencia, contándoles mis propias aventuras; un poco adornadas en función de las necesidades del sueño, y que se convirtieron en las novelas que ya conocemos. Pero cuando llegó la siguiente hornada (Verdún, Es Un Ángel, Señor Malaussène y Maracuyá), mi linterna mágica empezó a vacilar. Las generaciones son al hombre que envejece lo que las olas a los acantilados: agotadoras. Y, bueno, a pesar de todo hice mi intento con mis «Érase una vez...», pero ya no me llegaban las fuerzas, y la avalancha de los juegos electrónicos no tardó en mandarme al banquillo.

—No nos lo tengas en cuenta, tío —explicaba Mara pulsando teclas musicales, la mirada absorta en una pantalla epiléptica—, ¡pero es que esto es más divertido!

—Ven a jugar con nosotros —me decía Sept—, tú es que crees que es cosa de uno solo, pero te equivocas, ¡podemos jugar en equipo!

Al final, Señor Malaussène fue el último en pedirme todavía su cuento para ir a dormir. Por eso le permitía, con un alivio cobarde, que se quedase a

dormir por las noches en casa de su amigo Baptiste. Sin embargo, me costaba. Mosma siempre volvía de casa de Baptiste completamente entusiasmado: Baptiste era súper, había que ver cómo jugaba al fútbol, sus hermanos y hermanas eran totales, sus padres geniales, la casa era top y el desayuno era la monda...

SEÑOR MALAUSSÈNE: ¡Pero lo máximo máximo, son las historias! ¡Sí, sí, las historias ya son demasiado!

YO: ¿Demasiado qué, Mosma?

SEÑOR MALAUSSÈNE: Son verdaderas.

YO: ¿Cómo es eso, verdaderas?

SEÑOR MALAUSSÈNE: ¡Verdaderas de verdad, viejo, no son historias para hacer reír, son historias de veras!

YO: Ya... ¿y qué tienen tan de bueno, esas historias de veras?

SEÑOR MALAUSSÈNE: ¡Es lo que te digo, son verdaderas! De hecho, Baptiste es huérfano. De hecho, es un huérfano de África. De hecho, sus padres le cuentan las historias de sus padres. De hecho...

(En aquella época, todos los niños de Francia y de Navarra se pusieron a abrir sus frases con «de hecho», como si se dirigieran a un público endeble o suspicaz.)

YO: ¿Sus padres le cuentan las historias de sus padres? ¿Cómo va eso?

Tuvo que intervenir Julie para hacerme entender que los padres *adoptivos* de Baptiste le contaban la vida de sus padres *biológicos*.

YO: ¿Y qué hacían, en la vida, los verdaderos padres de Baptiste?

SEÑOR MALAUSSÈNE: ¡Cazaban a los cazadores!

Y Mosma nos contaba que, «de hecho», Yao y Rama Tassouit, los verdaderos padres de Baptiste, luchaban contra los traficantes de marfil y los asesinos de cebras. (Todo eso tenía lugar en Costa de Marfil.) Su fama se extendía hasta Abengourou, «la ciudad real de la paz», donde se alzó en su

honor un monumento después de que «encontrasen una muerte heroica (pongo entre comillas las expresiones de Tobias y Mélimé, escrupulosamente reproducidas por Mosma), tras caer en una cobarde emboscada».

Cada tarde, Baptiste les hacía a sus padres adoptivos una nueva pregunta sobre las aventuras de sus verdaderos padres, y cada noche Tobias o Mélimé añadían un capítulo a la saga ejemplar.

YO: ¿Tobias? ¿Mélimé?

SEÑOR MALAUSSÈNE: ¡Los padres de Baptiste! ¡Los que lo adoptaron! ¡Así es como se llaman! ¡Tobias y Mélimé! ¿Me sigues, papá? De hecho, un día, Yao...

Tobias y Mélimé...

Tobias y Mélimé...

Baptiste, Tobias y Mélimé...

Así que una década más tarde, leyendo *Me mintieron* en mi despacho del Talión, me doy cuenta de que a través de Mosma conozco en parte la saga familiar de Alceste.

«De hecho», como decía Mosma, todos los hijos de Tobias y Mélimé eran niños adoptados. ¡Los ocho! ¡Huérfanos! Y Tobias y Mélimé eran sus padres adoptivos. Lo que tanto maravillaba a Mosma era que, cada noche, los susodichos adoptivos contaban a los susodichos adoptados la vida de sus padres *reales*, y que, cada noche, los ocho huérfanos se dormían entre los efluvios de la evocación de sus verdaderos padres, todos magníficos, todos heroicos, todos gente «que estimaba a sus hijos más que a nada en el mundo», pero todos ellos, ¡por desgracia!, «víctimas de la maldad de los hombres o de la crueldad de una suerte aciaga».

Lo que alimenta el furor de Alceste (y debo decir que, en ese aspecto,

resulta bastante comprensible), es haber creído en esas tonterías hasta el punto de haber *visto*, algunas noches, a sus verdaderos padres (una pareja de vulcanólogos llamados Arielle y Félix) saliendo de su cuarto de puntillas:

¡El caso es que yo los quería así, unos padres heroicos! ¡Los quería verdaderos! ¡Los quería verdaderos con todas mis fuerzas, a esos genitores de ensueño! Y así sucedía, cada noche, a pesar de la nulidad de los narradores. ¡Cada noche Arielle y Félix —esos eran sus nombres según Tobias y Mélimé— se convertían en mis verdaderos padres! ¿Qué huérfano hubiese logrado resistirse? Los que me contaban su historia eran Tobias y Mélimé, pero yo me dormía bajo la atenta mirada de Arielle y Félix. Cuando Tobias y Mélimé salían de mi cuarto, los que cerraban despacio la puerta eran Arielle y Félix, y yo me dormía con volcanes en los ojos, ¡volcanes que proyectaban en los cielos los fuegos artificiales más reales que jamás habría de ver! Lo cual, hermanos y hermanas, hace de mí un estúpido como lo sois vosotros, posiblemente más imbécil que todos vosotros juntos.

Según Tobias y Mélimé, Arielle y Félix Blinneboëke, vulcanólogos de origen flamenco, eran famosos por haber salvado a la población de una isla del Pacífico al avisar a tiempo de la explosión de un «volcán poderoso como todas las bombas atómicas del mundo». Ya con la isla vacía de sus habitantes, la heroica pareja escaló una última vez «los flancos palpitantes del monstruo» llevados por «la irreprimible llamada de la exigencia científica», pero «la plataforma sobre la cual efectuaban sus últimas mediciones se hundió, precipitando a nuestros héroes a las entrañas de la tierra en fusión».

Pero los años pasan y Alceste crece, ya no es un niño. Colabora inocentemente con sus padres adoptivos contando —con el mismo tono— las mismas tonterías a los más pequeños...

Hasta el día en que su universo da un vuelco.

Cambio de era.

En menos del tiempo que hace falta para dormirse y despertar, internet está ahí. El planeta entero atrapado en la red de un cazamariposas. Todo cuanto nació, todo cuanto murió, todo cuanto fue, todo cuanto es, todo es capturado y queda al alcance de cualquiera. Tan tupidas, las mallas de la red, que nada se les puede escapar.

Todo está ahí, verdaderamente ahí.

Al alcance de la curiosidad.

«Clic», hace el índice de Alceste tras teclear los nombres de Arielle y Félix Blinneboëke.

«Nada», responde internet.

Arielle y Félix Blinneboëke nunca existieron. Así lo afirma Google. En un estilo un tanto similar al de Tobias y Mélimé: «Los términos de búsqueda especificados no corresponden con ningún documento».

El capitán Adrien Titus y el comisario Joseph Silistri circulaban hacia la Casa Grande.* En fin, circulaban... En Quai de la Mégisserie, se dejaban llevar por el lento glaciador del atasco. Silistri, al volante, era como si estuviese en otra parte.

En cuanto a Titus, él sí estaba allí.

–Mañana tampoco acudiré, Joseph, me voy a tomar el jueves. ¿Me lo puedes arreglar?

–¿Qué es, esta vez?

–Me llevo conmigo al joven Manin, nos vamos de farmacias.

–¿El joven Manin?

–Un recién nacido. Ayer nos llevó a Menotier y a mí a casa de Lapietà. Hizo de chófer. Me cayó bien. Le estoy dando clases de refuerzo.

–¿Y qué vais a buscar en las farmacias?

Titus arqueó una ceja sorprendido.

–Pero... ¿Joseph? ¿Me sigues o no? Lapietà necesita una sonda para mear, ¿recuerdas? Acabo de decírtelo.

–Sí... hasta me diste la marca: Pioralem. ¿Y qué?

Era evidente que Silistri andaba en otras cosas.

–Pues que su mujer se equivocaba al pretender que antes moriría que confesaría su enfermedad a los secuestradores. Un globo vesical no es algo que uno pueda esconder durante mucho tiempo. Uno no esconde un volcán en su bragueta, antes revienta. Hasta si es la de Lapietà. Te cuento cómo lo veo yo, Joseph: al cabo de seis horas de detención, Lapietà se revolvió por los

suelos. Sus raptos debieron de pensar que era un cuento, puede que al principio lo dejasen retorcerse, pero cuando empezó a ponerse de color plomo se dijeron que iba a estirar la pata allí mismo. Lapietà cantó de lo lindo y ellos enviaron enseguida a alguien a comprar sondas. Con un poco de suerte, ese alguien se habrá precipitado a la farmacia más cercana. Es al que buscamos Manin y yo: un cliente que se presenta sin receta, que arguye la urgencia de las urgencias hasta convencer al farmacéutico, que le regala su hermosa jeta a la cámara de vigilancia y que sale con las sondas tan rápidamente como entró. Interrogamos a los boticarios, visionamos las películas, identificamos al sujeto, registramos a fondo los alrededores y le echamos el guante. En veinticuatro horas el tema está solucionado.

–Mientras que el resto de nuestro ejército interroga a todos los despedidos por Lapietà... Bien visto. Solo que no son precisamente farmacias lo que falta en París.

–Casi tantas como restaurantes, cierto. Por el contrario, no hay tanto que visionar. Atendiendo a la resistencia media de una vejiga, la cosa pasó anteayer entre las diecisiete y las diecinueve horas. Eso limita la duración de nuestras investigaciones.

Semáforo en rojo.

–¿Y si escondieron a Lapietà fuera de París?

–Las ampliamos.

–El carro del hijo, ¿has dado con él?

Titus cavila.

–Una de cal y una de arena. Si es necesario, hago que quemen uno en un descampado y se lo doy a Menotier, eso lo mantendrá ocupado.

Silencio.

Un poco largo.

Semáforo en verde.

Que no cambia nada en la circulación.

–¿Qué te pasa, Joseph? ¿A qué le das tantas vueltas?

Ligero sobresalto de Silistri, como si saliese de un ensueño:

–Al final de las vacaciones me pasé por casa de Coudrier.

El comisario Coudrier, su venerado jefe... Ellos que no son muy dados a la veneración.

–¿Fuiste a honrar al ancestro? ¿Cómo le va? En plena forma, ¿no? ¿El azote del gobio? ¿Era uno de sus proyectos, no, la pesca con caña?

–Está escribiendo un libro.

–Deporte de jubilados, ese también. No abandonar el terreno sin dejar huella. Muy poli.

–No, no, no escribe sus memorias...

Con sirena o sin ella, el atasco había llegado para quedarse. Titus se sacó el tabaco y una china de chocolate nepalí:

–¿Tema del libro?

–El error judicial.

Entre el pulgar y el índice del capitán Adrien Titus se escurría el tabaco turco.

–¿Tesis central?

–Que falta en la novela.

Lengüetazo.

Chasquido del zippo.

Nube nepalí.

–¿Es decir?

–Según Coudrier, todo investigador hace lo que un novelista. Busca la coherencia.

–¿Es decir...?

También Silistri visita Nepal. Da una larga calada.

–Coudrier afirma que casi todos los errores judiciales proceden de un exceso de coherencia novelesca. A todos los niveles de la investigación, gendarmería, policía judicial, instrucción, peritaje psiquiátrico, hasta la sala de audiencias; todos se empeñan en construir una historia *plausible*, en crear una cadena lógica entre los presuntos móviles y los supuestos hechos. Cuando la cosa cojea un poco, se fuerza, sin darse demasiada cuenta, y se mete en chirona al sospechoso más lógicamente compatible. Buscamos la coherencia, es eso. Según Coudrier, no hay mejor receta para fabricar un error judicial.

El móvil de Titus le vibró contra el pecho. Era la voz todavía nueva de Manin.

–Perdona, Joseph, es la farmacia. ¿Sí, pequeño Manin?

–Capitán, he considerado veintisiete y he hecho ocho comprobaciones sobre el terreno.

–¿Veintisiete farmacias tú solo? ¿Y ocho comprobaciones? ¿En tres horas? ¿Eres un adicto, o qué?

–He metido a mi novia en el asunto. Lo hemos manejado también por teléfono y por mail, antes de ir a ver.

Titus respiró hondo:

–Primera lección, pequeño Manin: en materia de investigación policial, uno no mete a su novia en el asunto.

–¡Es trigo limpio, capitán! Se llama Nadège. Ningún problema.

Titus espiró:

–Manin, arréglalo con tu Nadège y envía los resultados.

–¿Los resultados?

–En qué punto estás, lo que has encontrado.

–¡Nada de nada! Viejos, abuelitas, enfermeras, asistentes de ancianos, nada más.

Titus buscó la formulación precisa:

–Segunda lección, pequeño Manin: no llamar a un superior a menos que sea para darle alguna información. O por lo menos un poco de esperanza.

Silistri le devolvió el Nepal.

–Precisamente –vaciló la voz de Manin–, hablando de esperanza...

Titus tapó el teléfono con la mano.

–Perdona, Joseph, todavía tiene mucho que aprender. ¿Hablando de esperanza, pequeño Manin?

–Querría plantearle una pregunta. Pero no sé si...

–¿Si qué?

–Si puedo, si eso no le...

–¿Tema de polis o tema personal? Si es personal, vete olvidando.

–No, sería más bien un tema de polis, en fin, eso creo, yo...

–Entonces desenfunda.

–Disculpe que le pregunte esto, capitán, pero...

–Tercera lección, Manin, si desenfundas a esa velocidad estás muerto.

–¿Comprobó usted, en casa de Lapietà, si sus sondas seguían allí?

Titus se tomó un tiempo. Volvió a verse siguiendo a Ariana hasta el cuarto de baño, abriendo el armario que ella le señaló, encontrando dos paquetes de sondas Pioralem, uno nuevo y otro abierto recientemente. Faltaban las cuatro de la antevíspera, echadas a un cubo de basura de baño que todavía no había sido vaciado. Ariana lo abrió pulsando con el pie.

Manin se ponía nervioso:

–Disculpe que le pregunte eso, capitán, no me gustaría que pensase que quiero enseñarle el oficio, ese tipo de... Yo lo respeto mucho, ya sabe... es solo que...

–La pregunta es buena, Manin. Mi silencio era por la sorpresa. Sí, lo comprobé. Están allí. Punto para ti.

Hubo otra vacilación. Titus aprovechó para pasarle el porro a Silistri.

Silistri lo tomó y preguntó:

–¿No te parece que estamos un poco pasados de moda, a nuestra edad, tirándole a esto como chavalitos?

–Tradicionales, más bien. Hombres de tradición, diría yo. ¿Qué decías sobre el libro de Coudrier?

–Coudrier se apoya en Malaussène. La inocencia personificada, ¿no? Y sin embargo, *lógicamente* el culpable ideal, siempre. Si nos atuviésemos a la coherencia, debería estar en el trullo el resto de sus días. Coudrier ha formado a generaciones de polis gracias a Malaussène. Dice que...

Pero Manin había encontrado la palabra:

–Discúlpeme, capitán, oigo que charla usted con alguien, no quisiera molestar...

–No, no, te escucho.

–Puede que tenga una idea, a pesar de todo. En fin, eso creo...

Una posibilidad entre mil, pero...

–¿La sospecha de una idea, entonces? Dale, pequeño Manin, la sospecha es mi forma de vida.

–Por teléfono, no, capitán, es decir, si no le importa... Tengo que enseñarle una cosa. De hecho, un tipo... un tío que...

–¿Dónde estás?

Manin dijo dónde estaba.

–Media hora y me tienes ahí.

Antes de cerrar la portezuela del coche, Titus se agachó hacia Silistri:

–La coherencia, Joseph, es cuando todo ha terminado. Dile eso al jefe, que no escriba por nada.

Se alejó, luego volvió sobre sus pasos.

–¡Ah! En caso de que te interese, nuestra pequeña Talvern está al tanto de

la operación farmacias. Por ese lado estoy cubierto.

¿Cuántas toneladas de hormigón y cristal se necesitan, para toda esta ligereza? En materia de arquitectura, no hay nada tan pesado como lo fluido. Era lo que se decía el capitán Adrien Titus al emerger a la explanada de la Defensa. EDF, Technip, Égée, Mazars, Alstom, Ariane, Com'Square, Sofitel, Allianz, Opus 12... Desembarcaba en plena guía telefónica de las finanzas, preguntándose qué diantres debía de andar haciendo el pequeño Manin entre esas torres. Todo a su alrededor eran destellos: congresos, seminarios, oficinas *hightech*, cócteles, recepciones, piscinas en las alturas, vistas sin obstáculos sobre los Elíseos, todo el oropel de la seriedad. Manin, mi pequeño Manin, ¿dónde has venido a extraviarte? El móvil vibró en el bolsillo de Titus.

–Le veo, capitán, estoy aquí.

La explanada estaba vacía y limpia. Titus creyó hallarse solo en medio del desierto, observado por no se sabe qué entidad.

–¿Dónde es aquí? No juegues con los superiores, Manin, no soy tu amigacho.

–Al otro lado de la explanada, capitán, la farmacia del centro comercial.

Titus vio una cruz verde parpadeando a lo lejos. Bajo la cruz, algo saltaba tan alto como le era posible.

–Deja de hacer el tonto, ahora voy.

Manin le esperaba, embutido en una Burberry del siglo pasado. Debía de verse muy detective; parecía más bien un parado de larga duración.

–Por ahí –dijo–, vamos a la cafetería.

–¿No a la farmacia?

–No, capitán, disculpe, el tipo quiere ser discreto. Curra en la farmacia

pero prefiere conversar en el bar. Hoy es su día libre.

–¿Dónde te has comprado ese chubasquero?

–En el mercadillo de Montreuil. Está guapo, ¿no?

–...

El tipo de Manin, capucha subida, tenía la cabeza entre las manos. Era como si estuviese llorando sobre su cerveza. Cuando se incorporó para mirar a Titus, el capitán le quitó delicadamente la capucha y comprendió que el chaval se las había visto con un fino especialista.

–¿Quién te ha hecho eso?

Los párpados se juntaban en una hinchazón violácea y el labio superior le obstruía las ventanas nasales.

–Lo avergüenza decirlo –intervino Manin.

–Insisto.

–Féuaptazrra –pronunció el tumefacto.

–Una tía –tradujo Manin.

–Mesyunpuuujrquenoluplloppquelerompcto.

–Si se la encuentra le rompe el culo –tradujo Manin.

–No le falta ambición, eso está bien. ¿Y por qué esa chica te hizo eso?

–Esoynptomerda.

–Porque es un gilipollas –tradujo Manin–. Pero si quiere usted acelerar puedo contárselo yo, ya me lo ha dicho todo.

La chica llegó a la farmacia, una joven como muy decente, con trenzas, una trenca y un encantador acento británico. Quería comprar sondas para su abuelo. Pioralem. No tenía receta.

–Él fue quien la atendió. De la receta pasó olímpicamente. Cuando la chica salió, él dijo que tenía una cita y la siguió.

–Vale, vale... –se asombró Titus–. ¿Y por qué hiciste eso?

–Etbmasbenqulpnmelríaflar.

–Le había molado. Quería hacérsela.

–Ya veo. Y ella no quiso, ¿no? ¿Hasta dónde la seguiste?

–Me lo ha enseñado –intervino Manin–. Luego lo llevo.

–¿Y cómo te hizo esto?

–Los dos pies en la boca –explicó Manin–. Dos veces en tres segundos.

Kárate, concluyó Titus. Nidan geri, si no recuerdo mal. Nihon geri, tal vez.

Una caricia de ese tipo.

–Los zapatos, ¿eran de hierro?

–Slapllandarrgldaperqmelcrgo.

–De acuerdo, vas a cargarte a esa hija de puta.

Manin alzó las cejas:

–¡Joder, aprende usted rápido, capitán!

–Más rápido que él, por lo que se ve. ¿Y esa chica, la filmasteis?

Manin se sacó el móvil.

–Con la cámara de la farmacia, sí. He pillado la imagen. ¿Quiere usted verla?

–Enseguida –dijo Titus.

Luego, inclinándose sobre el herido:

–Tú, no te molestes en acabarte la cerveza. Esfúmate antes de que me lo piense dos veces, y mucho cuidado con las chicas. Sobre todo las inglesas.

Titus y Manin lo miraron mientras se alejaba.

–¿Diagnóstico, mi pequeño Manin?

Manin siguió con la vista aquella capucha calada.

–Un pobre imbécil.

–Insuficiente.

Manin frunció el ceño.

–Cree que puede coger lo que quiera.

Titus negó con la cabeza y se explicó sin alegría:

–No. Ninguna imaginación, ese es su drama, frustración absoluta. Un futuro quemado. De pronto vencimiento. Un sencillo lavado de cerebro y estalla como bomba humana. Me jode saber que no pasará de los treinta.

Luego, preguntó:

–¿Cómo se lo has sacado?

Manin explicó que después de haber visionado el registro de la cámara de vigilancia y fotografiado a la chica en la pantalla, preguntó al farmacéutico si se acordaba de esta pequeña *british* de las trenzas y la trenca. Vagamente, no fui yo quien la atendió. ¿Quién fue? Youssef. ¿Youssef? Un estudiante en prácticas, no el mejor. Por otra parte, mira, ahora que lo pienso, inmediatamente después se fue. ¿Youssef qué más? Youssef Delage. ¿Puedo verlo? Baja por enfermedad. ¿Dónde? En su casa. ¿Dirección? Esta.

–¿Qué es lo que te dio la idea de ir a interrogarlo?

Manin hizo un mohín dubitativo.

–No sé, capitán. La rutina.

–Para, Manin, no tienes edad para rutinas.

–Entonces, no sé.

–El instinto, chaval. Salvo por toda esa cortesía, eres un buen sabueso. Y, para que transigiese en hablar, ¿cómo hiciste?

–Le saqué un primer plano con el móvil, le enseñé su foto y la de la chica y le dije que si me la jugaba iba a subir sus dos jetas a Facebook, con su nombre, desvelando quién había ganado.

Largo silencio. Titus se bebió la mitad de la cerveza que quedaba. Luego, le tendió el vaso a Manin.

–¿Lo habrías hecho?

Manin se bebió el resto y negó con la cabeza.

–¿Por qué no?

–Porque si cuelgo un rollo así en internet y resulta que la chica vive en el

barrio, mañana tendríamos a todos los mangantes del lugar buscándole las cosquillas, solo para ver qué pasa. Es una putada arruinarle la vida así.

A fin de cuentas, pensó Titus, tampoco tengo tanto que enseñarle. Un poco de Historia, tal vez un poco de cine...

Levantó el índice:

–Manin, escúchame bien. Mitterrand no viene después de la guerra, sino en el ochenta y uno. Mil novecientos ochenta y uno, treinta y seis años después del armisticio –precisó–. Dos mandatos. Murió en el noventa y seis. La próstata.

Manin lo miraba como si lo estuviese grabando.

–¿La próstata? –preguntó.

–Te lo explicaré más tarde, no entra para examen. ¿Cuándo naciste, tú?

–Ochenta y nueve.

–¿*Érase una vez en el Oeste*, la conoces?

–¡Sí, es un western! Mis padres me la pasaban para dormirme cuando era pequeño.

–Pues bien, la filmó Sergio Leone. En el sesenta y ocho. Y Claudia Cardinale era la actriz principal. Sigue viva. La mujer de Lapietà se le parece mucho. ¿Te acuerdas de la música?

–¿La armónica? ¡Ya lo creo!

–La armónica y el resto. Ennio Morricone. Italiano, él también.

Manin iba asintiendo lentamente.

Luego, preguntó:

–¿Quiere ver la foto de la chica?

–Sí, pero envíamela igual.

Manin le tendió la pantalla de su móvil.

–Mire. Nada de especial, ¿no? Francamente, si no hubiera dado con la historia de ese tipo no le habría molestado.

Titus se abismó en la contemplación de la joven inglesa de la trenca. La seriedad personificada. Papá debía de currar en una de las torres circundantes. Y no en el sótano, sino en los pisos nobles, donde los dividendos. La foto era un poco borrosa, como es normal con los vídeos de vigilancia. Titus la modificó mentalmente. Le deshizo las trenzas a la joven, dio volumen a los cabellos, luego le quitó la trenca... Y se dijo algo como Dios mío... ¡Dios mío, Dios mío! A lo que probablemente añadió ¡Hostia puta! Y todavía un ¡No, no me lo creo! Sin duda también un ¡No es posible! Y a ciencia cierta un ¡El sindió que va a armarse! Para enseguida preguntarle a Manin, sin que un solo rasgo de su cara se hubiera movido:

–¿Puedes enseñarme hasta dónde la siguió Delage?

Había que atravesar la explanada, que ahora bullía: oficinas que se vacían, cercanías que traga. Luego bajaron al metro (vendedores clandestinos de fruta, quioscos de prensa, lejano lamento de un *dàn-cò* vietnamita). Manin torció a la izquierda antes de los torniquetes y ambos se zambulleron en una escalera de caracol hacia el centro de la Tierra: un pozo gris de hormigón. Luminosidad a la baja, perfume de orina al alza.

–La paliza se la dio ahí abajo, llegando a la A14 –le indicó Manin.

–¿Se le había echado encima?

–No tuvo tiempo. Lo esperaba emboscada.

–¿Y le atacó sin más? ¿Sin declaración de guerra?

–Así, directamente.

–Pobre Delage.

Habían llegado a una especie de antecámara de la autopista. Oían la circulación sin ver todavía los vehículos.

–Aquí, aquí es donde sucedió.

–¿La chica estaba sola, estás seguro? ¿Ningún refuerzo?

–Sola, capitán. ¡Eso es lo que tanto le toca las pelotas a Youssef! Al principio pretendió que me tragase que eran una decena de matones, pero lo presioné un poco y acabó por escupir que no; estaba sola.

–¿Ningún espectador?

–De haberlos habido, las imágenes estarían en la red.

Una especie de aparcamiento –hedor de gasolina quemada medianamente embebido de amoníaco– propicio a la violación rápida, pensó Titus. Había olvidado que todo este bazar financiero estaba montado sobre pilotes. Y que todo cuanto quedaba debajo apestaba de esa forma.

–Gracias, pequeño Manin, no me has hecho perder la jornada.

–De nada, capitán.

–¡Ah! Una última cosa.

Titus se quitó el abrigo de pura cachemira.

–Pásame tu impermeable y toma mi abrigo.

Manin cumplió la orden sin preguntar. Intercambiaron los papeles, el dinero y los móviles.

–Sales ganando, Manin. Pero por una noche solamente. Mañana volvemos a cambiar. Hale, vuelve a casa, échate junto a tu Nadège y no me llames hasta que te llame yo a ti.

Manin no quería, mas no pudo retener la pregunta que lo atenazaba.

–Capitán...

–¿Tema de polis o tema personal?

–...

–...

–Esa guiri, ¿la conoce?

Titus vaciló un segundo. Pero había apostado por Manin.

–Metí a su madre entre rejas cuando tú eras pequeño.

–¿Qué había hecho?

–Nada. Me equivoqué. Un exceso de coherencia...

–¿Un qué?

–Déjalo. Vete a dormir. Última lección del día: un buen poli se acuesta temprano.

Fin de verano en mi Vercors. Robert y yo hemos pasado el día haciendo gavillas bajo el sol de septiembre. ¿Deberíamos, a estas edades? Por más que el mundo agrícola se haya automatizado, las faenas del campo siguen siendo las faenas del campo, poco descansadas. Y el polvo de paja sigue haciendo estornudar. Tampoco estaba de humor para encajar las recriminaciones de Alceste cuando, a última hora de la tarde, Mick y Dédé nos lo trajeron, al linde del bosque.

–Camino a la libertad, Alceste –le dije, mostrándole el montón de piedras de afilar que había en el remolque de Robert–. Hay un escondite para usted ahí adentro. Es perfectamente seguro. Robert lo bajará en su tractor por la secundaria 76. En tres cuartos de hora, Bo y Ju le recogen en un lugar llamado Chamaloc, y hacia las dos de la mañana está usted en su casa, en París, en su cama.

Alceste echó una mirada afligida a la estructura de paja:

–Sus soluciones son novelescas, Malaussène, es decir, una absoluta tontería. No voy a subirme ahí.

Probé con paciencia:

–Durante el verano del cuarenta y cuatro, este novelesco salvó a un cierto número de personas menos miradas que ustedes.

–Hasta una familia entera en un solo viaje –precisó Mick–. Los nazis no se enteraron de nada.

Alceste no se dejó conmover por la Historia.

–Yo no me meto en el heno. Tengo mis alergias.

–Solo hay que pasar ese pequeño mal trago –le dije–, el Mercedes de los chinos será más comfortable.

Robert, Mick y Dédé esperaban la continuación. ¿Cómo se manejan dos parisinos en caso de litigio? Nos habíamos convertido en objeto de estudio.

–¿Cuánto pesan esos fardos? –preguntó Alceste.

Levanté la cabeza hacia Robert, que esperaba en la cabina.

–Doscientos kilos la pieza. Antes, con las máquinas antiguas, estaban en unos cuarenta, y eran cubos.

–Paralelepípedos rectángulos –corrigió Mick.

–En mi familia, cubos –insistió Robert.

–Cada uno su tradición –convino Dédé.

–Es decir –observó Alceste–, al menor traqueteo, acabo aplastado como una crepe. No voy a meterme ahí dentro.

El tiempo pasaba. No era cuestión de faltar a la cita con Bo y Ju. Había que finiquitar aquello. Robert debió de verme cansado porque se bajó, se plantó delante de Alceste, y rompió la consigna dirigiéndole la palabra:

–A ver, Montecristo, o te metes rapidito en el escondite o te enchufamos nosotros cuatro ahí adentro como un termómetro en el culo de un espantapájaros.

Ya está. Misión cumplida. Alceste entregado a los chinos y su pen USB enviado a la Reina Zabo, a un apartado de correos para mayor seguridad. Desconfiar de los mails, desconfiar del papel, desconfiar de la nube. ¡Que la competencia no nos birle el botín! Que no nos encontremos las mejores páginas de *Su enorme pecado* (es su título, él insiste) en el suplemento literario de un periódico antes de que el libro se publique. Un viejo y noble pen USB enviado a la Reina y el archivo de Alceste borrado en cuanto ella

tenga el texto, ese sigue siendo el método más seguro.

Pensar en este tipo de cosas es mi oficio.

Se acaba el verano, pues.

Dentro de dos días también yo subiré.

A ejercer el mentado oficio.

Proteger a mis vevés, chuparme la enésima rentrée literaria, seguir de cerca la carrera por los premios...

¿Por qué?

¿Por qué?

Puesta de sol. Julie y yo estamos sentados en nuestro banco delante de Les Rochas con Julius el Perro acostado a nuestros pies. Julie está acabando de leer *Me mintieron*, se lo había reservado para el verano... Silencio...

Quedarse aquí.

Basta de París. Donde, por otro lado, explotan bombas y las metralletas campan a sus anchas.

Contemplar cada tarde la caída del sol sobre el Gran Veymont.

Sí... Pasar aquí el resto de mis días, siguiendo con la vista cómo, cada atardecer, la sábana de la noche se arrastra hacia la cumbre de esa montaña.

–Julie, ¿qué tienen los espíritus distinguidos contra las postales que representan puestas de sol, puedes decírmelo?

Silencio.

–Mira esto: ¡el inasequible y sobrecogedor adormecimiento del mundo!

–¡Sí, sí...!

Julie consiente en levantar la mirada hacia el Gran Veymont, que se adormece mil trescientos metros por encima de nuestras cabezas. Es un elefante acostado de lado. Los últimos rayos le otorgan un crepúsculo de sabana.

–¿Quieres saber lo que los espíritus distinguidos critican de esas imágenes

de postal, Benjamin? Escucha la respuesta de tu amigo Alceste.

Hojea *Me mintieron*, encuentra el pasaje que buscaba y me lee en voz alta:

Los padres ideales según Tobias y Mélimé: médicos del mundo, violoncelistas, pilotos de Fórmula 1, investigadores en física nuclear, justicieros ecologistas, vulcanólogos... Todos ellos ejercían oficios «de prestigio», como se dice de esos hoteles a los que acuden las secretarias de los médicos a intentar creerse el amor del doctor entre las doce y las dos del mediodía. Ninguno de ellos era empleado de correos, maestra de escuela, farmacéutica, soldador, mecánico o secretaria de un médico, mira tú...

Hermanos y hermanas, ¿en serio que semejante colección de genitores excepcionales no os sorprendió? ¿Qué pasó para que ninguno de nosotros se dijese que, tal vez, pudiese ser un hijo de puta o, hablando con propiedad, el retoño de una buena familia abandonado tras el parto a nombre de X? ¿Acaso no es el modelo de huérfano más corriente en nuestras latitudes? Pues bien, ¡no! ¡Todos nos consideramos descendientes de semidioses! ¡Caídos del olimpo social en el nido de Tobias y Mélimé! Esos dos imbéciles nos dotaron de unos padres de postal, ¡de postal de puesta de sol! Fijaos en que, en este punto, no los estoy acusando, forman parte de la innumerable manada de estúpidos que cree que el sol no se pone sino para el placer de sus ojos.

Julie cierra el libro, la mirada en el Gran Veymont teñido de rojo:

–Bienvenido al club, Benjamin.

Yo había olvidado ese pasaje.

Pero me acuerdo bien del resto; la lucha vana de Alceste para convencer a sus hermanos y hermanas de la tesis de la verdad verdadera.

¡Nuestros padres míticos jamás existieron, esa es la verdad! Si no me creéis, consultad en cualquier buscador. Yo ya lo he hecho por vosotros. «Los términos de búsqueda especificados no corresponden con ningún documento.» ¡Probad vosotros! Nuestros padres no eran esas estrellas muertas cuya luz continuaba alumbrándonos mediante las historias de Tobias y Mélimé. ¡Nunca llegaron a nacer! Punto pelota. ¡Por consiguiente, no hay descendientes ni adyacentes! ¡Ni siquiera un nombre! Y es

quizá lo que más cuesta admitir. Cómo nos gustaban nuestros «verdaderos» nombres, ¿os acordáis, hermanos y hermanas? ¡Con qué delicia los pronunciábamos! ¡Tan llenos de sentido! ¡Tan llenos de ser! ¡Tan llenos de vida! ¡Tan llenos de carne! ¡Tan llenos de nosotros! ¡Ah! ¡Ese placer de llamarnos por nuestros verdaderos nombres! ¡De invocar nuestra identidad! ¡De resucitar a nuestros padres llamándonos así! «Ven aquí, mi pequeño Tassuit. ¿Cómo, mi Blinneboëke? ¿Qué opinas al respecto, Gorbélius? ¡Corre que te pillo, Tsiruet! ¡Gabelin, tragaldabas, acábate la sopa!

Y sin embargo nadie jamás sobre esta Tierra se llamó Blinneboëke, Tassuit, Gabelin, Tsiruet o Gorbélius.

Descubrir semejante inexistencia, ¿en serio que no os sorprende? ¡Ninguno de los atributos ligados a esos nombres tuvo jamás la menor realidad! Ni los cuerpos, ni las edades, ni los rasgos de carácter, ni los oficios. Profesión de los padres: Violonchelistas, respondías orgullosamente, Faustine, en las fichas que los profesores nos hacían rellenar al principio del curso, ¿te acuerdas? Vulcanólogos, escribía yo. Piloto de carreras, respondía Mathieu. Y cuando algún profesor se asombraba de nuestras respuestas acerca de Tobias o Mélimé –«¿Cazadores de cazadores, qué significa eso?»–, la explicación caía por su propio peso:

–Baptiste es un niño adoptado, señorita, sus padres eran guardas de caza en Costa de Marfil, en la reserva de Abengourou, y para nosotros es muy importante preservar su recuerdo en el corazón del niño.

¿Qué iban a responder ellos? Ningún profesor iba a comprobarlo, por supuesto, no es el tipo de afirmaciones que suscita dudas. Tobias y Mélimé salían de la escuela santificados. Y eso si los profes no les hacían la ola. ¡Todavía puedo ver sus aureolas! ¡Como si fuese ahora! Resplandecientes sobre sus dos cabezas de memo. ¿Quién iba a sospechar que esas dos imágenes piadosas se pasaban la vida nadificando a los niños que les habían sido confiados? Nadificándonos del todo, tampoco (estábamos bien alimentados, el alimento era tan insípido como el resto, aunque copioso), ¡pero nadificándonos en lo espiritual! Sacos llenos de nada, eso es lo que Tobias y Mélimé hicieron con nosotros. ¡Deliberadamente! Porque para crear esos apellidos sin genealogía, ¡bien que tuvieron que asegurarse de que coexistían! Nadie debía haber llevado esos nombres. ¡Jamás! ¡Ningún homónimo! ¡En ninguna parte! Y eso que semejante tipo de comprobaciones, antes de la era internet, no era poca cosa. Tobias y Mélimé practicaron con nosotros la genealogía inversa. Aseguraron nuestro vacío ontológico. El resultado es que, si por casualidad cualquiera de nosotros se proponía descubrir de dónde venía, la única respuesta que nuestros padres adoptivos hubiesen puesto a nuestra disposición es esta: de ninguna parte.

¿Y...?

Respondió el coro de los hermanos y hermanas de Alceste.

¿Y...?

MARGUERITE: ¿Qué hay de malo en inventar historias y nombres?

FAUSTINE: Nuestras auténticas nadi... nadificadoras, como dices, son las golfas que nos parieron bajo una X.

MATHIEUR: Tobias y Mélimé nos dieron una infancia de ensueño que tú presentas como una infancia de mierda.

ADRIEN: Lo único que te importa es destruir la armonía familiar.

PASCUAL: Escritor sin imaginación, nos utilizas como materia prima de tus delirios megalómanos.

FAUSTINE: Y paranoicos.

GENEVIÈVE: En adelante eres indigno del amor que te dimos.

FAUSTINE: Una de las grandes felicidades de mi vida será no volver a oír nunca tu perpetuo sermoneo.

BAPTISTE: Aquí el único hijo de puta eres tú. Vete a la mierda.

Palabras debidamente reproducidas por Alceste en sus entrevistas, por supuesto.

PREGUNTA: Esas censuras, ¿le afectan?

ALCESTE: Es el precio que hay que pagar, lo asumo.

PREGUNTA: ¿El precio de qué?

ALCESTE: El precio de una literatura digna de ese nombre. Insultándome de esa forma, lo que querrían es que dejase de escribir. Ahora bien, nadie puede impedirme dar cuenta de lo que es. Escribir es eso. No debería ser otra cosa. ¡Cualquiera que sea el precio! Incluida la soledad.

PREGUNTA: ¿Cómo reaccionaron sus padres a la publicación de su libro?

ALCESTE: Hasta donde yo sé, no tengo padres.

–Sus padres adoptivos.

–¿La pareja de mentirosos que tanto me embruteció? Como siempre, mediante la política de la nada. Haciendo como si el libro no existiera.

–¿No lo leyeron?

–No me lo hicieron saber. Ellos lo viven como víctimas, usted ya me entiende. Se consideran atacados. Dejan que sean mis hermanos y hermanas quienes se entreguen en cuerpo y alma.

–Por lo menos ellos sí lo leyeron.

–Sí... es decir... debieron de buscar sus nombres en el libro y leer los pasajes que les afectaban personalmente. No son grandes lectores, usted ya me entiende. Uno más de los efectos secundarios de la ceguera en que los sumergió la mentira: no leen. No necesitan luz.

–¿No es un poco fácil utilizar la novela para decidir la verdad de unos y otros?

–¡Lo fácil, señor, sería callarse! ¡Lo fácil sería no escribir! ¡Lo fácil sería hacer como si no hubiésemos vivido lo que vivimos! ¡Lo fácil sería permitir que los ciegos siguiesen sin ver cuando tenemos los medios para devolverles la vista! En mi caso, no escribir equivaldría a un delito de omisión del deber de socorro a familiar en peligro.

Y así sucesivamente, de periódico en periódico, de radio en tele, de blog en página web, durante toda la promoción de *Me mintieron*.

Hasta el día en que la «familia en peligro» reaccionó. En que los ciegos aceptaron confrontarse con Alceste en un debate televisado. La familia envió a tres representantes: Adrien, el hijo mayor; Faustine, la más emprendedora;

y Baptiste, el más joven, estrella ascendente del fútbol. La Reina Zabo y yo le desaconsejamos a Alceste ese tipo de exhibición pública, *Me mintieron* funciona muy bien, no hay necesidad de ese tipo de publicidad. Alceste nos envió a la mierda. No éramos más que unos mercaderes, y él, en cambio, tenía una causa que defender.

Título del programa: *No es para tanto*. Se supone que reconcilia bandos irreconciliables.

Público automatizado, precalentado como un horno antes de la cocción:

–Luz roja, aplaudimos, ¿de acuerdo?

–¡De acueeeeerdo!

–Luz amarilla, protestamos, ¿de acuerdo?

–¡De acueeeeerdo!

–Luz verde, nos reímos, ¿de acuerdo?

–¡De acueeeeerdo!

Ensayo satisfactorio.

En primera fila de los espectadores, la Reina Zabo y Loussa de Casamance, que han querido acompañar a su autor. Están flanqueados por Simon el Cabileño* y Mo el Mossi,* prestados por Hadouch* por si hay barullo. La escolta, bien aseada para la ocasión, mantiene un perfil bajo. Preferirían estar en otro lugar. Hadouch y yo nos quedamos de pie al fondo del estudio, detrás de las cámaras. Diálogo entre cuchicheos:

–¡La estás jodiendo, Ben, sabes perfectamente que en la tele no tenemos nada que ganar!

–Es la última vez, Hadouch, palabra.

–No por nada me chupé una licenciatura de Letras en los tiempos en que leíamos que ibas a embarcarnos en este tipo de disputas pseudoliterarias...

–¡En serio, Hadouch, es la última vez, te lo aseguro! Para la protección de Alceste, estamos en negociaciones con los chinos.

–¿Los chinos? ¿Los chinos de Belleville? ¿Bo y Ju?

–Bo, Ju y su banda, sí.

–¡Joder, sí que tiene pasta, tu jefa!

Fin del diálogo.

Empieza la emisión.

Entrada de los invitados.

El presentador, dinámico y sonriente, grita alegremente el nombre de los participantes, que aplaudidos por la claqué automatizada llegan y se sientan frente a una butaca vacía.

A continuación, aparece Alceste, al que instalan en la susodicha butaca (aplausos más generosos).

El presentador se abandona a un preámbulo enérgico y jovial, con el obligado «Ya veréis, no es para tanto», y pasa a plantear las primeras preguntas.

Preguntas que pretenden trazar las fronteras entre literatura y vida privada. Lo cual no da para gran cosa: para la familia todo es intimidad, para Alceste todo es literatura.

Empate.

Yo aprovecho para conocer a la célebre familia. «Culos limpios», hubiese dicho Jérémy de adolescente. (El concepto englobaba una pose irreprochable en la vestimenta, una cierta ostentación gramatical y una gran propensión a la sabiduría mayoritaria.) Imposible imaginar que, tres meses más tarde, estas límpidas conciencias iban a arrojar a Alceste a la tumba de su padre con el proyecto de enterrarlo vivo.

El presentador cambia de tema. Le pregunta alegremente a Alceste qué tiene contra los cuentos.

ALCESTE: Nada.

PRESENTADOR: ¡No es eso lo que uno saca de la lectura de su obra!

ALCESTE: No recuerdo que nadie nos haya contado cuentos, en nuestra infancia.

PRESENTADOR (*boca abierta, ojos desorbitados*): En fin, claro, quiero decir, ¡esas historias que le contaban sus padres antes de acostarse eran cuentos!

ALCESTE: Ni eran mis padres ni eran cuentos. Eran mentiras que tendían a hacernos tomar nuestra vida familiar por lo que no era.

Primera reacción de Faustine:

–¡Para nada! ¡Era su modo de encantarnos!

ALCESTE: ¡A mí las mentiras no me encantan!

Aplausos de la sala.

Intervención de Adrien, cuádragenario de voz pausada, de rasgos finos y dedos largos y transparentes:

–Si Tobias y Mélimé hubiesen querido mentirnos, nos habrían dicho que éramos hijos suyos. No se habrían tomado la molestia de imaginarnos unos padres de ensueño.

PRESENTADOR (*de repente risueño, su mirada desorbitada tomando ostensiblemente al público por testigo*): ¡Por otra parte, a vuestra señora madre le hubiese resultado difícil esconderles tantos embarazos a sus hijos mayores!

La sala se echa a reír.

Faustine sale de sus casillas:

–¡No hay nada de que reírse! ¡No hemos venido aquí para montar un espectáculo! ¡Estamos aquí para defender el honor de una pareja que dedicó su vida a criar en la alegría y la abnegación a unos niños que no eran los suyos!

Fin de las risas.

ALCESTE (*a su hermano Adrien*): Si Tobias y Mélimé hubiesen querido decirnos la verdad, nos habrían informado de quiénes eran nuestros

verdaderos padres, eso es todo. (*Un momento.*) Algo que yo sí voy a hacer, os lo prometo, mi obra está lejos de haber terminado.

ADRIEN (*con calma*): ¿Quién te lo pide? ¿Los que nos abandonaron en el momento de nacer y nunca hicieron el menor esfuerzo por encontrarnos? ¿O nosotros, que no queremos saber nada de ellos?

ALCESTE: Ni vosotros, ni ellos, ni yo, ni siquiera la ley: la verdad, simplemente. La realidad, si así lo prefieres. Mi obra no responde sino ante la vida, tal como es. Y vosotros deberíais agradecerme.

BAPTISTE (*irónico*): Tu obra... Agradécértelo... ¡Tú estás soñando!

ALCESTE (*casi con ternura*): Mi obra que hace de vosotros personajes de novela, Baptiste, pero personajes *reales*, mientras que en la vida continuáis comportándoos como seres de ficción imaginados por Tobias y Mélimé.

ADRIEN: Sin embargo... sin embargo, seres de ficción que se han casado, que han tenido hijos, que ejercen oficios, que pagan impuestos...

ALCESTE: Y que le cuentan a su progenie las mismas mentiras sobre sus abuelos, y que ejercen oficios vinculados todos con la mentira o la nada.

Interrupción exagerada de Faustine:

—¿Con la mentira?

Al presentador no se le escapa la ocasión y reactiva la jugada, como en el póquer, para ver qué pasa:

—¿Con la nada?

ALCESTE: ¿Puedes decirnos qué haces en la vida, Faustine?

FAUSTINE: Directora de casting, ¿por qué?

ALCESTE: ¿Para qué tipo de películas?

FAUSTINE: No trabajo en el cine, trabajo para la televisión.

ALCESTE: Es cierto. Y dinos, directora de casting, ¿para qué tipo de programas?

Aquí, ligera vacilación, luego Faustine, rubia musculosa, hermoso rostro

de aire cuadrado, mirada directa, joven y segura, voz precisa y determinada:

–Para reality shows.

Aquí, el animador del juego (a fin de cuentas, perfectamente al corriente del oficio de Faustine) salta. Alude al conjunto del público.

PRESENTADOR: ¿Reality shows? Eso es algo que debe de interesaros muchísimo, ¿verdad?

Respuesta unánime:

–¡Síiiiiiiiiiiiiii!

PRESENTADOR: En tal caso, al final del programa os haremos pasar un pequeño casting, ¿de acuerdo?

–¡De acueeeerdo!

Negación sonriente de Faustine:

–Esta noche, no, ya es demasiado tarde. Mañana, por favor, y con cita previa.

Su autoridad resulta imponente. Nadie protesta.

ALCESTE: ¿Y puedes explicarle a la sala en qué consiste el entrenamiento de los candidatos escogidos para tus programas?

FAUSTINE: Es bastante técnico, es...

ALCESTE: De técnico no tiene nada. Consiste en vaciar al candidato de sí mismo para encajarlo en una personalidad ficticia que deberá encarnar en el show como si fuese la suya. ¡Consiste en suprimir la realidad en provecho de una ficción que se hace pasar por real! ¡En hacer creer que existe algo que en realidad no existe! Exactamente lo que Tobias y Mélimé hicieron con nosotros.

ADRIEN (*volando al auxilio de su hermana*): ¡Pero es un espectáculo! ¡Todo el mundo sabe que es un espectáculo! ¡Como el catch! El catch no es un deporte, es un espectáculo deportivo. No engaña a nadie. ¡La realidad también produce espectáculo! ¡El espectáculo es real! Y sobre mi oficio de

médico, ¿tienes algo que decir, sobre mi oficio?

ALCESTE: ¿Médico forense? Estudiar al otro cuando ya no está allí, ¡Tobias y Mélimé deben de adorarlo! Ninguna posibilidad de tener el menor trato con algo vivo.

ADRIEN (*conciliador*): Sobre todo, supone hacer progresar la medicina, tratar de proteger a los vivos de lo que mató a los muertos.

ALCESTE: ¿Fuiste tú quien llevó a cabo la autopsia del cuerpo de Françoise Delbac después de su suicidio? ¿Diste con la causa de la muerte? (*Señala al público.*) Eso podría ayudar a proteger a los vivos aquí presentes.

Faustine salta, a pesar de permanecer sentada:

—¡Eso es inmundo! Te prohíbo que...

ALCESTE: ¿Me prohíbes qué? ¿Que diga que esa joven se mató después de uno de tus programas? ¿Que murió por haber sido vaciada de sí misma y cebada como un ganso con una personalidad inconsistente y ridícula? ¿Que no había nada que encontrar en su cadáver aparte de la nada con la que la rellenaste y la vergüenza que finalmente sintió? ¿Que no es la primera que se suicida en circunstancias similares? ¿Que, para librarse de los juicios, tu cadena negoció una indemnización? ¿Que tu servicio jurídico compra el dolor a un alto precio? ¡Algo que te la suda totalmente porque Tobias y Mélimé no te enseñaron la diferencia entre persona y personaje, entre producto industrial y singularidad humana! ¡Y porque asumes tu indiferencia como si se tratase de fortaleza de carácter, de una especie de virilidad social!

Silencio fúnebre en la sala. Los ojos de Faustine se llenan de lágrimas de furor. El presentador se ve obligado a decirse que, si aquello no es para tanto, puede que llegue a serlo. Reacciona con poderío:

PRESENTADOR: ¿Y el fútbol, al que se dedica con brío su hermano pequeño Baptiste? ¡Ahí no estamos en la ficción! ¡Eso es bien real, de una potente realidad!

ALCESTE (*evasivo*): Ah, el fútbol... Cabezas huecas dándole pataditas a una pelota llena de aire para que sus camisetas, confeccionadas con el tejido de la publicidad, acaben clavadas en las habitaciones de los adolescentes... No veo en ello demasiada realidad... Mucho histerismo... Ergo mucho dinero... Imagino que es a lo que usted llama potente... No, me entristece mucho que, a su edad, Baptiste siga jugando a la pelota... Ese es el problema, en nuestra falsa familia hemos madurado muy poco. A fin de cuentas, mi libro no es más que una tentativa de maduración, y yo...

Pero Faustine contraataca:

–¡Tu libro es una empresa de tortura mental, territorio en el que destacas con excelencia, como acabas de demostrar! Tu «obra», como dices modestamente, depende menos de la literatura que del acoso moral. Pero no nos dejaremos menospreciar. Reaccionaremos, si es necesario llegaremos a los tribunales, nosotros...

¿Se está evocando a la justicia bajo la forma de un tribunal? Una oleada de desaprobación sobrevuela la sala, las protestas encolerizan a Faustine. Una oleada que Alceste apacigua instantáneamente con solo levantar la mano.

ALCESTE (*muy tranquilo*): Jamás dudé de que llegaríais a la demanda. Tobias y Mélimé os lo pedirán –puede que ya lo hayan hecho–, y vosotros obedeceréis como una sola marioneta. ¿Y qué argüiré yo, en mi defensa? Esto, lo que repito.

Sigue un largo monólogo a mayor gloria de la verdad verdadera, durante el cual Faustine se arranca el micro y abandona estrepitosamente el plató, seguida por Adrien y por Baptiste, quien les hace una peineta a los espectadores desencadenados, y blande su puño cerrado dirigiéndose a Alceste.

El presentador intenta vanamente encauzar la huida de sus invitados, lamenta que «esto acabe así», afirma que «no todos los golpes pueden

encajarse», y, todo sonrisa, anuncia el tema del programa siguiente mientras consulta sus papeles.

Hadouch y yo respiramos aliviados, nos hemos ahorrado el barullo. La Reina Zabo y Loussa de Casamance se levantan para irse, él sujetándola. Por un momento, me sorprende verla tan mayor, algo que nunca sucede entre las paredes del Talión, donde, desde que los conozco, su función hace que los vea como seres inmutables.

Mientras el presentador da golpecitos con sus documentos al tiempo que los ordena, Alceste pide la palabra una última vez.

–Por favor –dice espiritualmente el presentador–, me parece haber entendido que es difícil privarle de ello.

Entonces, Alceste se dirige al público directamente. Le pregunta si no le da vergüenza aplaudir o protestar por encargo.

ALCESTE: ¿Dónde se esconde el animador del juego que os ha transformado en perritos de Pavlov? (*Y señala con el dedo al presentador, todavía ocupado en ordenar sus papeles.*) ¿Es él? ¡Aprieta un botón, se enciende una luz y vosotros reís! ¿Eso es? ¡O protestáis! ¿En serio? ¿Todos juntos? ¿Como un solo hombre? ¿No os asusta ser tan numerosos los que no sois nadie? ¿Sabéis lo que se les puede obligar a hacer a las muchedumbres como vosotros? ¿Estáis listos para el linchamiento? ¿Venís todas las semanas? ¿Hacéis horas de cola para ser seleccionados? ¿Para participar en estas sesiones de tortura pública?

El primer zapato no le da a Alceste por un pelo. El segundo le acierta en la sien. El tercero es bloqueado por Mo el Mossi, que se ha precipitado sobre el plató. Simon el Cabileño lo ha seguido e intenta evitar la invasión del público, mientras Mo empuja hacia los bastidores a un Alceste vociferante:

ALCESTE: ¡Vaya! ¡Por fin! ¡Un poco de espontaneidad!

Subir a París de regreso para encontrarme con este circo...

¿Por qué?

¿Por qué no jubilarme y ya está?

¿Eh?

Zabo me debe por lo menos dos: jubilación de empleado y jubilación de personaje. Eso debería hacer una bonita suma.

Pero venga, quedémonos aquí. Dejemos que la Reina se busque la vida con sus autores suicidas.

El sol ahora se ha puesto por completo. El Gran Veymont no es más que su masa nocturna. El invierno alpino se insinúa, ya un tanto afilado, en un otoño que apenas comienza.

Fresquito, fresquito.

—Julie, ¿volvemos?

Desde luego, Julius el Perro nos precede.

IV

LA PEQUEÑA

«De hecho, me abalancé sobre este asunto como un perro trufero; di en la diana al primer olfateo. ¿Por simple instinto? ¿Se puede ser poli hasta tal punto?»

ADRIEN TITUS

El sol se pone sobre el Vercors y París se ilumina. Música en cada rincón. Las orquestas brotan del asfalto. La competición de decibelios interfiere en la comunicación telefónica. Con el móvil en la oreja, el capitán Adrien Titus grita:

—Es la pequeña, ¿no? ¿No es la pequeña?

Acaba de enviarle a Silistri la foto de la chica de la farmacia.

—¿Cómo quieres que lo sepa? La última vez que la vi debía de tener doce años. Y además, el padrino eres tú, no yo.

—¡Pregúntaselo a Hélène!* —grita Titus—. ¡Que me muera si no es la pequeña!

—Hélène ya no descuelga cuando la llamo. ¡No tienes más que preguntárselo a ellos!

—¡No sin estar seguro! Te recuerdo que con ellos ya la cagué una vez.

Alrededor de Titus, el incendio musical causa estragos. La juerga de los chicos de la cresta: ¡tecktonik, hip hop, breakdance, y yo que me grabo la proeza, selfie, selfie! Y yo que cuelgo enseguida.

—Y tú... ¿dónde estás tú?

Es una pregunta que el capitán Adrien Titus le hace al comisario Joseph Silistri.

—En Créteil. En la sede de LAVA. A una banda de iluminados les ha parecido gracioso encerrar a Ménestrier, Ritzman, Vercel y Gonzalès en la sala de reuniones. Sospechan que han ayudado a Lapietà a escapar, ¿te imaginas? Mis muchachos y yo vamos a tener que sacar de ahí a esos cuatro

gilipollas. Por lo demás, el palomo está registrando todos los almacenes y vaciando un contenedor tras otro. Está de los nervios. Tenemos encarcelados a bastantes delegados del personal como para obstruir los pasillos de la policía judicial hasta el fin de semana. Ni rastro de Lapietà, por supuesto.

—¿Cómo vas a arreglártelas para liberar a tus peces gordos?

—Espero refuerzos. Una compañía de CRS. Esto va a ponerse calentito. ¡Escucha!

El comisario Silistri ha tenido que sacar su móvil por una ventana abierta para que el capitán Adrien Titus oiga claramente cómo el mundo del trabajo desea la muerte de los financieros, el exterminio de los accionistas y la sodomía de la policía nacional francesa. Por un momento, el furor de Créteil tapa la música de París.

—Y tú, ¿qué vas a hacer tú con tu foto?

—Voy a seguir mi presentimiento, esperando equivocarme...

Cuando Manin se hubo marchado, el presentimiento del capitán Adrien Titus lo condujo a la farmacia de Youssef Delage. Titus bloqueó la persiana con el pie en cuanto iban a cerrar. Protesta del farmacéutico. Carné de policía. El farmacéutico que vuelve a abrir. ¡Cámara de vigilancia, por favor, rápido! El capitán Adrien Titus se regaló una proyección privada. Quiso ver a la chica de la trenca en movimiento. La vio. Esa forma de moverse... mierda. Quiso oír su voz. El acento *british* es un amaño pseudoshakespeariano. Huele a teatro de aficionados. ¡Mierda de mierda de mierda, si ella es de Inglaterra, yo soy de Madagascar! Y sin embargo ya no la reconoce. No a ciencia cierta. No del todo. Aunque un poco puede que sí. ¿Lo es? ¿No lo es? Hay que decir que con esas trenzas y esa trenca... no acaba de cuadrar con su aspecto de costumbre, es difícil decirlo. Graba con su móvil la secuencia entera. En el metro, vuelve a pasársela en bucle. La chica entra en la farmacia, parlotea con Youssef haciéndose la Ofelia a punto de ahogarse. Youssef se la come con

los ojos. Tirarse a Ofelia durante horas, ese es ahora su proyecto de vida. La chica vuelve a salir con las sondas. Pasan diez segundos, Youssef la sigue. Y Titus, de repente, piensa en otra cosa: ¡Y pensar que le pasé un dinero extra para sus vacaciones! ¡No, no es ella, no puede ser! ¡La reconocería, a pesar de todo! La última imagen que guarda de la pequeña data de finales de junio. Y está a años luz de lo que filmó esa cámara de vigilancia. La ve de nuevo con aquel pelo como fuegos artificiales. ¡De qué manera le echó los brazos al cuello!

—¡Oh! ¡Gracias, padrino! Pero no vayas a creer que me estás dando una limosna, ¿eh? Considéralo una inversión. ¡Te lo devolveré multiplicado por cien!

¡Qué contenta al guardarse los billetes! Y él, una vez más bajo el efecto del encantamiento, haciendo todo lo posible para no mirarle las tetas. Reprendiéndose a sí mismo: ¡Para! ¡Uno no se zambulle entre las tetas de una niña a la que ha visto nacer!

Claro, esa es otra, ¿qué ha hecho con sus pechos? En el negro y blanco del vídeo la chica parece no tener formas. Cilíndrica. Pero ¿qué pechos sobrevivirían a una trenca? No, esa no es ella, no. Y esas trenzas... no, esa *no puede* ser ella.

Ariana Lapietà le abre la puerta por segunda vez en dos días.

—¡Tituuuuuus! Y vas sin abrigo, con este frío... Entra, entra.

(Por reflejo de coquetería, ha escondido la Burberry de Manin en un cubo de basura antes de llamar.)

Pregunta si puede ir al baño con urgencia, se encierra con llave, abre el armario, comprueba que las sondas siguen todavía allí, tira de la cadena para disimular y vuelve a salir.

—No nos vemos en treinta y cuatro años, ¿y vienes a mear porque has pasado por aquí?

Ariana está sorprendida pero no del todo asombrada. Titus recuerda que era una de sus características. De adolescente ya no se asombraba de nada. Algo que a su hermano le daba un cierto canguelo. Tiene que enterarse de todo, se lamentaba el Gecko, y no hay nada que la sorprenda. Te lo juro, Titus, tengo miedo de adónde pueda llevarla eso.

—¿Tu hijo está aquí?

—¿Tuc? Está cocinando.

Vaya uno a saber por qué, la noticia también lo tranquiliza.

—¿Puedo hablar con él?

Titus le pone el vídeo a Tuc:

—¿Conoces a esta chica?

Tuc se seca las manos, se echa el paño sobre el hombro, baja el fuego de algo que tiene cociéndose, toma el móvil, mira atentamente, frunce el ceño y meneas la cabeza de derecha a izquierda.

—No.

—Míralo bien.

Nueva sesión. Tuc pasa el vídeo, luego se lleva el aparato al oído. Escucha muy atentamente.

Una liebre a la royale... Con ese olorcillo no hay duda... La liebre bien doradita, la sangre que el chaval acaba de verter en el vino, no hay lugar a la duda. Tuc es un buen cocinero, no hace cocina de batalla. Es cierto que se gana bien su dinero para ir tirando. Tuc meneas la cabeza y le devuelve a Titus su móvil.

—No es una auténtica inglesa.

Titus lo mira sin decir palabra, vuelve a guardarse el aparato y se despide.

Se excusa ante Ariana, que lo acompaña a la puerta.

—Disculpa, primito mío, no era más que una comprobación.

—Ningún problema.

En el umbral la mira bien. Comprueba que a las diez de la noche es la misma Claudia Cardinale, exactamente la misma, que el día anterior a las diez de la mañana.

Más tarde contará que aquella noche se contentó con seguir su instinto, «o algo parecido». Que el pobre no era para nada consciente de lo que hacía. No, no puede hablarse de intuición... Puede que un presentimiento, pero ve a saber lo que eso quiere decir. La verdad es que hacía las cosas mecánicamente, se dejaba llevar por... ¡Luchaba contra una evidencia! Eso es, me estaba peleando contra una certeza. Yo *no quería* creerlo, simplemente, y cuanto menos lo quería más lo creía, diciéndome que no, que no era creíble. De hecho, me abalancé sobre este asunto como un perro trufero; di en la diana al primer olfateo. ¿Por simple instinto? ¿Se puede ser poli hasta tal punto?

Al salir de casa de Ariana y Tuc, recuperó el impermeable de Manin del cubo de basura y volvió a sumergirse en el metro, dirección la Defensa. ¿Por qué la Defensa? Allí era donde la chica de la trenca había salido a la superficie. Y él no podía quitárselo de la cabeza. Hasta tal punto que le había enviado el vídeo a Tanita.* Sí, hasta ese punto había llegado.

—Mira, es la chiquilla, ¿no?

Como era de esperar, ella respondió con evasivas:

—No sé. No soy yo quien la vio nacer.

A Tanita nunca le gustó esa historia de la chiquilla. Ni la historia ni la chiquilla. Le parecía que Titus se tomaba su papel de padrino demasiado a pecho. Simplemente, no quería ni oír hablar de ella. No podía. Titus había

advertido demasiado tarde que, en materia de amor, a la menor mirada a otra mujer —aunque fuese un bebé— ella se sentía ultrajada.

Luego, Titus le pasó el número de su ahijada a Manin.

—Llama a este número y dime lo que pasa.

Manin llamó:

—No pasa nada, capitán. Fuera de servicio.

Bueno, todavía no ha vuelto, pensó Titus. No hay que volverse loco, regresará esta semana. No está, soy un estúpido, no es ella.

Cuando salió del metro, la Defensa entera bailaba. ¿Cuántos grupos podía haber allí? También numerosos solos con el amplificador a los pies y con su círculo de curiosos. ¡Hay que ver lo que estos chavales saben hacer con su cuerpo! Titus sintió envidia. Se imaginó, a su edad, con una caja de música sobre la acera, dejando correr la onda rítmica desde su índice hasta el pulgar del pie, ida y vuelta, el cuerpo de repente perfectamente elástico, desplegando sus volutas en un círculo de tiza. Solo que, a su edad, él recorría Nepal, y de cierta forma nunca regresó. Y luego estaba Tanita. Ellos dos habían tenido su propio baile —todavía lo tenían—, un baile demasiado ardiente como para dejarles sitio a otras coreografías. Ahora erraba entre la juventud. Cada uno bailaba en su burbuja y, sin embargo, no había cacofonía. La música todo lo inundaba pero cada cual se las arreglaba para refugiarse en la suya. ¿Pensaba dar con la pequeña entre aquellos bailarines y curiosos? De un modo confuso se respondía que había más posibilidades de encontrarla allí que en cualquier otra parte de París. Veamos, había atraído a Youssef hasta el hoyo de hormigón, le había cosido la boca a patadas y después, por supuesto, había salido a la superficie. Con sus sondas Pioralem. Para ir a descorchar al abuelito. Para eso es para lo que sirven, las sondas, ¿no? Ergo, ¿quién era el

abuelito? ¿Dónde vivía el abuelito? ¿Y por qué, una vez descorchado, no iba el abuelito a regalarse un paseo con ella por la explanada en ebullición? No había ningún motivo para no hacerlo. Más bien al contrario. Con la vejiga aliviada, la cría lo saca a pasear: Venga, te sentará bien. ¿Un restaurante, por ejemplo? Why not? Titus miraba los escaparates de los restaurantes que daban a la explanada. Ningún comensal tenía la vista puesta en el plato. Todos miraban afuera, a los movimientos de la hermosa juventud. Uno saltomortaba, otro smurfaba, el de más allá escupía fuego a ritmo de samba. Titus no pensaba más que en la pequeña. Todos esos bailes sobre el ladrillo reluciente cuadraban mucho más con ella que las trenzas y la trenca. Luego se dijo que no, que estaba perdiendo el tiempo, que la chica de la farmacia no era la pequeña, que el abuelito seguramente sería a saber quién y la chica de las trenzas cualquier auxiliar de ancianos, que ya era hora de volver a casa, que allí le esperaba un calor del que jamás se había cansado. Por un momento, la imagen de Tanita dieciséis o diecisiete años atrás se sobrepuso a la de la pequeña. Había algo más que un simple parecido entre ellas. El hijo que podrían haber tenido, ese tipo de cábalas. Ahí cobraba un cierto sentido que Tanita no quisiese ni oír hablar de ella. Ya que no había hija para ellos, el simple hecho de que existiese en otra parte era injusto. De hecho, se preguntó si en esa historia no estaría jugando demasiado a los padres. Más que al poli, en todo caso. ¿Y no era eso deontológicamente discutible?

Decidió volver a casa. Venga, al metro. Caminando hacia la estación fue abordado por dos negros. El más grande preguntó si él no sería un representante. ¿Qué te hace pensar que lo sea? ¡Su abrigo, señor! ¡Una Burberry es primera clase, es una gabardina y es de pasta! Así pues, no se había equivocado al cambiarse el abrigo con Manin. Se había dicho que, si llegaba el caso, la Burberry le permitiría no desentonar por viejo. Hecho. ¿Quiere usted ver lo que sabemos hacer, yo y mi primo? Yo soy Willy y mi

primo es Habib. ¿Podemos enseñárselo? ¡Venga, se lo enseñamos! Y los dos chicos se ponen a boxear entre dos amplificadores que emiten una música devastadora. Boxeo inglés. Nada de boxeo francés, solo puños, la música conduciendo los golpes y guiando las fintas a un ritmo mortífero. El boxeo, que, para Titus, siempre había tenido que ver con la danza, devenía ante sus ojos danza pura. Por más rápidos y violentos que fuesen los golpes, nunca llegaban a dar, fallaban cada vez por un pelo. Durante un cuarto de segundo, música y boxeadores se cuajaban, el puño de uno a medio milímetro de la cara del otro, y la música, como enrabiada por esos fallos, iba subiendo, cada vez más atroz. Esos chavales danzaban el boxeo como ningún boxeador lo había soñado antes. Luego la música todavía volvió a acelerar, y los bailarines rozaron las diez mil vueltas por minuto. Apenas se los veía. Seguían dándose de hostias sin llegar a tocarse. Una maldición había golpeado el boxeo inglés. Titus lamentó sinceramente no ser el representante que esos boxeadores celestes habían imaginado. Los habría contratado, los habría exhibido antes de cada combate en todos los rings, les habría conseguido una gira mundial. A falta de poderlo llevar a cabo, hendió el círculo de admiradores que se había formado a su alrededor y se fue al metro.

Tal como iba a meter el billete en la validadora, una bocanada de música brotó del pozo de hormigón donde la chica de la farmacia había puesto a tono a Youssef Delage. Titus se guardó el billete y bajó la escalera. Cuanto más se hundía, más claramente le llegaban las notas. Una música total, venida de las mismas tripas de la ciudad. Las notas lo asaltaban por racimos multisonoros. Era una melopea compuesta que no le hacía pensar en nada pero que evocaba todo cuanto había oído en su vida. Una sensación de familiaridad absoluta y al mismo de tiempo de novedad. Cuando alcanzó la explanada, por encima de la A14, estaba llena de gente. En el centro de aquella pequeña muchedumbre, una chica alta con el pelo largo y los brazos desnudos recorría con las puntas

de los dedos una especie de platillo volante en que se desplegaban en corola los compartimentos de un tablero multicolor. Cada vez que un dedo suyo rozaba uno de aquellos compartimentos, un racimo de sonidos despegaba en el aire, inmediatamente mezclado con otras notas que todavía flotaban por encima de las cabezas de los presentes. Titus no pudo evitar preguntarle al de su lado el nombre del instrumento.

—Es el OMNI de Moullet,* señor, un objeto musical no identificado.

Titus ya no tenía ojos más que para la silueta de aquella chica, quien a su vez no alzaba la vista de su platillo multicolor. Cada roce de sus dedos sobre uno de los compartimentos convocaba un enjambre de sonidos nuevos, y el baile de sus dos manos sobre esa paleta de acuarela despertaba todo cuanto había sonado en los oídos del capitán Adrien Titus desde el día de su nacimiento. El tam-tam de las selvas vírgenes combatía con los traqueteos de la tormenta, con el sonido sibilante de los neumáticos sobre el asfalto mojado, con los carillones de las plazas flamencas, con los *pizzicati* de un violín loco.

—¿Y la chica? —preguntó Titus a su vecino—, ¿la conoces?

—¡Es Alice! Todo el mundo la conoce en el agujero de la Defensa.

Un repartidor de pizza atravesó la muchedumbre sonriendo para excusarse. Titus lo vio desaparecer por debajo de una barandilla de hierro.

El OMNI lo llevaba ahora a una algarabía de sonidos en segundo plano donde convivían, entre otras cosas, un trombón y un clarinete. Titus no podía dejar de mirar los largos brazos de la intérprete, la concentración de su cara en el baile de su cabellera, la gracia inaudita de sus dedos revoloteando sobre las teclas de color...

No fue hasta el tercer repartidor cuando el poli que hay en él se despertó. Más teniendo en cuenta que el perfume que emanaba de esa tercera entrega le recordaba algo.

Mucho más tarde, concluiría:

—Por más que me hubiese enamorado de esa Alice y de su platillo musical, me pareció del todo extraño que, en aquel agujero de hormigón, pasada la medianoche, alguien fuese a entregar una liebre a la royale.

—Entro contigo, si no te importa.

Es lo que el capitán Adrien Titus susurra al oído a Tuc tras interceptarlo en la escalera metálica que desciende hasta la puerta.

Tuc llama.

La puerta se abre.

Y allí de pie, ante ellos, Titus ve a la pequeña.

Y la pequeña exclama:

—¡Padrino! ¡Te ha llevado lo tuyo dar con nosotros!

Y añade:

—¡Llegas a tiempo, precisamente acabamos de enviar nuestro manifiesto!
¡Champán! Entra, pues.

El manifiesto de los secuestradores apareció trasplantado en la pantalla de la jueza Talvern mientras el abogado Soares recapitulaba su día de interrogatorio. Era tarde para todo el mundo. Medianoche bien pasada. Según el letrado Soares, el agente deportivo Balestro, su cliente allí presente, quedaría fácilmente libre de las sospechas que sobre él habían estado lloviendo después de (mirada al reloj) más de nueve horas de interrogatorio. El abogado afirmaba que, exceptuando el desafortunado asunto del futbolista Olvido, «que no puede considerarse más que un pecado de juventud», su cliente no había vuelto a contravenir nunca la ley que reglamentaba la edad legal de la compra o traspaso de jugadores de fútbol en territorio europeo. Con una sonrisa desprovista de toda agresividad, el letrado Soares se proponía demostrarle a la señora jueza, de una vez y para siempre, la inocencia del señor Balestro.

El manifiesto de los secuestradores se abrió en la pantalla de la jueza en el instante en que el abogado pronunciaba la expresión «pecado de juventud». La jueza Talvern esperó a que terminase de hablar y le rogó al abogado que diese inicio a su exposición:

—Proceda, pues, señor letrado, no le interrumpiré.

Valiéndose de tal promesa, Soares se abandonó a un monólogo que permitió a la jueza leer tranquilamente el manifiesto.

Redactado con el estilo de una decisión judicial, el manifiesto de los secuestradores decía:

Considerando que el preámbulo de la Constitución de 1946 garantiza a todos los ciudadanos los medios necesarios para su existencia,

Considerando que esta resolución sigue estando presente, con todas las letras, en la Constitución actual,

Considerando que, sin embargo, ha sido abandonada por nuestros sucesivos gobiernos, tanto de derechas como de izquierdas, durante estas tres últimas décadas,

Considerando que este abandono tiene por causa la fidelidad de la fuerza pública a la minoría de los más ricos,

Considerando que, durante estos últimos treinta años, los activos de la susodicha minoría han crecido en proporción al vertiginoso crecimiento del umbral de la pobreza,

Considerando que, en consecuencia, nuestros gobernantes libran una guerra abierta contra los pobres (calificados de «asistidos») y no contra la pobreza (calificada de «coyuntural»),

Considerando que el voluntariado ha asumido en todas partes el relevo de la misión de protección constitucionalmente adscrita al Estado,

Considerando que, por este motivo, la universal noción de solidaridad ha sido sustituida por la muy cristiana, y por tanto subjetiva, y por tanto individual, y por tanto aleatoria noción de caridad,

Por estos motivos,

Nosotros,

Magistrados benévolos,

Constituidos en tribunal provisional,

Hemos procedido al arresto del llamado Georges Lapietà, notable depredador de las clases más desvalidas,

Y Nosotros,

Magistrados benévolos,

Constituidos en tribunal provisional,

Informamos de que al susodicho Georges Lapietà solo le será devuelta la libertad contra el pago de un rescate de 22.807.204 euros,

Suma correspondiente al paracaídas de oro logrado por el susodicho Lapietà por el despido de los 8.302 asalariados del grupo LAVA.

Este rescate será entregado al señor abad Courson de Loir, también llamado el Abad,

El cual Abad dispondrá de él en provecho de los orfanatos, talleres, centros de ayuda, dispensarios, almacenes, restaurantes y otras obras o asociaciones actualmente bajo su responsabilidad.

El rescate le será entregado de forma pública y en mano, por los señores Paul Ménestrier, Valentin Ritzman, André Vercel y William J. Gonzalès, todos ellos administradores del grupo LAVA.

La ceremonia deberá celebrarse en el atrio de la catedral de Notre Dame de París, el domingo que viene tras la primera misa.

Nosotros,

Magistrados benévolos,

Constituidos en tribunal provisional,

Condenamos además al gobierno actual, supuestamente socialista, a afrontar en solitario el ridículo del primer secuestro caritativo de la historia de nuestra justicia.

Caridad que declaramos detestar de forma unánime y definitiva,

En memoria

De la Solidaridad asesinada,

Y del Derecho aniquilado.

En los segundos que siguieron a esta lectura, la jueza Talvern se vio asaltada por una auténtica visión. Vio al abad Courson de Loir —a quien, en efecto, llamaban el Abad y de ningún otro modo— de pie como un estandarte en el atrio de Notre Dame ante los cuatro administradores del grupo LAVA, quienes de rodillas, con la cabeza gacha y los brazos tensos, le ofrecían el cheque del rescate sujeto con alfileres a un cojín rojo con borlas doradas. ¿Qué me sucede?, se preguntó la jueza. La visión era tan neta como si hubiese aparecido en su pantalla en lugar del manifiesto.

El letrado Soares interrumpió su monólogo.

—¿Señora jueza? ¿Me escucha usted?

La jueza Talvern frunció el ceño y posó una mirada circunspecta sobre el abogado.

TALVERN: ¿Es usted creyente, letrado?

SOARES: Disculpe, señora jueza...

TALVERN: ¿Cree usted en Dios?

SOARES: No acabo de entender qué puede tener que ver la religión con nuestro asunto, yo...

TALVERN: Usted es quien lo ha introducido.

SOARES: ¿Yo?

TALVERN: Al rogarme que considere el tráfico de adolescentes al que se libró su cliente en la persona de Nessim Olvido como un «pecado de juventud». Un pecado, ¿no es eso?

SOARES: Era una forma de hablar.

TALVERN: Una forma religiosa. Que reclama la absolución.

SOARES: Una expresión como cualquier otra...

De nuevo transportada al atrio de Notre Dame, la jueza escuchaba ahora al Abad en túnica y sobrevesta declarando ante una muchedumbre medieval (entre la que reconoció a los ediles de la capital y a los miembros del gobierno) que jamás de los jamases se nutrirá la Caridad del dinero del crimen. La voz del Abad tronaba. Había reflejos de hoguera en sus ojos.

TALVERN: En materia de derecho, letrado, no hay expresiones como cualesquiera otras.

SOARES: No entiendo lo que...

Por encima del Abad, inmóvil en el sol de la mañana, un busardo *madeleine* representaba al Espíritu Santo. Resplandecía. Un imperceptible temblor de sus plumas indicaba que se disponía a encogerse sobre sí mismo y a lanzarse. Era inminente. Su ojo redondo había localizado una presa. En este punto, la jueza Talvern oyó claramente una voz que le murmuraba al oído: «Ya verás cómo ese idiota va a cazar el cheque». Era una voz familiar que venía de su infancia, una voz que se regodeaba en lo graciosas que acababan siempre siendo las cosas.

La jueza no sonrió.

TALVERN: Atengámonos al derecho, letrado, ¿le parece? Se está haciendo tarde.

De repente, se dirigió a Jacques Balestro.

—Ya hace un buen rato que se ha puesto el sol, señor Balestro. El letrado Soares tiene razón en una cosa: en nueve horas de interrogatorio apenas hemos avanzado. Nos pasaríamos aquí la noche entera y seguiríamos sin esclarecer nada, ¿verdad?

Balestro reunió sus últimas fuerzas:

—Créame cuando le digo que no tengo nada más que decirle.

Aunque vestido con el mismo traje que el día anterior, Jacques Balestro había emergido de su primera noche de prisión como de una pena de larga duración. Ni siquiera le sorprendió que, desde el alba, la jueza se dirigiese a él sin su ordenador como intérprete. Una secretaria judicial se encargaba de teclear sus respuestas. Larga, seca, inasequible al cansancio, la secretaria judicial no parecía afectada por la necesidad de alimentarse. El interrogatorio podía durar diez años.

—«Créame» —murmuró la jueza Talvern...—. Otra vez lo religioso.

Luego,

TALVERN: Una última cuestión, señor Balestro. La última de verdad. Después, nos vamos a dormir. Voy a pronunciar cinco nombres. Levante la mano tan pronto como reconozca uno.

Balestro encogió los hombros con indiferencia.

TALVERN: ¿Ali Bubakhi, ese le dice algo?

Aparentemente nada.

TALVERN: ¿Fernand Perrin?

No más que el anterior. Pero la inmovilidad de Balestro era ahora como de estatua de sal.

TALVERN: ¿Philippe Durant, con «t»?

SOARES: Señora jueza, ¿puedo...?

TALVERN: ¿Olivier Sestre?

—¿Amigos tuyos, Jacques? —no pudo evitar preguntarle el abogado.

—Íntimos —confirmó la jueza—. ¿Y Ryan Padovani, señor Balestro, no lo conoce?

Sus mejillas de estatua quedaron de pronto desprovistas de todo atisbo de color. Un bloque de sal de labios grises.

TALVERN: Señor Balestro, se lo pregunto por última vez, ¿conoce usted a alguna de esas cinco personas?

Y hubo un silencio que fue para la jueza tan elocuente como un escrito, negro sobre blanco. Le explicó al letrado Soares que esos cinco nombres figuraban en cinco pasaportes cuya foto representaba siempre al mismo individuo. Unas veces moreno y otras rubio, cierto, de ojos azules o marrones, cierto, imberbe, barbudo o con bigote, cierto, con gafas o sin ellas, cierto, sin señal alguna o con una pequeña cruz tatuada en la base del cuello, cierto, calvo o peludo, por supuesto, pero siempre el mismo hombre aquí presente, sentado a su lado, señor letrado.

BALESTRO: Y qué más...

TALVERN: Vamos a necesitar llevar a cabo un cuidadoso registro de su domicilio, pero encontraremos esos pasaportes.

BALESTRO: Mucho me extrañaría.

TALVERN: Entonces los esconde usted en otro lugar.

BALESTRO: En ninguna parte, son todo invenciones. Nunca he tenido más que un solo pasaporte.

TALVERN: Ya, los destruyó usted. ¿Los destruye después de cada gira como ojeador? Tendrá que recomendarme a su proveedor...

BALESTRO: Casi nunca viajo. Me gusta quedarme aquí.

SOARES: Señora jueza, disculpe, pero ¿no puede usted mostrarnos ninguno de los pasaportes de los que habla?

TALVERN: Ninguno, letrado, en efecto.

BALESTRO: Ya, ¿pues vamos a acostarnos, entonces?

Balestro se había levantado. Pero se quedó allí suspendido, encima de su silla, de forma bastante cómica, pues ni el letrado Soares ni la jueza Talvern habían hecho el menor intento de levantarse. Permaneció así algunos segundos, en el aire, bajo la mirada de la jueza, quien, sin el menor asomo de una sonrisa, murmuró:

—Qué musculoso, Balestroso...

Eso se le había escapado. Así era como hablaban a su alrededor cuando era pequeña. Sus hermanastros, sus sobrinos, la familia... Segundo ataque de infancia en cinco minutos, se dijo. ¿Qué me está pasando? El furor en la mirada de la jueza obligó a Jacques Balestro a sentarse de nuevo a cámara lenta. Cuando lo hubo hecho, ella dijo:

—Discúlpeme, solo quería decir que no es usted el tipo de hombre que confiesa, ¿verdad?

BALESTRO: ¡Para eso, tendría que ser culpable de algo!

Silencio. Afuera, la fiesta seguía a tope. Los bajos resonaban como un corazón en el despacho de la jueza.

Quien rompió el encanto:

TALVERN: Señor Balestro, ¿está usted seguro? ¿No conoce a Ryan Padovani?

BALESTRO: Nunca he escuchado hablar de él.

TALVERN: ¿Tal vez con otro nombre? ¿Tío Ryan? ¿Algo así?

BALESTRO: Yo no tengo más que un tío. Su nombre es Joseph. Giuseppe, si usted prefiere.

La jueza asintió, se sacó el móvil y escribió un breve SMS: «Adelante,

Gervaise, puedes entrar».

Le hizo una señal con la cabeza al funcionario de policía que montaba guardia delante de la puerta, y otra con el índice, que podía significar: Abra bien los ojos, esto puede complicarse.

La puerta se abrió.

Jacques Balestro se volvió.

Lo que vio no duró más que un segundo: un muchacho de unos doce años, con las greñas hirsutas, la cara llena de costras y de una delgadez de pesadilla acababa de entrar en el despacho de la jueza. Cuando su mirada se cruzó con la de Balestro, el muchacho dio tal aullido que el guardia se llevó instintivamente la mano al arma. Luego el chico empujó a la mujer que le acompañaba y se oyó el ruido de una estampida en el pasillo.

TALVERN: ¡Quédese sentado, Balestro!

A Balestro no le hubiese importado levantarse por segunda vez, pero el peso de la gendarmería sobre sus hombros se lo impidió. Dos gendarmes ocupaban ahora el despacho de la jueza.

En el pasillo, la mujer que acompañaba al chico gritaba:

—Nelson, *volte aqui! Não tem mais perigo, acabou!*

(¡Nelson, vuelve! ¡Ya no corres ningún peligro, todo ha terminado!)

Alguien debió de parar al niño porque la mujer ordenó:

—¡Cabo, suéltelo, por favor!

Y, de nuevo al niño, más despacio:

—*Vem pra cá menino! Não tenha medo. Agora ele está preso.*

(¡Ven aquí, mi pequeño! No tengas miedo. Ahora lo tienen preso.)

Era evidente que al niño le costaba volver.

Sin dejar de mirar a Jacques Balestro, la jueza Talvern le dio a la mujer el siguiente consejo:

—Gervaise, dile que ha muerto, o casi.

La tal Gervaise se puso en cuclillas y abrió los brazos:

—Nelson, *vem cá, por favor! Ele não pode mais lhe faz mal. É como se estivesse morto.*

El niño se dejó convencer. Volvió a aparecer en el despacho. Esta vez, Balestro no se volvió. El chico caminaba, muslos prietos, acurrucándose contra la mujer rubia a la que la jueza había llamado Gervaise.

—Se ha... ensuciado —le dijo Gervaise a la jueza.

—Ningún problema.

La jueza le abrió los brazos al niño, lo sentó en sus rodillas y comprobó que, en efecto, se había ensuciado. Cerró los brazos alrededor de su pecho, le dio un beso en la sien y murmuró: Chsss...

Luego, le preguntó a Balestro:

—¿Todo bien, Balestro? ¿No le molesta el olor del miedo?

Y al niño, señalando a Balestro con el dedo:

—Míralo bien, Nelson, durante diez segundos.

Lo que Gervaise tradujo.

—*Olha bem o rapaz, Nelson, durante dez segundos.*

—Y usted, Balestro, no baje la vista.

En un murmullo, la jueza fue desgranando los segundos al oído del niño. Notaba su respiración entre los brazos. Una respiración punteada de breves descargas eléctricas.

Jacques Balestro intentaba no parpadear. Un niño y dos mujeres lo miraban fijamente.

—Ahora, Nelson —le pidió la primera mujer—, vas a decirme cómo se llama ese hombre.

—*Como se chama esse rapaz?* —tradujo la segunda mujer.

—Tío Ryan —murmuró el niño.

—Tío Ryan —tradujo a media voz la segunda mujer.

—Dilo más fuerte —pidió la primera mujer.

—Tio Ryan!

Ni las dos mujeres ni el niño le quitaban la vista de encima a Balestro.

—¿Ryan qué más? —preguntó la primera mujer.

—Ryan Padovani —respondió el niño. Y repitió—: *È o tio Ryan!*

—Repite que es el tío Ryan —tradujo la segunda mujer—. Dice: Ryan Padovani.

—¿Por qué «tío»? —preguntó la primera mujer.

—*Ele quer que a gente chame ele assim.*

—Quiere que todos le llamen así —tradujo la segunda mujer.

—¿Quiénes son «todos»?

—*Todos os meninos que chegaram.*

—Todos los chiquillos que llegan.

El letrado Soares pareció emerger de un largo estupor. Levantó un dedo tímido:

—Señora jueza, creo que las alegaciones de este chico...

TALVERN: Tengo a otros siete chicos más o menos de la misma edad a su disposición, letrado, de tres nacionalidades diferentes y llenos de alegaciones idénticas. Pero los veremos mañana, si le parece, el señor Balestro tiene sueño.

Su mano revolvió las greñas del niño.

—De momento, vamos a darnos un buen baño.

Y, mirando a Balestro:

—Para sacarnos de encima su olor, tío Ryan.

Pero el niño no quería bajarse. Se ovillaba entre los brazos de la jueza. Apoyó la barbilla sobre las rodillas que acababa de replegar y las apretó con todas sus fuerzas contra el pecho. Solo una vez colocado dirigió una mirada a Balestro. Entonces, también la jueza posó su barbilla sobre la cabeza del

chico. Balestro, que tantas veces había tratado de irse, se quedó clavado en la silla. Esas dos miradas superpuestas lo paralizaban. La electricidad había vuelto a recorrer los tendones y los músculos del chico. A la jueza Talvern le pareció que esa corriente había cambiado de naturaleza. Aflojó despacio el abrazo. Fue como si abriese la puerta de una jaula. Apoyándose con todas sus fuerzas en el borde de la butaca, el chico estiró las piernas, se lanzó por encima de la mesa de la jueza y, con las uñas fuera, se las clavó a Balestro en la cara, haciéndolo caer de la silla.

A la gendarmería le costó un poco liberar a la presa de aquella ave loca.

—¡Me ha reventado un ojo! —gritó Balestro.

La metáfora no es mi fuerte. El punto final de un libro como las puertas de una jaula que se abren, aire fresco, tocar el cielo. En mi caso, estas imágenes hay que tomarlas al pie de la letra. Ahí es donde estoy, en el cielo. He llegado a mi casa a las dos de la mañana, tal como Malaussène me había dicho. Bo y Ju me trajeron a mi nuevo escondite, en la cumbre de una Babel china. Un vigésimo tercer piso del distrito XIII. Mañana París se desplegará bajo mis pies, sobrevolaré el mapa de Turgot,* ¡una *abstracción palpable!* Mis muebles y mis libros están dispuestos a mi alrededor como si viviera aquí desde hace tiempo. Mudanza a expensas del Talión, la segunda en dieciocho meses. Otra idea de Malaussène. En cuanto llegué, abrí todas las ventanas sobre París y respiré un aire saturado de música. Ahí está la metáfora. En lo que pretende hacer creer esa música... Sin duda alguna, una idea germinada en la cabeza de un consejero, deslizada al oído del presidente y comunicada al Ayuntamiento de París: celebrar el regreso a las escuelas y al paro, distraer a los jóvenes a falta de encontrarles trabajo, embrutecerlos con bajos telúricos para que se movilicen contra los ametrallamientos en las terrazas, las bombas humanas y los asesinatos que vendrán. El arte de la diversión contra la ciencia del terror... Y las jóvenes generaciones se precipitan en masa a las calles, chicos y chicas, persuadidas de que hay algún heroísmo en bailar sobre el puente del naufragio. Mañana todos los periódicos emborronarán páginas y más páginas en el mismo sentido: «Los héroes de la fiesta», ese tipo de pamplinas.

Gobernar es distraer.

El teléfono sonó en el instante en que, de pie en mi balcón, estornudaba yo sobre el estribillo de la ciudad.

Era Malaussène.

—¿Ha llegado bien, Alceste?

—Con una rinitis endiablada, como estaba previsto.

Me pregunto por qué le permito que me llame Alceste. Esa falsa complicidad está fuera de lugar. Aunque es justo admitir que soy fan de los apodos que les ha puesto a los otros autores del Talión: llamar Coriolano* a ese creído de Schmider, o Lorenzaccio a ese falso de Ducretoy, no está nada mal. ¿Alceste, yo? Después de todo, ¿por qué no? De niño ya me parecía más honorable que Filinto.

—Encontrará usted la cortisona en el cajón del cuarto de baño —prosiguió Malaussène—. Con antihistamínicos en comprimidos.

Y a continuación, la receta:

—Dos pulverizaciones en cada ventana nasal y dormirá usted como un lirón. Y si el tema persiste, añada cortisona por la mañana, pero esta vez en comprimidos, le he preparado un pequeño surtido. Con el primer café. ¡Y se pondrá usted a tope!

Luego, preguntó:

—¿Qué tal el apartamento? ¿Le gustan las vistas?

Cuando Alceste colgó, descansé la vista en las malvas reales que acariciaba el claro de luna. Otra vez han crecido donde les ha parecido en colores inesperados, del blanco rosado al púrpura oscuro pasando por amarillos incongruentes y azulados arácnos. Ropajes de baile o camisones, todo lo han invadido con sus hojas apolilladas, mis imperiales andrajos. Solo la noche las apacigua. Bajo el claro de luna parecen casi del mismo color. Algunos años

se niegan a crecer; esos veranos las echo en falta casi tanto como a los niños.

Que ya no van a volver a subir aquí casi nunca es algo que debo encajar. Salvo cuando también ellos quieran desembarazarse de su progenie.

Este verano, me ha tocado conformarme con sus skypes. Su vida en imágenes... Su presencia pixelada... Así va la cosa. ¡Por lo menos es energía vital! Esos ojitos que todavía creen en algo... Sumatra, Mali, el nordeste brasileño... Dentro de un rato otra vez, Mara haciendo el payaso con un vestido thai, arqueada como una parturienta:

MARACUYÁ: Y si llevase un pequeño orangután dentro, ¿qué diría mi tío preferido?

SEÑOR MALAUSSÈNE (*con un vaso de agua en la mano, brindando a mi salud*): ¡Por ti, viejo, esto marcha! Hemos dado con la capa freática a setenta y ocho metros, eso es relativamente poco profundo. ¡No te digo qué juerga! Todo el pueblo estaba allí. Bebieron como si se hubiera agujereado el tonel. Se diría que están completamente colocados.

ES UN ÁNGEL (*voz apacible, como las dunas de arena que, detrás de él, modelan el horizonte*): Hoy no tengo nada que decirte, mi buen tío; como ves (*me enseña la arena*), estoy seco.

¿Por qué los echo tanto de menos, a estos sacos de ilusiones? Salir a sembrar «el bien» por los tres rincones del mundo, si es que... ¡Mira que se ha deslizado rápida, su infancia, sobre nuestro Vercors de sílex y de viento! ¿Habrían crecido más lentamente si nos hubiésemos pasado todos los veranos en Belleville, o si los hubiera llevado a agitarse en una coctelera de turistas cualquiera?

Por otra parte, ¿acaso son horas para hacerse este tipo de preguntas?

Durmamos.

—Vale, Titus, te escucho.

La jueza Talvern se despegaba el bigote con la precisión de un filatelista. Sentada a su tocador, animaba al capitán Adrien Titus, de pie detrás de ella en el reflejo del espejo.

—¡Venga, desembucha!

Tres transformistas el mismo día es demasiado, se decía Titus. La Claudia Cardinale de Sergio Leone, la joven inglesa de la trenca y, ahora, la jueza Talvern ocupada en volver a ser Verdún Malaussène... ¿Qué le han hecho los hombres de este país a las mujeres?

La jueza Talvern malinterpretó el silencio del capitán.

—¿Tan difícil resulta de decir?

Se decapaba a grandes brochazos de algodón. Disolvía la gruesa capa de piel falsa. Hasta se valía de una especie de espátula. Como una tela en proceso de restauración, Titus veía reaparecer la cara de Verdún bajo el maquillaje de la jueza. Su segunda piel iba cayendo en virutas flácidas sobre un plato hondo. Era perfectamente asqueroso. Estar al tanto de semejante metamorfosis cotidiana era una cosa, pero asistir a ella era otra muy distinta. El capitán Adrien Titus permaneció allí, más que mudo, sabiendo lo que sabía. Lo que tenía que decirle a esa mujer no era fácil de escuchar. Hubiese preferido dirigirse a la jueza Talvern, quien lo trataba de usted tanto al hablar como por escrito, que a Verdún Malaussène, a quien conocía desde que era niño y que, de repente, le dijo:

—Todavía huelo a mierda, Titus. Ve a ver a Ludovic, nos ha preparado

café. Me ducho y estoy contigo.

Dejó caer su bata y se metió en la ducha. ¡Desprovista de sus atavíos era tan menuda! Metida en aquella especie de riñonera que utilizaba el finado inspector Van Thian para pasearla cuando era un bebé, no era más grande que una cigarra, y, de adolescente, Titus la había visto bañarse en un lavabo.

Antes de que él saliese, le gritó:

—¿Has avisado a Joseph? ¿Viene?

El comisario de división Joseph Silistri había recibido el SMS del capitán Adrien Titus a las dos de la mañana, justo en el momento en que se hundía en su cama con los puños ensangrentados y la cara tumefacta. ¡Qué pelea, por Dios! Sin él, los amotinados de LAVA habrían linchado a Ménestrier, Ritzman, Vercel y Gonzalès. Los CRS habían llegado demasiado tarde. Negociaciones absurdas. Silistri alertó al palomo, quien a su vez transmitió la petición de refuerzos, pero recibió por respuesta —«¡De un vulgar coronel, Silistri!»— que no iban a sustraer una unidad destinada al acordonamiento de la ciudad para ir a mediar en una negociación salarial. Estado de emergencia, querido. Los Compañeros Republicanos de Seguridad estaban cercando once bloques de un barrio vecino donde andaban indagando los perros rastreadores del antiterrorismo. Al palomo le tocó llegar hasta el ministro para que se le expidiese una compañía al comisario de división Silistri. Cuando por fin llegaron las dichas fuerzas especiales, Silistri y sus hombres (dos, ni uno más) estaban ampliamente desbordados. Los furiosos de LAVA habían invadido las oficinas de dirección. Gonzalès había perdido los pantalones tratando de saltar por la ventana; Ménestrier, la camisa y cualquier atisbo de dignidad, sus gafas hechas pedazos; Ritzman tenía la nariz ensangrentada; y Vercel trataba de agarrarse a las piernas del comisario de división Silistri.

Silistri se empleaba a fondo con la cabeza y los puños, pero había caído en una especie de cómic: cuantos más se sacaba de encima, más venían. Se le echaban encima desde todos los lados. Gente que defendía su trabajo, sus derechos, el futuro de su familia, su honor, el futuro de la empresa francesa, su pasado y todo lo demás. Voy a palmarla aquí, se decía Silistri, ¡hostia puta, voy a palmarla en nombre de las altas finanzas! Saltó sobre un escritorio y disparó tres veces al techo.

Brusco escalofrió bajo la lluvia de escombros.

Que Silistri aprovechó para gritar:

—¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis su muerte? ¡Eso es fácil, yo mismo puedo cargármelos!

Se bajó, cogió a André Vercel por el cuello, lo izó sobre el escritorio y le puso el cañón de su arma contra la sien.

Parálisis general.

—¿Eso es lo que queréis? ¡Decidlo una vez más y me los pulo a los cuatro!

El hecho es que, desde hacía un buen rato, la horda de LAVA deseaba en efecto esa cuádruple muerte. Lo vociferaban por los pasillos, lo gritaban al derribar la doble puerta de las oficinas, lo bramaban mientras se echaban sobre Silistri y sus hombres.

Pues bien, al parecer, ya no les interesaba tanto.

La situación había cambiado.

El cañón del comisario divisionario sobre aquella sien de gran jefe...

Silencio.

Que no era el de la reflexión.

Ni el de la duda.

Sino el de una horrorizada certeza.

Aquel tipo iba a hacerlo. Ese poli loco iba a volar aquellas cuatro cabezas de la gran especulación financiera.

Los despedidos de LAVA contuvieron la respiración. Querían la muerte del especulador, pero no allí, no ante sus ojos, no entonces, no en esas condiciones, no con proyección de sesos incluida. Querían la muerte pero con un cierto respeto a la vida.

Y sin embargo, les había quedado claro que si solo uno de ellos volvía a gritar «¡Muerte a los administradores!», aquel comisario divisionario, de pie sobre el escritorio, los mataría a los cuatro, a Vercel, a Ménestrier, a Ritzman y a Gonzalès.

De pronto, allí estaban, sin saber qué hacer. Los otros dos polis, medianamente magullados también ellos, parecían congelados en el mismo silencio.

—Entonces largaos de aquí —concluyó Silistri—. ¡Todos fuera! ¡Y enseguida!

Y así lo hicieron, caminando hacia atrás, absolutamente desarmados, su cólera desvanecida, haciendo callar a los que se habían quedado en el pasillo y todavía no sabían lo que estaba pasando dentro. Y todos se retiraron, llevados por la misma resaca. Ya no quedaban más que comentarios cuchicheados cuando, en el patio, los CRS se les echaron encima: bombas de humo, pelotas de goma, un cañón de agua y porrazos y detenciones para todos, comparecencias inmediatas... todo el muestrario completo.

«Cita en Los Frutos de la Pasión —le había escrito Titus a Silistri. Y había precisado—: No en el orfanato, abajo, en la panadería.» Y allí estaban ahora. Ludovic les había preparado café.

Gervaise curaba moretones y rasguños en la cara de Silistri.

—¿Amenazar de muerte a los cuatro administradores de LAVA? ¿Qué quieres, destrozar tú mismo tu carrera, o qué?

—Les salvé el pellejo. Iban a acabar con todos nosotros.

La panadería del orfanato olía al trabajo de la noche. Había pasta subiendo en hornos y chocolate cociéndose a fuego lento en alguna parte, los aprendices de panadero amasaban.

Ludovic sirvió el café. Su otra mano, cubierta de harina, señaló al techo:

—¿Los nuevos duermen?

—La música los ha excitado un poco —respondió Gervaise—, pero ya está, ahora duermen. Clara les puso unos dibujos animados.

Un mozo panadero puso los cruasanes sobre la mesa. Se hubiese quedado con gusto, pero Ludovic le dijo que siguiese amasando.

Todavía tenía la cafetera en la mano cuando Verdún, salida de ninguna parte, se le echó encima, lo escaló, le revolvió el pelo, le arrancó un beso, volvió a bajar y se halló sentada ante un tazón de café solo, la tez rosada y su kimono de seda púrpura lleno de harina.

Sonrió a Titus:

—¿Entonces?

Titus le enseñó su cruasán.

—Nunca con la boca llena.

Mejor atiborrarnos primero, cuando sepan lo que tengo que decirles, se dijo, nadie va a tener apetito durante diez años.

A Gervaise, que ahora vendaba las falanges de Silistri, Verdún le preguntó:

—¿Cómo va Nelson?

—Le di un buen baño y una tisana de salvia. Duerme, creo. De todos modos, una vez en el sobre ese chiquillo ya no se entera. Tiene un enorme déficit de piltra. Dime, ¿es verdad que le reventó el ojo a Balestro?

—Eso es lo que dice el hospital de Quinze-Vingts.

Dos horas treinta de la mañana. Con la cabeza metida en su tazón de café, se hubiese dicho que la jueza, los dos polis, el panadero y la dueña del

orfanato celebraban el final feliz de algo.

Alguien dijo:

—Benjamin no tardará en llegar, ¿no?

—Mañana por la noche —confirmó Gervaise.

—¿Y Julie?

—Da un rodeo para pasar por casa de Coudrier —respondió Verdún—. La necesita, está allí escribiendo ese libro, ya sabes, sobre la inocencia Malaussène.

—Sobre la obsesión de la coherencia como fuente de error judicial — corrigió Silistri—. Benjamin no es más que el ejemplo en que se apoya la demostración.

Oyeron un ruido de cabalgata por encima de sus cabezas.

Ludovic golpeó el techo con el puño:

—¡Micha! ¡Kapel!

El jaleo cesó de inmediato. Dos cuerpos se echaron sobre dos camas de muelles. Luego, nada más.

Golpear el techo sin siquiera ponerse de puntillas. Una vez más, Titus quedó estupefacto por la talla del panadero.

Ludovic reunió a los aprendices de panadero junto a la masa. Les enseñaba a amasar a mano. No escatimar nunca en trabajo duro, meterse hasta los codos. ¡Ilin, el codo! Y le enseñó los dos codos: Daouilin, gruñía con su bretón subterráneo. ¡En la amasadera, hasta los codos, muchachos! Como de costumbre, *evel boaz*. ¿Y por qué no hacerlo con un amasador eléctrico? ¿Una máquina? Porque si al volver a tu país no tienes una, de este modo igual podrás hacer pan con tus manos. Lo mismo si se corta la electricidad. Ahí estaba toda la filosofía de Ludovic Talvern: las manos. Les mostraba su mano derecha a los chicos y a las chicas y repetía: ¡Dorn! Levantaba sus dos puños y rugía: ¡An daouarn! Los jóvenes hacían que sí con la cabeza, estaban lo

bastante acostumbrados a las palabras como para retenerlas. Daouarn, así es como los huérfanos de Gervaise Van Thian apodaban a Ludovic Talvern. Daouarn: las manos. Les enseñaba todo lo que podían hacer con ellas: levantar las paredes de una casa bombardeada, enlucirla, pintarla, embaldosarla, alumbrarla, calentarla, hacer pan: daouarn.

—¿Y nuestros exploradores? —preguntó Gervaise—. ¿Cuándo vuelven? Ahora que han llegado estos nuevos, Ludovic va a necesitar que le echen una mano.

—Mara y Sept llegan mañana y Mosma el lunes por la tarde —respondió Verdún—. Es lo que le han dicho por Skype a Benjamin.

—Bueno, yo os dejo —dijo Gervaise levantándose—. Tengo que echarles un ojo a los nuevos, si por alguna de aquellas se despertasen... No deben de estar muy tranquilos, a pesar de todo. Me gustaría...

—Quédate —pidió Titus.

Ella lo miró con sorpresa.

—Quédate, Gervaise, siéntate, te lo ruego.

Y ahí estaba.

El momento había llegado.

No se puede recular ante el obstáculo indefinidamente, eso sería hacer la carrera al revés. Titus sumergió su mirada en el tazón vacío, respiró fuerte, alzó la cabeza para mirarlos a todos, y dijo lo que tenía que decir:

—Maracuyá, Señor Malaussène y Es Un Ángel están aquí.

Vacilación.

—¿Aquí, en París?

—En París.

—¿Han vuelto? —preguntó Gervaise.

—Nunca se fueron.

Todos los tazones se habían posado sobre la mesa.

Titus esperó todavía dos o tres segundos, luego:

—Ellos son quienes secuestraron a Lapietà.

Difícil de interpretar el silencio que acababa de crearse. No hubo nadie que exclamase ¿Qué?, ¿no...?, es broma, ¿no?, ¿estás de cachondeo? Estaban simplemente más allá del estupor.

—¿Qué dices? —preguntó finalmente Silistri por puro automatismo.

—Digo que la nueva generación Malaussène ha secuestrado a Georges Lapietà, y añado que lo hicieron bajo la dirección de su hijo, apodado Tuc, que es el jefe de la banda.

—¿Tuc? —preguntó Gervaise.

—Trabajos de Utilidad Colectiva. ¿Te acuerdas? Lapietà estuvo en el origen de esa brillante idea en el ochenta y cuatro, cuando era ministro, trabajos de utilidad colectiva... Diez años más tarde, cuando nació su hijo y empezó a crecer, buen chico hasta la médula, ayudando a todo el mundo, Lapietà le puso el apodo para divertir a la galería. Pues bien, hoy, Tuc reivindica ese apodo alto y fuerte. Lo ha convertido en un pseudónimo. La colectividad, de eso va la cosa.

—¿Dónde está su escondite? —preguntó Verdún.

—En un estudio de música bajo la explanada de la Defensa.

La masa enharinada de Ludovic reapareció con la segunda cafetera en la mano. Pero esta vez se volvió sin llenar los tazones.

—Soltarán a Lapietà el domingo, después de que Ménestrier, Vercel, Ritzman y Gonzalès le hayan entregado el cheque al Abad en el atrio de Notre Dame.

—¿Por qué han hecho eso? —preguntó Gervaise.

—Por culpa de Benjamin —respondió Titus.

¿Por culpa de Benjamin? ¿Cómo por culpa de Benjamin? ¿Qué quiere decir, por culpa de Benjamin? Eso es más o menos lo que se leía en sus caras.

—Ellos querían pasar sus vacaciones de caridad ONG —explicó Titus—, durante el año se habían puesto en contacto con diversas asociaciones en Indonesia, en Mali, en Brasil, pero Benjamin les hizo tal retrato de las ONG que cambiaron de opinión. Decidieron «hacer algo útil de verdad», Mara dixit (Mara que es mi ahijada, os lo recuerdo de pasada).

Siguió un silencio largo como un día sin pan. Cuando Verdún lo interrumpió, fue con una voz intermedia. Todavía no la de la jueza Talvern, pero ya no del todo la de Verdún Malaussène. Una inteligencia en emboscada:

—¿Puede saberse cómo se ha tomado la cosa Lapietà?

—¿Lapietà? —respondió Titus—. ¿Georges? Ya lo conoces, es de esa clase de gente que se maneja entre secretos como el típico perro de granja en un charco de estiércol. Ha hablado mucho. Los chavales lo han grabado.

—¿Se ha enterado enseguida de que era su hijo?

No, a Lapietà le llevó un tiempo adivinar quién lo había secuestrado. Primero le tocó buscar. Unas cuantas horas. En voz alta. Los chavales lo habían grabado todo.

—¿Quieres escucharlo?

V

LO QUE LAPIETÀ TENÍA QUE DECIR

«Soy como el oro, yo, cuanto menos queda, más caro es.»

GEORGES LAPIETÀ

Georges Lapietà se había despertado en una habitación insonorizada, de paredes y techo acolchados, puerta de caja fuerte perfectamente cerrada con llave, todo flotando en una pálida luz de neón. Tras abrir un párpado y después el otro, lo había observado todo a su alrededor mientras dejaba que se disolviese la bruma que le nublaba el espíritu.

—En el Jardín de las Plantas, vi a un orangután que se despertaba así —cuchicheó Maracuyá al oído de Tuc—. Le habíamos puesto una inyección de medetoketamina para luego curarlo.

Una vez la bruma disipada y la situación perfectamente evaluada, Lapietà se había dicho, por supuesto, que lo estaban observando. Una sonrisa cansada le torció el gesto.

—¿Qué es esta habitación? ¿Un estudio? ¿De radio? ¿Algo así? Me estáis escuchando, entonces... ¡Pues muy bien, ya que me estáis escuchando, vamos a charlar!

Y se había puesto a hablar.

—Bueno, no sé a qué tipo de cretinos me dirijo, pero voy a leerles la cartilla.

Ocho orejas escuchaban aquella voz que empezaba a recuperarse.

—Para empezar, artículo 224-1 del código penal: detener a una persona sin orden de las autoridades pertinentes, arrestarla o raptarla: ¡veinte años de reclusión criminal! Veinte años de talego, ¿lo habéis oído?

Mara, Sept, Mosma y Tuc no solo habían oído a Georges Lapietà, sino que lo estaban grabando y filmando.

—No obstante, según los dos primeros apartes del artículo 132-23, si la persona secuestrada es liberada antes del séptimo día, la pena queda reducida a cinco años y la multa a setenta y cinco mil euros. La tarifa es en cierto modo decreciente. Una rebaja nada despreciable.

—Tampoco reñiremos por cuatro chavos, ¿no? —observó Mosma.

—Ya... tiene toda la pinta de estar pasándose la bomba —gruñó Tuc.

—Añado a título personal —continuó Lapietà—, que si me liberan ahora cerraré el pico, y no les pasará nada.

—Es una trampa —murmuró Sept.

—Pero si me devuelven ustedes en mal estado, con un cojón de menos o en una silla de ruedas, pasan a ser treinta años. Soy como el oro, yo, cuanto menos queda, más caro es.

—Debiste de pasarlas putas, de pequeño, con un padre como este —observó Mara.

—Bastante divertido, sí —admitió Tuc—. Lo único que eché de menos fue un poco de silencio.

—¡Ah! —exclamó Lapietà como si enmendase un pequeño olvido—, imagino que esto también es importante para ustedes, escuchen bien: si el rehén es retenido para obtener un rescate, el artículo 224-1 les castiga con treinta años de reclusión criminal.

—Espera, ¿se sabe el código penal de memoria?

—En su caso, es un equipaje necesario —confirmó Tuc.

—Tengan en cuenta que, si obtienen ustedes un rescate lo suficientemente copioso y colocan la pasta con astucia —continuó Lapietà—, los intereses a su salida de prisión pueden ser una buena suma.

Un rato.

—Por cierto, yo sé un poco de colocaciones, podría ayudarles, comisión mediante, por supuesto.

Otro rato.

—Por otra parte, el dinero es hoy en día muy volátil, a saber lo que valdrá dentro de treinta años...

Es Un Ángel tuvo de repente la sospecha de que su rehén hablaba ad hominem.

—Casi consigo darme miedo. ¿Estás seguro de que no nos ve?

—Ese es su truco —lo tranquilizó Tuc—, siempre le ha hablado a la gente como si los hubiese visto nacer. Que te conozca o no, no tiene la menor importancia, de todos modos, aparte de a mi madre no ve a nadie. Podría tenerte justo delante y no te vería.

Añadió:

—Y sin embargo, reconoce a todo el mundo. Es lo que se llama inteligencia política.

—Si yo fuese menor —continuó Lapietà—, les valdría a ustedes una perpetua: artículo 224-5. Pero no hay previsto ningún aumento para los viejos. Todo para los jóvenes, como siempre... ¡Maldita juventud!

—Es incapaz de no divertirse —explicó Tuc—. Es lo que mi madre adora de él.

—Esperen —concluyó Lapietà—, les he reservado lo mejor para el final, el artículo 224-5-2: cuando el secuestro lo comete una banda organizada, las penas llegan a un millón de euros por cabeza, y es perpetua para todo el mundo.

Silencio. Luego:

—Venga, no se me agobien ustedes, me las arreglaré para que los metan en la misma celda. —(En este punto, imitaba una discusión entre los cómplices)
—: Secuestrar a Lapietà, ¿acaso no fue tuya, esa idea tan brillante? ¡Para, para, sabes perfectamente que si todo se fue a la mierda fue por culpa tuya! Con este tipo de conversaciones durante treinta irreductibles años, no van a

aburrirse ustedes, amigos míos...

—Quien empieza a aburrirse soy yo —dijo Verdún apagando la grabadora—. El resto lo escucharé sola.

Silistri preguntó:

—¿Cómo hicieron los chavales para engañar a Malaussène con sus skypes?

—Seguro que para Sept no fue ningún problema —respondió Verdún—. Él es quien me ha enseñado lo que sé de informática.

—En el escondite tienen un estudio de grabación —explicó Titus—. Con decorados, trajes, proyecciones de paisajes y todo lo que necesitan. Verdún tiene razón, Sept es el rey del incrustado, un as de la transparencia. Sobre una pantalla puede hacerte creer cualquier cosa: que está pescando salmones en el Polo Norte o que se broncea en medio del Sáhara. Cuando llegué, Mara iba vestida con un traje thai. Acababa de hacer un Skype con Benjamin.

Un rato, y añadió:

—Benjamin, a quien no querían preocupar, dicho sea de paso.

Meneó la cabeza como quien no acaba de creérselo.

—¡Sí, no está mal eso de secuestrar a un tío del calibre de Lapietà deseando *realmente* no preocupar a Benjamin!

Pregunta de Silistri:

—¿Y cómo tenían previsto liberarlo, esos pequeños estúpidos?

—Igual como lo raptaron, durmiéndolo y dejándolo de incógnito en alguna parte. Tuc sugería a orillas del Marne. Con su caña de pescar y sus bermudas, eso le hubiese valido un despertar impresionista. Luego, Mara, Sept y Mosma habrían fingido que llegaban a sus aeropuertos respectivos. Hasta tomaron rayos UVA en su escondite, rollo vuelta de los trópicos. ¡Ya verás, Mara!

Benjamin le prometió a Mosma que iría a buscarla a Roissy, el lunes por la tarde.

Curiosamente, esas noticias anodinas potenciaron el silencio que las noticias desastrosas habían traído.

El capitán Adrien Titus alzó su mirada extraviada hacia Verdún:

—¿Qué hacemos, señora jueza? ¿Los detenemos o los sacamos de ahí? ¿Los escondemos hasta la entrega del rescate?

Verdún negó con la cabeza.

—No habrá entrega de rescate.

Y volvió a ver claramente al abad Courson de Loir de pie delante de Notre Dame: «¡Jamás de los jamases se nutrirá la Caridad del dinero del crimen!». Volvió a ver los ojos resplandecientes del Abad.

—El Abad se negará a aceptar ese rescate. Cuestión de principios.

De modo que todas aquellas imágenes repitiéndose durante el interrogatorio de Balestro eran eso: ¡una invasión malausseniana! Verdún volvió a ver al busardo haciendo de Espíritu Santo y a oír la frase que había aparecido en su cabeza: «Ya verás cómo ese idiota va a cazar el cheque». Proferida por Maracuyá, estaba claro. Como si me estuviesen enviando señales desde el fondo de su escondite, se dijo. Verdún no creía en los mensajes del subconsciente y, sin embargo, había que reconocer que, durante el interrogatorio de Balestro, su espíritu se había visto saturado por frases familiares: «¡Qué musculoso, Balestroso...!». Esa era de Mosma. Señor Malaussène hablaba la lengua de su padre y de su tío Jérémy, esa rama léxica de la familia. Jugar con las palabras... Tomarse el lenguaje como un juego... ¿Y qué lengua hablaba Es Un Ángel? Desde hacía tiempo, a Verdún le parecía que Sept no hablaba. Modulaba, más bien. Su primer grito había sido una especie de canto. Un canto tan protector y sin embargo tan vulnerable como esas melopeas de las ballenas que, según parece, apaciguan a la familia

en toda la superficie de los océanos como en sus más oscuras profundidades... Sept el consolador... Sept era el hijo de Clara y de Clarence,* ninguna duda al respecto.

Verdún oyó —venida de muy lejos— la voz de Titus:

—¡Verdún!

Seguida de la de Gervaise:

—Verdún...

Todos estaban acostumbrados a los largos ratos de silencio en que Verdún solía perderse. No era habitual sacarla de esos comas; suponía exponerse a retroalimentar la mirada del bebé que había sido.

Y sin embargo, Gervaise insistió.

—Verdún, hay que tomar una decisión.

Lentamente, volvió en sí.

—Titus —preguntó entonces—, ¿cómo se llamaba ese joven chófer con el que has estado trabajando estos últimos días?

—Manin.

—¿Espabilado?

—No es manco.

—¿Discreto?

—Algo le he enseñado. Aprende rápido.

—Dile que se haga con una camioneta en la que pueda meter a todo el personal, vuelve a la Defensa y tráeme a la banda al completo. Aquí, a la panadería. Joseph —le dijo a Silistri—, tú vas con ellos, me quedaré más tranquila.

—¿Y Lapietà?

—Ya... ese.

Como si en un cuarto de segundo se hubiese releído todo el expediente Lapietà.

—A ese lo quiero con ellos.

Y ahí estaba ahora la jueza muda, objeto de la mayor admiración y el peor de los sarcasmos, de todo el miedo y todo el respeto, ahí estaba, desnuda en la cama, su cuerpo de pilluela esperando la blanca aparición del panadero Talvern, la polvorienta llegada del coloso Talvern que marcaría su hora de levantarse. Pero no duerme. Peor, comparte su cama con otro hombre. Peor, se ha dejado llevar *por la voz* de ese otro hombre. Con los auriculares puestos, de los que mana el flujo de esas palabras, tiene el aspecto de una mosca, igual que con los tapones de fieltro que en otros tiempos le endosaba el inspector Van Thian para protegerle los oídos durante las sesiones de tiro. Al ver la mirada de aquel bebé orejudo plantado en el corazón de las dianas, a nadie le extrañaba que el inspector Van Thian vaciase todos sus cargadores en el blanco. Verdún, la mira de Thian, los colegas no tenían la menor duda.

Pues bien, esa es la mirada con la que, esta noche, escucha el monólogo de Lapietà.

El incesante monólogo de Lapietà.

¿Acaso este hombre nació hablando?

¿Acaso este hombre no va a dejar nunca de hablar?

Sentado en su cárcel acolchada, ha tomado la palabra. Se ha agarrado al verbo como un luchador que ya no lo soltará. Habla solo pero se dirige a alguien. No sabe a quién; poco le importa. Se ha metido entre ceja y ceja a averiguar *quién le ha hecho eso*. Tras presentarles a sus secuestradores un resumen penal, pasa revista a sus tropas: los descontentos de Lapietà, todos aquellos a quienes, de una manera o de otra, ha hecho pagar un precio muy

alto y ahora podrían sentirse tentados de reclamar la indemnización de un rescate:

Un rescate...

La idea le divierte:

—¿En serio creéis que alguien va a soltar un centavo para que me liberéis? ¿Quién, por ejemplo? ¿Un rescate? ¿A cambio de qué? ¿A cambio de un Lapietà vivito y coleando, entregado de nuevo a sus miserables artimañas y a sus podridos consejos de administración? Si yo no soy más que un don nadie. Los viejos tiburones de las finanzas lo saben perfectamente. ¡Uno no suelta un duro por un don nadie! ¡Bien contentos que estarán de que los hayan librado de mí! ¿Vais a hacer la ronda? ¿Cien talegos y os devolvemos a Lapietà? ¿Quieren ustedes hacerles reír? ¡Les darían el doble si se quedan conmigo, seguro! El triple por que me rompan la cara. Y más todavía si me devuelven en una caja. ¿Mi mujer, tal vez? ¿Cuentan con robar a mi mujer? ¿Apelar al amor? ¡Porque si es esa la idea, queridos, hacerla cantar por amor, van ustedes listos! Somos poco cantantes en la familia. No hemos nacido para obedecer a los jefes. ¡El amor... es que no pagará! ¡La prueba absoluta del amor es que no soltará un pavo! ¡Porque sabe que yo no lo admitiría! Vaya corte, ¿no? Da que pensar, lo admito... Aunque no a ustedes... Ese tipo de sentimientos no puede germinar en cerebros como los suyos...

Con los ojos abiertos en la oscuridad, la jueza va filtrando las palabras de esa voz. Poco le importa el discurso, ella investiga las palabras. Bastante la ha oído ya, esa voz llena de grava que arrastra los argumentos como quien blande un ariete, ese flujo de convicciones que se impone ante toda resistencia, provoca adhesiones, suscita esperanzas, inspira temores, ese Niágara ininterrumpido, inasequible a la duda, al menor de los miedos, a la más mínima moderación. De manera que entra en los oídos de la jueza Talvern y que da vueltas, que retumba, que percute, que resulta más que

torrencial, es una presa que libera un océano, algo que apareció ya con las primeras palabras pronunciadas por ese hombre en su vida y que no desaparecerá sino con su último aliento... La jueza conoce tan bien esa verbosidad... ese oleaje le resulta tan familiar... ¡Lo ha convocado tan a menudo, a Georges Lapietà! ¡Se ha abismado tantas veces en esas aguas!

Plantada.

Quieta y de pie.

Sin dejarse llevar jamás.

Sin ceder.

Entre ellos, ha sido durante años palabra contra silencio.

La jueza ha desplegado una red en el flujo del torrente Lapietà. Espera que ciertas palabras queden allí atrapadas. Deja pasar cuanto la corriente acarrea de protestas sobre su inocencia, de amenazas apocalípticas, de confidencias conyugales, de chistes, de consideraciones políticas, de sentencias ex cathedra:

—¡En lugar de hurgar en mi pasado haciéndome perder el presente, permita que le muestre mi concepción del futuro, eso le será útil para usted, jovencita!

«Jovencita»...

Ella lo pasa por alto.

Lo mismo que sus perlas estéticas:

—¿Sabe que, bien mirado, no es usted tan fea? Créame, ¡si de algo sé es de la belleza!

Ella lo pasa por alto.

Y las invitaciones a comer:

—Venga, que estamos aquí desde ni se sabe. Va siendo hora de comer algo, ¿no? Vamos, yo invito, y al volver seguimos con esto. Esta semana tengo todo el tiempo del mundo.

Todo ese espectáculo...

Y ella lo pasa por alto.

Ella no es más que esa invisible red sólidamente estibada en el flujo Lapietà,

en la que de vez en cuando queda atrapada una palabra.

Poco a poco las palabras dispersas delimitan un territorio, como esas fichas negras y blancas que llueven sobre el juego de go. Territorio todavía enigmático, pero hay que confiar en el léxico... Siempre llega un momento, se dice la jueza, en que las palabras sueltas —dejando aparte la sintaxis— acaban por dibujarle a un hombre.

Lapietà...

Su parte de silencio.

Lo que busco es su poquito de silencio.

¿Alrededor de qué núcleo de silencio habla este hombre?

¿Qué tesoro oculta el silencio del lenguaraz?

Volvamos a nuestro tema, querida, le dice Verdún al oído, te pierdes en vaguedades... Ya no lo estás escuchando. ¿Qué está contando? Escucha un poco. ¿Qué está diciendo?

¿Ahí?

¿Ahora?

Georges Lapietà se dirige a un sindicalista.

—¡Sé que la tienes tomada conmigo, Dossier! ¡Por haber impedido que manejases tu chiringuito a tu gusto! Pero sé realista, amigo mío. ¿A cuánto ascienden las tropas de tu sindicato? ¿Eh? No llega ni a una brigada. ¿A quién te crees que representas? A nadie más que a una central sindical que se ha convertido en su propio fin. ¡Eres solo tú, Dossier, no eres nada! ¡Nada y sin embargo tan perjudicial! ¡Porque cada vez que abres la boca hay un inversor que se larga! No representas a nadie pero, por culpa tuya, todos los

empresarios del planeta creen que los franceses son sindicalistas como tú, y eso es lo único que necesitan para ir a buscarse las habas a cualquier lugar excepto aquí. No eres nada, Dossier, ¡pero eres la ruina de tu patria!

Es justo admitir que la jueza Talvern hay veces que se duerme durante una de estas peroratas, ha sido un día muy largo. Pero un destello de voz la despierta:

—¡Vercel, si eres tú quien me ha hecho secuestrar, no es más que otra de las muchas estupideces en el larguísimo rosario de estupideces que ha hecho de ti el perfecto estúpido y cagón cornudo que eres! ¡Vas diciendo a diestro y siniestro que te he timado pero lo único que hice fue comprar tu mercancía al precio exacto al que tú la hundiste, mi pobre André! Por otra parte, ¿cómo te las has arreglado para asquear a tantos lectores en tan poco tiempo? La crisis, lo entiendo, internet, de acuerdo, ¡pero hace falta ser muy Vercel para lograr semejante proeza! ¿Tienes un secreto? ¿Y qué es lo que quieres? ¿Que te contrate en la nueva estructura? ¿En qué puesto? ¿Cuánto tiempo? ¿Que te pague por nada? No, ahora lo que me interesa es que te fiche la competencia, mi pobre André, voy a meterte entre sus filas para que hagas de bomba humana. Cualquiera que sea el trabajo que te den, en tres meses de ejercicio habrás hundido el periódico y me lo venderán por un euro simbólico, ¿no te das cuenta?

La jueza Talvern y Verdún Malaussène se duermen entre el rugir de la corriente. Con los fanfarrones el secreto siempre es ese: cualquiera que sea la potencia de su voz, uno acaba por acostumbrarse, siempre generan monotonía, y todo termina con un ronroneo de gato sobre un mullido sofá.

Luego, la jueza se despierta sobresaltada. Esto es lo que aúlla en su cabeza:

—¡Has hecho trampas, Paracolès! ¿Qué querías que hiciese? ¿Que os condecorase, a ti y los cuatro o cinco ineptos que te siguieron? ¿No teníais bastante con vuestro salario? ¿Qué queríais, la luna? Todo el mundo conocía

vuestras artimañas de tres al cuarto. ¡Hasta Balestro lo había entendido, que ya es decir! ¡Y se negó! ¡Y eso que no es un dechado de virtudes, ese elemento! Tu estrategia era una porquería, Para. Eres el único que no se dio cuenta. ¿Qué querías que hiciese yo? ¿Comprar un club podrido y esperar a que la poli nos pillase a todos juntos? ¿Que me buscase la ruina en el mundo del fútbol para siempre, como suele decirse? ¡Sabes perfectamente que no se puede mover un dedo sin que los ojeadores lo sepan! ¿De verdad crees que no le han ido con el cuento a la Fifa? Todo el mundo te tenía fichado, alma de cántaro. La Fifa prefirió que yo comprase el club y que te echase para evitar un escándalo mayor. Era la condición del rescate. Además, ¿eso crees tú que es, el futuro del fútbol? ¿El fraude continuo? Hostia puta, ¿en qué estabas pensando? Aquí los tramposos son de poca monta. ¡Hay que ser chino para hacer trampas de verdad! Los chinos sí que saben montar toda una industria con el asunto. ¡Y aun así! ¡Los chinos de hoy van a aniquilar a sus tramposos, pobre imbécil! Los chinos de hoy invierten a lo grande en el fútbol mundial, el archirrentable, infinitamente más jugoso que la trampa. Paracolès, deberías agradecerme que te haya despedido. Por el camino que ibas, no hubieses tardado en cruzarte con ellos, con los chinos, y no me hubiese gustado encontrarte convertido en rollito de primavera...

Los chinos...

La palabra ha quedado atrapada en la red de la jueza... los chinos... La palabra resiste a la corriente. Capturada por las mallas. Los chinos, piensa la jueza. ¿Por qué los chinos? Balestro, sí, está en las mallas desde hace tiempo... El mundo del fútbol... Lapietà el jefe... su club... Balestro el agente... La veneración un poco celosa del segundo por el primero... Y Paracolès... sí, en la declaración de Balestro... «Tengo el cuarenta por ciento de Paracolès.» Pero ¿los chinos?

La jueza zozobra de nuevo. ¿A cuántos descontentos pasa revista Lapietà

en esta inmersión?

En un momento dado, se dirige a los eventuales esbirros. No puede creer que los miserables a los que acaba de sermonear hayan podido dar el golpe ellos solos. Está claro que trabajaron con profesionales. A quienes advierte contra la malversación:

—¡Espero que lo hayáis cobrado todo de una vez, muchachos, porque no habrá nada más! Hasta os diría...

El dinero, piensa la jueza más allá del monólogo. El dinero... Con dinero se compra cualquier cosa, empresas, edificios, periódicos, clubes de fútbol, yates, asesinos, pero *¿el primer dinero?* ¿De dónde sale el primer dinero, el que hizo posibles todas esas compras? Es la única cuestión verdaderamente importante en lo que respecta a Georges Lapietà: ¿bajo cuántas capas de palabras esconde su primer dinero? Nunca se ha preguntado otra cosa. ¿Cuál será el tesoro que protege su núcleo de silencio?

Otro pequeño coma. La jueza ya no está allí. Tampoco Verdún. Las dos caen de nuevo en el hipnótico remolino de una palabrería que se vuelve arrulladora. Se duermen.

Hasta que un cambio de tono las devuelve a la superficie. Lapietà desenrolla los créditos finales en un tono distinto.

Dice,

muy tranquilamente,

dice que, de todas formas, va a morir. No dentro de diez años, no, tampoco la semana que viene, sino aquí mismo, ahora, ante sus ojos. No dice de qué. ¡No vais a saber de qué me muero! Solo dice el cómo. Dice que en cinco o seis horas comenzará el proceso de agonía. El dolor será tal que teme por la sensibilidad de sus carceleros. Y además, puede ser largo. Morir va a llevarle un cierto tiempo. Durante la noche, al día siguiente, tal vez a la noche siguiente. Lo verán revolverse por el suelo, darse de cabeza contra las

paredes, llamar a su madre —no, a su mujer—, aullar su tormento a voz en grito, sin darles por eso la menor información sobre lo que lo está matando, hasta que, finalmente, se acurrucará como bajo una ducha insecticida. Y ya... entonces se encontrarán con el cadáver de Georges Lapietà entre las manos.

—¿Así que entendió que su hijo estaba en el ajo en cuanto aparecieron las sondas?

—Exacto.

—¿Reacción?

—Se sondó. Mientras lo hacía, los chicos dejaron de filmar.

Esta conversación entre Titus y Silistri tiene lugar ante el domicilio del joven Manin, a las dos y cuarenta y cinco minutos de la mañana, en el coche de Silistri. Lo están esperando.

—Yo no tengo ninguna camioneta ni ningún furgón, capitán —dijo Manin al teléfono—. Ni ningún amigo que tenga una.

—Búscate la vida, Manin. Tienes diez minutos.

El tema es más complicado de lo que Titus cree. Apenas cuelga, se ve metido de lleno en una película. O por lo menos, en una escena que ya ha visto en el cine. Y en las series americanas, francesas, inglesas, alemanas o escandinavas que Nadège y él ven durante el fin de semana... Secuencia inevitable en una novela de las que tienen a un poli de héroe. La mujer que lo invita a escoger entre ella y su oficio. Ese es el papel de Nadège. ¿Abandonada en la cama a las tres de la mañana? ¿Acaso cree que va a soportar eso? ¿Por quién me tomas? ¿No pinto nada, yo? Y cuando tengamos hijos, ¿qué? Él argumenta que ya sabe lo que supone una investigación, que ella colaboró en la búsqueda de las farmacias, ¿o no? ¡Pero era de día! ¿Nada de poli por la noche, entonces? ¡En ese caso voy contigo! Olvídalo, no puedes abrir fuego si no eres un madero. Es entonces cuando le da el

ultimátum: ¡Si sales, a quien voy a olvidar es a ti, y más rápido de lo que crees! Tenía que llegar, se dice Manin. El cine lo había predicho y ahora llegaba. La discusión empeora. Lo mismo que en la pantalla. Se diría que todo ha sido escrito de antemano. Manin se da cuenta de cuánto se parece a la vida. Se viste mal que bien. ¡No olvides devolverle su trapito a tu capitán! Nadège le arroja a Manin el abrigo de Titus. De todos modos, también tú acabarás ahí dentro. Al parecer, siente el peor de los desprecios por los hombres vestidos de cachemira, es una visión de futuro que le repugna. Lo grita. Su furor se convierte en coraje al ver a Manin abriendo la puerta. Después llorará, una vez que la puerta se cierre. Manin sale. No sabe si obedece al capitán o termina con su relación. Fuera para siempre. Esto le está costando un adiós al jardín del Edén. Fuera, la vida espera a Manin, con su lastimoso problema. Se precipita a la calle en una mezcla de desconcierto y extrema excitación.

—¿Es ese, tu Manin? —pregunta a Silistri.

Manin sale a toda velocidad de la puerta de su edificio. Es ese, sí. Se mete la camisa por dentro de los vaqueros, se ajusta el cinturón, la funda de la pistola, lleva el abrigo de Titus bajo el brazo. Se mira el reloj. Echa un vistazo a su ventana, tercer piso a la izquierda de la entrada. No ve a Nadège en el balcón. Mira hacia delante, al coche de Silistri.

—Nos ha localizado.

—Sí que va rápido, sí.

Manin les dice con una señal que esperen un minuto.

Se pone el abrigo de cachemira, se abrocha el cinturón y ya tiene el pie en el estribo de una Volkswagen. Inclinado sobre la cerradura, desliza una varilla del aceite por la ranura de la ventanilla del chófer. Es hacerlo y abrirlo. La furgó chilla pero él acalla la alarma enseguida.

—Espero que no me ensucie la gabardina con todo ese bricolaje —suspira

Titus.

A ver, piensa Silistri, resumamos: vamos a sustraerle a la ley una banda de secuestradores, a transportarlos junto con su rehén en un vehículo robado por un funcionario de policía para esconderlos en un orfanato, todo por orden de una jueza de instrucción que no tiene ninguna intención de referir nada a nadie.

Para pensar en otra cosa, le pregunta a Titus:

—No, lo que quiero decir es: ¿cómo reaccionó enfrente de su hijo?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¡Lapietà!

—Le hablé como a todos los demás. Horas de monólogo. Todo está grabado. Trataba de entender. Todo el mundo quiere entender a la juventud. Pero la pregunta interesante no es esa.

—¿Es...?

—Por qué los jóvenes Malaussène se han metido en este lío.

—¿Tienes la respuesta?

—Sí.

La cabeza de Manin ha desaparecido bajo el salpicadero de la combi. Manipula el contacto, piensa Silistri. No tiene ninguna relación, pero Silistri vuelve a verse poniéndole su arma de servicio a Vercel en la cabeza. Cuanto más lo piensa, más estupefacto le deja que los amotinados de LAVA llegasen a creer que iba a matar a aquel hombre. Una sociedad en que los ciudadanos honrados, incluso si están muy nerviosos, creen que es posible que un comisario de división mate a cuatro empresarios para satisfacer sus reivindicaciones... no, decididamente las cosas no marchan bien. Silistri cada vez lleva peor lo de este principio de milenio.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Tu respuesta. ¿Por qué hicieron eso? Secuestrar a Lapietà.

—No te lo creerás, Joseph.

Se encienden las luces de la furgoneta. Ruge el motor. Señal con los faros.

—Estoy dispuesto a creerme cualquier cosa —se lamenta Silistri, llevando la mano al contacto.

Arranca, da media vuelta, adelanta al furgón que parpadea y los sigue. Dirección la Defensa.

—Es una instalación —dice Titus.

—¿Una qué?

—Una instalación, una obra de arte, si lo prefieres, como hacen Héléne y Tanita cada semana en el Beaubourg, en Berlín o el año pasado en Nueva York. Nada indecoroso. El secuestro como una de las Bellas Artes. Estética pura. La obra total, con la entrega del rescate como cereza del pastel, mañana, en la plaza de Notre Dame. Gran espectáculo. Pero eso no es todo, Joseph. Tuc también quería escribir el rap de las altas finanzas. Sabía que su padre, en cuanto se encontrase solo en el estudio de grabación, se pondría a hablar sin parar. Ese tío siempre tiene que hablarle *a alguien*, convencer a alguien. No se concibe sin un interlocutor. Ese es su motor. Lo grabaron y lo filmaron con conocimiento de causa. Solo había que pasarlo a limpio. El rap de la financiarización, sí... Y puede que un largometraje sobre Lapietà vendiendo sus cuentos. Tuc quería rodar todo el parloteo al que ha estado sometido desde que nació.

París duerme. La música ha cesado. Titus y Silistri conducen sin excesos, seguidos de Manin al volante de la combi.

—Pues eso, la obra total, ya te digo. Es algo que está muy de moda, cualquier imbécil se pone a hablar, lo ruedas y ya formas parte del arte de la verdad.

No puedo creerlo, se dice Silistri. No *quiero* creerlo... Armar semejante

follón por una representación en la plaza de Notre Dame y la escritura de un rap...

—Lo más gracioso, mi buen Joseph, es que, a fuerza de monologar, Lapietà les ha regalado el texto del rap. Y el del manifiesto. Todo sale de su charlatanería. Los chicos no tuvieron más que servirse. Fue él quien, buscando los móviles de su hijo, se lanzó a hablar de política y de la Constitución del 46, el que les dio el porcentaje de franceses bajo el umbral de la pobreza. Ellos no tuvieron más que pasarlo a limpio. La idea de pedir el importe del paracaídas de oro como rescate también es de Lapietà. ¿Y qué piensas pedir como rescate, hijito, el importe de mi paracaídas? Soltó esa ocurrencia de broma. Pedir el paracaídas como rescate a Vercel, Ménestrier, Ritzman y Gonzalès, eso les pareció la monda. ¡Reírse en la cara de los cuatro administradores! Total, que el manifiesto de los secuestradores lo escribió Lapietà. Inconscientemente, por supuesto, pero de cabo a rabo. En el curso de su monólogo, los chicos grabaron, cortaron y montaron. Resultado: el manifiesto.

Era, en efecto, la apuesta de Tuc. Utilizar el inagotable parloteo del padre. En condiciones extremas, les daría tanto el texto como el pretexto, el subtexto, el intertexto, la puesta en escena y todo lo que hiciese falta. Acceso directo al subconsciente de las altas finanzas. Cualesquiera que fuesen las consecuencias judiciales, Tuc reivindicaría su obra alto y fuerte. ¡Cuando ya no hay nada que esperar de una sociedad, siempre queda la creación!

—¿Y qué pintan los pequeños Malaussène en ese embrollo?

—¡Ah, eso hay que preguntárselo al Amor, camarada!

En este punto, todo resulta más simple. Maracuyá, locamente enamorada de Tuc, lo sigue con los ojos cerrados. Es Un Ángel, el primo protector, sigue a su prima con los ojos abiertos. Señor Malaussène, que tiene la cabeza sobre los hombros, decide no abandonar a sus dos primos en semejante locura. Y

los tres piensan que Benjamin tiene razón: la caridad institucional es un cuento. Nada de ONG. ¡No están dispuestos a hacer lo mismo que los nietos de la reina de Inglaterra!

—Nada menos.

Nada menos.

Con la combi de Manin pisándoles los talones, han atravesado París de este a oeste. La explanada de la Defensa relumbra a lo lejos. Titus y Silistri se plantean la pregunta inevitable:

—Según tú, ¿qué va a hacer Talvern?

—Amortiguar el golpe, supongo. Negociar con Lapietà y salvar a los chavales a cambio de su silencio.

—No cabe duda de que tiene municiones suficientes, sí... Por otra parte, ¿instalarse sin remordimiento en la ilegalidad? ¿Ella? ¿Tú qué crees?

Uno y el otro se callan, metidos como están en una expedición espeleológica en la doble cabeza de la jueza Talvern y de Verdún Malaussène. ¡Un buen dilema! Sacar a sus sobrinos de allí, situándose ella misma fuera de la ley, o deferirlos si quiere seguir siendo jueza...

—Esto parece cosa de Corneille.

—Y nosotros —pregunta finalmente Joseph—, ¿crees que estamos dentro de la legalidad...?

Plantea la pregunta en el momento en que su coche se zambulle bajo la Defensa.

Van a llegar.

Llegan.

—Toma —dice Titus—, hablando de legalidad...

El caso es que unas cuantas sirenas iluminan la fachada del estudio de

grabación, en la explanada de la A14. Reflejos azules contra las murallas de hormigón. Dos coches de policía y un furgón aparcados. Han tirado una barrera de clavos cruzando todo el ancho de la vía para cortar la circulación. Un gendarme armado con una metralleta indica a Silistri que se pare. Les han ganado la mano. La BRB ha llegado antes que ellos. Han enviado una escuadra a recoger la cosecha en lugar de ellos. Dos polis con capucha y brazalete meten sin contemplaciones a dos siluetas encorvadas en el furgón de policía. Van esposados y les han puesto una bolsa de basura en la cabeza.

—Mierda —dice Silistri—, esto no puede estar pasando así.

Sale del coche blandiendo su carné de poli:

—¡Eh, muchachos, tiene que haber alguna equivocación, nosotros estábamos antes en este asunto!

Por toda respuesta, el gendarme le suelta una ráfaga de ametralladora en el pecho. Silistri tiene la sensación de que lo acaban de partir por la mitad. Los impactos lo propulsan sobre el capó de su coche. Cuatro disparos responden a la ráfaga del gendarme, cuya cabeza estalla. Es Manin, que ha replicado. Al mismo tiempo, grita:

—¡Error, capitán, no son maderos!

Dos falsos polis hacen subir a los otros tres rehenes la escalera de hierro que une el estudio con la explanada. También ellos encapuchados. También con brazaletes BRB. También con bolsas de basura en la cabeza de sus rehenes. En cuanto empieza el ruido del tiroteo, los presos se echan instintivamente al suelo. Ruedan hasta la base de la escalera. Sus secuestradores vacilan. Desenfundan, se dirigen a ellos gritando algo pero Titus abre fuego. Un hombre tocado. Una pipa que cae al suelo y rueda escalones abajo. Cascada metálica. El segundo falso poli de la escalera replica enseguida mientras otros dos tipos aprovechan la confusión para lanzarse hacia el cadáver del pseudogendarme, del que tiran por los pies hasta

meterlo en el furgón. Titus y Manin aprovechan para contraatacar. Titus acaba de salir por el lado opuesto del coche. Ahora dispara con dos pistolas, su P5 y la Glück de Silistri que ha encontrado en la guantera. Trece balas en una, quince en la otra, descarga mientras avanza hacia el enemigo. Es la armada en plena acción. A su alrededor silban las balas de Manin, que lo cubre. Portezuelas que se cierran, motores que rugen. Otro tipo al que le han dado y suelta un grito de dolorosa sorpresa. También ellos responden, pero ya están en fuga. Aullidos de motores y neumáticos. Y enseguida han desaparecido. Tal vez ha durado veinte segundos. No ha durado más que veinte segundos.

VI

EL CASO MALAUSSÈNE

«Está claro, querida Julie, que tu Malaussène es un caso.»

COUDRIER

Lo más fuerte es que yo no sabía nada de todo esto. Y es que aquí hablo a posteriori. Consigna de Es Un Ángel: No hay que decirle nada a Benjamin. Aprobación de Thérèse: Completamente de acuerdo, bastantes marrones tuvo que comerse cuando era joven. («Comerse», esa fue al parecer la palabra que usó.) Señor Malaussène, en el mismo sentido: ¡Por no hablar de toda la jodienda que ya se trae el pobre entre manos con sus vevés! Maracuyá se limitó a decretar que si yo me enteraba de cualquier cosa se mataría. Y Verdún la incorruptible, hasta la propia Verdún dio su bendición a ese gigantesco embuste familiar. Todo el mundo en mi tribu lo sabía. Clara lo sabía, Louna lo sabía, Jérémy lo sabía, El Pequeño (que me saca una buena cabeza) lo sabía, Gervaise, Ludovic, Théo* y Hadouch lo sabían, todo el mundo lo sabía menos yo. ¡Hasta Julie lo sabía! Por boca de Gervaise. A Gervaise le pareció que contárselo a Julie era confiarle una verdad que me pertenecía por derecho, pero que había que suministrármela más tarde, cuando estuviese preparado para digerirla. ¿Dónde consideraba Gervaise que estaba la frontera de esa aptitud? ¿En mi lecho de muerte? ¿Qué idea se hacía de mi capacidad para encajar los hechos? ¿Y por qué demonios Julie, tan realista ella (Benjamin, somos una suma de intenciones y de actos, nada más; ¡negarlo es volverse loco!), se embarcó en esta conjura? Tantas preguntas que acabaron por envenenar muchas de mis noches. Yo me decía que a los niños les escondemos la verdad porque son demasiado jóvenes y a los viejos porque son demasiado viejos. Poco podía yo imaginarme en la primera categoría.

Total.

En cuanto al modo un tanto brutal en que me enteré por mis propios medios de la susodicha verdad, podría habérmela ahorrado si los míos me la hubiesen facilitado de forma natural.

Pero esa es otra historia.

Eso sucederá más tarde.

Porque en el punto en que estamos no sé nada. Es el día después del tiroteo, y no sé nada.

Al oír la ráfaga, Maracuyá se dejó caer como un peso muerto de entre las manos del hombre que creía tenerla bien agarrada. Sorprendido también él por las detonaciones, el hombre aflojó la presión un cuarto de segundo. Suficiente para que Mara se le escabulliese de entre las manos. Rodando por los escalones de hierro, segó las piernas de sus dos primos, que la siguieron a su pesar. Los tres rodaron hasta la base de la escalera, la bolsa de basura en la cabeza. El encapuchado que empujaba a los chicos se quedó de pie. Él sí que veía.

—¡Nos los cargamos! —gritó el que estaba en lo alto.

Ambos desenfundaron, pero el hombro del primero recibió el disparo de Titus y se le cayó el arma. El otro subió en su auxilio.

—¡Mierda, mira, le han dado a Gérard!

Respuesta.

Contraataque.

—¡Retirada!

Corren como pueden hasta el coche. Llueven los disparos. Hormigón arañado, chispas, silbido de balas. En cuanto llegan al coche, un chiflado echa a correr hacia ellos tirando con ambas manos.

—¡Mi pie! ¡Joder, mi pie!

Justo antes de cerrar la portezuela de golpe, el que ya lleva una bala en el hombro recibe otra en el pie. Hay días así...

Contacto.

Rugido.

¿Esto ha durado qué? Tal vez veinte segundos. Ningún coche, ningún testigo... ¡Y de repente ese silencio!

Abajo, la chica de las muñecas finas se ha librado de sus ataduras. Se ha quitado la bolsa de basura. Antes incluso de liberar a los primos, se ha echado sobre la pistola que cayó escaleras abajo y se ha puesto en guardia, el arma apuntando hacia la salida, allá arriba.

En la explanada, Titus se centra en Silistri:

— ¡Joseph! ¡Joseph!

Manin salta de la Volkswagen y se precipita hacia la escalera. Tres disparos le dan la bienvenida. Dos de tres balas dan en el blanco. Una atraviesa la hombrera izquierda del abrigo de cachemira, la otra corta el cinturón. Manin siente una quemadura en la cadera. Con el tiempo justo para echarse a un lado. No responde, por supuesto. Solo grita:

—¡Alto el fuego, somos la poli! ¡La de verdad, esta vez!

—Ya, y tu abuelita, ¿qué tal? —replica Maracuyá—. Sal, verdadero poli, anda, ¡ven aquí!

—¡Coño, Mara, que estoy con tu padrino!

Oír que la llama por su nombre una voz que no conoce intriga a Maracuyá. La alusión al padrino, también. Pero el padrino no tiene tiempo. El padrino ha desmontado la barrera de clavos y ha cargado a Silistri en su coche. Cuando pasa junto a Manin, el padrino se limita a gritar:

—¡Llévalos a Los Frutos de la Pasión!

—¿A los qué?

Señor Malaussène toma el relevo:

—A Los Frutos de la Pasión, no te preocupes, nosotros sabemos.

Maracuyá ha bajado el arma. Libera a sus primos. Manin, allá arriba, asoma la nariz muy prudentemente.

Treinta años de amistad pierden su sangre en el asiento trasero de Silistri.

—¡No te vayas, Joseph, espérame, por Dios!

Así que Maracuyá, Es Un Ángel y Señor Malaussène habían estado a punto de hacerse matar la noche anterior, estaban escondidos en Los Frutos de la Pasión, y yo no lo sabía. Silistri se hallaba entre la vida y la muerte, y yo no lo sabía. Julie, que tampoco sabía nada, me había dejado en la estación del TGV de Valence para luego ir a reunirse con el viejo Coudrier y ayudarle en sus trabajos de escritura. Yo estaba a punto de ir a recoger a los niños, que se suponía que llegaban de los confines del mundo. ¡En dos días, iría a Roissy a por Señor Malaussène! Eran buenas noticias que atenuaban la deprimente perspectiva de mi vuelta al trabajo. Ya echaba de menos el Vercors y a Robert, pero los niños estaban a punto de volver. Pensar en mis vevés me fatigaba de antemano, pero volvería a ver a Mosma, Sept y Mara. Vivir es pasarse el tiempo llenando los dos platos de la balanza.

Sentado en el tren, me disponía a echarle una ojeada perezosa al periódico. ¡Esa manía que tiene Julie de hacerme comprar la prensa cada vez que me mete en un tren!

—El paisaje me basta y me sobra, Julie.

—Una ojeada al paisaje social no te hará ningún daño.

El asunto Lapietà en primera plana. No solamente de mi periódico, sino de todos los periódicos del tren, todas las tendencias desconcertadas: «el manifiesto de los secuestradores». En letras grandes. Presos de la curiosidad,

los viajeros buscaban la página en que figuraba el mentado manifiesto. Gestos escandalizados, comentarios vengativos (pero ¿qué hace la policía?) ... Muy pocas sonrisas. Es la suerte de texto ante cuya lectura cada uno toma su posición. Yo me decía que aquello parecía una petición de estudiantes (un tipo de estudiantes cuyo molde se creía roto desde hacía unos treinta años). La referencia al preámbulo de la Constitución del 46 me sorprendió. La estrofa sobre la oposición caridad/solidaridad me llamó la atención. La idea de hacer cargar a nuestro gobierno supuestamente socialista con «el ridículo del primer *secuestro caritativo* de la historia de nuestra justicia» me pareció divertida. El happening en el atrio de Notre Dame era prometedor. Lo único, me decía, es que si detienen a los autores de la farsa —lo cual parecía inevitable—, van a pasarlas canutas. En épocas de gran cobardía siempre se sacrifica a los alegres intrépidos. Semejante perspectiva me bastó para hacerme regresar al paisaje. Allá, a mi derecha, el macizo del Vercors desfilaba como un adiós. Yo pensaba en las invectivas de Alceste: «El auténtico valor, Malaussène, reside en volver a bajar al valle. Soportar al Hombre. ¡He ahí el sacrificio absoluto!».

Pues bien, en esas estábamos.

Escondido justo detrás de mí, entre mi asiento y el tabique del vagón, Julius se hacía el muerto. La aptitud de este perro para borrarse no es el menor de sus dones. Hay situaciones en que Julius desaparece por completo. Entre ellas, los viajes en tren. Aplastado como una crepe, se confunde con el gris de la moqueta. Un perro invisible. A menos que respire. En consecuencia, nada de suplemento a pagar. No queda más que su olor, que por norma general la gente me atribuye a mí. Por lo tanto, nada de vecinos, tampoco. Salvo aquella tarde. El tipo que estaba sentado a mi lado no parecía incómodo en absoluto. Era grande y fornido, tatuado, pelo gris, nuca rígida y escasa, piel curtida, perfil de águila, mirada fija, cazadora de cuero. La

sesentena inoxidable. Debía de llevar la Harley Davidson en la maleta. Curiosamente, tenía manos de niño y una Legión de Honor en la cazadora. También él se había sumido en la lectura del manifiesto. Leía sin rechistar. No trataba de entablar conversación. Lo cual le venía muy bien a mi deseo de paisaje.

Paisaje que, una vez atravesada la frontera del Drôme, siempre me adormece.

Sobar en el tren, en el cine, en el teatro o leyendo es un tipo de voluptuosidad de la que jamás me privo.

No fue el revisor quien me despertó, sino un deslumbramiento. Algo crepitaba a mi alrededor. Flash sobre flash. Un auténtico pelotón de ejecución. Me desperté sobresaltado, la mano delante de los ojos. El corazón me batía alertado. Mi vecino me tomó el brazo:

—Discúlpelos, hijo mío, es por mí.

¿Hijo mío?

En efecto, a quien estaba fusilando aquella jauría de fotógrafos era a él.

—¡Señor Abad, mire aquí!

—¡Una sonrisa, señor Abad!

—¡Aquí, Abad, aquí!

Hasta que se presentó un equipo de tele.

—¡Salid de aquí, paparazzi, ahora dejadnos currar a nosotros!

Una cámara, un micro que parecía un tejón empalado, un presentador archiconocido cuyo nombre yo había olvidado pero que pronunció el del abad.

¡El abad Courson de Loir, maldita sea!

En persona.

Y en turista.

No lo había reconocido, debo admitirlo. Seguramente he visto su foto un

par de veces en mi vida.

PRESENTADOR: ¿Entonces, mañana, en la plaza de Notre Dame, ese rescate, señor Abad?

COURSON DE LOIR (*voz rugiente de metro subterráneo*): La plaza de Notre Dame fue escenario del medievo, ese no es motivo para convertirla en un circo contemporáneo.

PRESENTADOR: ¿Quiere eso decir que no tocará usted el cheque del rescate?

COURSON DE LOIR: Ni allí ni en otro lugar. La Caridad no sabría nutrirse del dinero del crimen. (Sí, la frase exacta que Verdún me asegurará más tarde haber oído resonando en su cabeza durante el interrogatorio de Balestro.)

PRESENTADOR: Rechazar el rescate, ¿no supone hipotecar de forma peligrosa la liberación de Georges Lapietà? ¿Incluso poner su vida en peligro?

COURSON DE LOIR: Supone ante todo no actuar en complicidad con quienes lo raptaron. ¿Le parece a usted que tengo cara de encubridor?

PRESENTADOR: Entonces ¿cómo imagina el desarrollo de los acontecimientos?

COURSON DE LOIR: Dejo a la policía al cuidado de imaginarlo.

PRESENTADOR: Pero...

COURSON DE LOIR: Fin de la entrevista. Ahora, haga la colecta entre su equipo y en el resto del vagón, estoy ocupado.

El presentador rio de dientes para fuera. En lugar de ir a pasar el plato, se dirigió hacia mí, que me empeñaba en seguir mirando al campo. Me puso la alcachofa en los morros. Recibí su pregunta bajo una ducha de luz.

—¿Y usted, señor, qué piensa usted del asunto Lapietà?

¡Mierda!

¿Le respondía que no pensaba nada? ¿Que me negaba a pensar nada? ¿Que prefería paisajear? ¿Que mi hermana era la jueza de instrucción preferida del

rehén? ¿Le rogaba que recogiese sus pertrechos y que apagase el foco porque me estaba deslumbrando y yo odiaba la tele? Evidentemente, es lo que debería haber hecho. En su lugar, todavía me escucho respondiendo:

—Pienso en las familias.

PRESENTADOR: ¿En las familias? ¿En la familia Lapietà? ¿En las familias de los rehenes en general?

Yo: Más bien en las de los secuestradores. De momento, seguro que desconocen lo que han hecho esos jóvenes, pero lo van a pasar muy mal cuando los detengan, porque eso me parece inevitable.

PRESENTADOR: ¿Qué es lo que le hace pensar que se trata de jóvenes?

Yo: ¡El contenido del manifiesto! ¿Conoce a un solo adulto, sobre todo entre nuestros políticos, capaz de semejante grado de conciencia social?

¡Pero cierra el pico, por el amor de Dios! ¿Qué te pasa? ¡Cierra el pico! No olvides que tú pasas de estas cosas. ¿Estás haciendo de Alceste o qué? ¿A qué sombra quieres arrimarte?

¡De hecho, me sorprendió *no poderme resistir a responder!* Como cualquier estúpido al que le ponen un micro delante. Era francés, ¿no? Tenía mis opiniones, ¿no? Era la tele, ¿no?

Oliéndose una posible polémica, el presentador volvió a Courson de Loir.

PRESENTADOR (*irónico*): Señor Abad, ¿qué opina usted al respecto? ¿También usted se compadece de la suerte de los secuestradores?

Courson de Loir, que había vuelto a sumergirse en su periódico, lo puso en su sitio sin medias tintas.

—¡La colecta, le he dicho! Y, como penitencia, ¡por todos los vagones del tren!

El resto de la noche son lágrimas y sangre. Las lágrimas de Maracuyá apenas se sienta en la combi de Manin. Las lágrimas mudas de Mara hasta la madrugada y la sangre de Silistri hasta la base del acelerador, que Titus pisa a fondo. También ahí, frases de película:

—¡Hostia, Joseph, no te vayas, quédate conmigo!

Maracuyá llora a su Tuc. Los cabrones que se han hecho pasar por polis de la BRB han secuestrado al padre y al hijo. Tuc y Lapietà. Tenían la intención de llevarse también a los tres primos, pero la suerte lo decidió de otro modo.

Titus grita a su móvil que llega con Silistri.

—¡Prepáralo todo, Postel,* estamos llegando!

Al otro lado le responden que es imposible, que está jubilado.

—¡Desde hace dos años, Titus!

Titus dice que se la suda, que está llegando, que igual llega con un fiambre.

—Le he visto resucitar a un muerto, doctor.

—¡En aquellos tiempos estaba bien equipado!

Mara se maldice por haberse escurrido entre las manos del tipo que la sujetaba. No debería haberse dejado caer escaleras abajo sino subir los escalones de cuatro en cuatro y correr con la banda hasta el coche, no abandonar a Tuc, Dios mío, Tuc, qué va a hacer Tuc sin ella, qué puede hacer Tuc contra esa basura, estuvieron a punto de matarlos, le pusieron un cúter a Tuc bajo la nariz cuando Lapietà se negó a seguirlos. ¡Estaban dispuestos a rebanarle la nariz!

—¿Cómo me llamo, Joseph? —grita Titus saltándose los semáforos—,

¿cómo me llamo? ¡He olvidado mi nombre!, ¿puedes decirme cómo me llamo, puedes hacerme ese favor? ¡Mierda! ¿Cómo me llamo, Joseph?

Es también la noche en que las palabras de Lapietà prosiguen su curso tumultuoso en los oídos de la jueza Talvern. Ahora le habla a su hijo, hace un elogio de los fondos de pensiones.

—¿Es eso lo que te dices, Tuc, eh? ¿Que tu padre es responsable de dinamitar nuestro sistema de jubilaciones, prosperando bajo la bandera de los fondos de pensiones? Pues bien, es cierto, ¡figúrate! ¡Y además, en nombre de la más hermosa de las justicias! ¡Abajo la jubilación y vivan los fondos de pensiones! Déjame que te cuente la historia de Pandora McMoose, hijito, una historia que va de sus ciento cuatro años en su casa de campo de Wyoming. En 1925, el viejo McMoose invirtió en fondos de pensiones. Cuatro años antes de la crisis del 29. Entonces todas las acciones se hundieron, como ya sabes, y luego todo volvió a subir, incluidas las de la pareja McMoose, como un corcho que flota sobre la historia financiera de los Estados Unidos de América. ¡Hoy, Pandora (que es viuda desde hace treinta y seis años) se embolsa ciento cincuenta mil dólares al año! Una jubilación de doce mil quinientos dólares mensuales. ¡Y lo que financia esa jubilación no son los impuestos ni de sus hijos ni de sus nietos, son los fondos de pensiones de Pandora y del viejo Moose! Es su pasta, no la de sus hijos. ¡Gloria a los McMoose, hijito, que no sacrificaron a su descendencia para regalarse una dulce vejez! ¡Que es lo que estás a punto de hacer tú, en nombre del sacrosanto principio de la jubilación a la francesa!

Desde luego, Georges Lapietà ignora que la descendencia de Tuc —su nieto o su nieta— ya está en camino en el vientre de Maracuyá. Por otra parte, nadie lo sabe. Ni la propia Mara. En lo que a Maracuyá se refiere, ese hijo no es todavía más que un deseo. Silistri pierde la sangre de su vida cuando la vida prospera de incógnito bajo el vestido thai de Maracuyá. ¿Un

hijo?, había bromeado Tuc, ¿un hermoso bebé para asegurar nuestra jubilación? ¡Ojalá!... Maracuyá echa de menos a Tuc. Del niño que viene, también había dicho: Será nuestro presente y luego nuestro pasado. Maracuyá echa de menos la voz de Tuc, no deja de llorar.

—No venga a mi casa —le dice Postel a Titus, al que acaba de devolver la llamada—, vaya directo a la morgue del muelle, allí le espera el enfermero Sébastien,* ya está al tanto. Tal vez yo ya haya llegado también. Voy de camino.

Giro a toda velocidad, dirección a la morgue del muelle.

—Describame las heridas.

Mal que bien, Titus lo hace. Pero aquello chisporrotea, luego cloquea y al final se corta.

—La morgue del muelle, Joseph, ¿no te recuerda nada?

Allí es donde, en sus tiempos, el doctor Postel-Wagner desmontaba a los muertos y remendaba a los vivos. Hasta ayudaba a dar a luz, de vez en cuando. Titus y Silistri le sirvieron de enfermeros durante unos días.

—¡Joseph, dime que te acuerdas! ¡La morgue de Postel-Wagner! Allí es donde nació Señor Malaussène, Mosma, el hijo de Benjamin, ¿te acuerdas?

—Los Frutos de la Pasión, ¿qué es eso? —les pregunta Manin a sus pasajeros—, ¿un hotel?

—Un orfanato —responde Es Un Ángel meciendo a Mara, acurrucada alrededor de su futura jubilación.

Manin no puede soportar ver llorar de esa forma a aquella chica que, hace nada, le disparaba con un 45, esa chica que, para decirlo todo, ha estado a punto de matarlo. La cadera le arde. Se pregunta si la bala le habrá dado de lleno o será solo un rasguño. Sea como sea, es su primera herida de guerra y le duele un huevo. Nadège caerá en sus brazos, si es que no cae desmayada.

—¿Un orfanato? —pregunta Manin.

—Dirigido por mi madre —responde Mosma.

—Por una de sus *dos* madres —corrige Sept.

Puede que sea justo entonces cuando la palabra «orfanato» queda atrapada en la red de la jueza Talvern.

—Los impuestos, los impuestos —declara Georges Lapietà a su hijo—, prefiero ser yo mismo quien me imponga las cosas, en lugar de engordar a esos perezosos de Bercy. ¿Qué sabes tú sobre el modo en que redistribuyo yo mi pasta, Tuc? ¿Quieres que me jacte de ello? ¿Que saque las cuentas de mis fundaciones, de mis buenas obras, de toda la gente a la que ayudo, de los orfanatos que he abierto en el mundo, por ejemplo? En Nom Pen, en Samobor, en Peyrefitte, Dublín, Abengourou, Bucarest, Canindé, Nápoles...

El banco de palabras al completo cae en las redes de la jueza, la palabra «orfanato» y los nombres de ciudades que le adjunta Georges Lapietà... Al punto de que la jueza Talvern se sienta en su cama, esta vez perfectamente despierta. Piensa en Balestro, en los pasaportes de Balestro, en los destinos de Jacques Balestro, alias Ali Bubakhi, Fernand Perrin, Philippe Durant, Olivier Sestre, Ryan Padovani...

—¿Dos madres? —acaba por preguntar Manin.

—Y Mara dos padres, sí —confirma Señor Malaussène—. Ella les llama Pa y Pa, para evitar confusiones. Tome la próxima a la izquierda.

A decir verdad, Mosma trata de relajar el ambiente, de arrancarle una sonrisa a Mara recordándole la mítica noche de su concepción (gran hito de las juergas familiares), pero cae en saco roto, todo el mundo se calla. Las lágrimas de Maracuyá fluyen entre los dedos de Es Un Ángel.

—Con cuidado —suplica Titus.

El enfermero Sébastien y él sacan a Joseph Silistri del coche. Lo hacen con sumo cuidado.

—No está muerto —murmura el enfermero Sébastien.

Evidentemente, piensa la jueza Talvern a propósito de Lapietà, su razonamiento sobre los fondos de pensiones es engañoso. Recita la Vulgata. Sabe muy bien que, antropológicamente, la supervivencia de la especie es inimaginable sin la solidaridad intergeneracional. Si llegado el momento los hijos no alimentan a los padres, se acabó la especie humana y lo sabe. Tendré que hacerle escuchar este pasaje a Benoît Klein, se dice también. Y a Titus, el de los orfanatos.

Pero, de repente, la Verdún que hay en ella aguza el oído.

Apaga la grabadora.

Se quita los auriculares.

Ruido en la parte de abajo.

Han regresado.

Verdún echa los auriculares y la grabadora sobre la cama, se enfunda el kimono, se desliza en una bata y anuda su cinturón mientras baja las escaleras.

Por su parte, Postel ha llegado. El enfermero Sébastien prepara a Silistri sobre la mesa de disección. Titus oye cómo hablan de cirugía:

—Le he suturado el cuero cabelludo en vivo, ha sangrado mucho.

—¿El resto?

—Fractura conminuta del hombro derecho, fragmentos por todas partes. Dos heridas de bala con orificio de salida a través del hemotórax derecho, más bien externas. Una de las balas ha rodeado la costilla, se ha deslizado sobre ella como sobre un carril de seguridad. Órganos vitales intactos, creo. Tórax soplante, pero tenemos suerte, su chaqueta hizo tapón durante el transporte. Siete de tensión, pulso débil.

—¿Hemoneumotórax?

—Eso me temo —confirma Sébastien—. Alto riesgo de hemorragia interna.

—Venga, drenaje torácico: lidocaína uno por ciento, povidona yodada, jeringa montada, bisturí, trocar de Monod con su mandril, pinzas romas, drenaje treinta y seis o cuarenta F.

—Está listo. Treinta y seis, no tengo otra cosa.

—Bastará.

Titus ve los dedos enfundados en látex de Postel penetrando en el cuerpo de su amigo por los orificios que perforaron las balas; retiran restos de tejido y la mitad de un botón que el enfermero Sébastien ordena como reliquias.

—Prepare el drenaje, la jeringa, el tubo de empalme y las bolsas de orina; sifonamos y lo recuperamos.

—Ok, doctor. Autotransfusión, de acuerdo.

Así es, lo que es sangre, aquella noche no faltó. Es lo primero que vio Verdún detrás de los cuatro jóvenes que llegaron a Los Frutos de la Pasión, el largo reguero dejado por aquel chico al que no conocía (el inspector Manin sin duda) y la pernera de sus vaqueros pegada a la piel por la coagulación:

—¿Grupo sanguíneo? —le pregunta Postel a Titus.

—A positivo —responde Titus—. Yo también, somos compatibles.

—Como los pichones de la fábula —masculla Postel-Wagner hurgando en Silistri.

—¿Sabe usted que está herido? —le pregunta Verdún al oficial de policía Manin.

—Sí, sí —responde Manin distraídamente.

Pero al volverse, descubre su reguero de presa sangrienta y se desvanece.

—Acostadlo sobre una mesa del comedor —ordena Gervaise, que acaba de aparecer de improviso con Clara.

Sept y Mosma cumplen la orden.

—Traed unas tijeras.

—¿Dónde están Titus y Silistri? —pregunta Verdún.

Es entonces cuando se entera de todo: de que Lapietà ha sido secuestrado por segunda vez, en esta ocasión junto con su hijo y además, esta vez sí, por profesionales; de que ha habido un tiroteo; de que Silistri está gravemente herido, puede que muerto; de que, con Silistri y Manin, ella ha perdido a dos tercios de sus efectivos; de que la broma de los tres cretinos que tiene delante se ha tornado en tragedia y de que todo va a complicarse de forma brutal.

Gervaise le ha sacado la cachemira agujerada de Titus y recortado la pernera de los vaqueros de Manin, y Clara ha fotografiado la herida.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Verdún.

—Bien, no le han tocado el hueso. Solo hay que limpiar y coser.

—Pídeselo a Ludovic.

Bueno, el así llamado Manin se las arreglará sin problemas. No es el caso del comisario de división Silistri, cuyo corazón acaba de pararse.

—Frigorífico —ordena Postel.

Titus contempla cómo su amigo desaparece en la cámara frigorífica como tragado por la muerte en persona. Esboza un gesto.

Postel retiene su brazo.

—Que no cunda el pánico, amigo, en el frío uno se muere menos rápido. Vamos a aprovechar para cauterizar rápidamente las heridas torácicas. Después, volvemos a poner la máquina en marcha.

De paso, le pregunta a Titus:

—Las equimosis en la cara y en los puños, ¿eso qué es?

—Otro tema, una pelea a primera hora de la noche.

—¿A su edad?

Mientras Ludovic le cose las lorzas a Manin (los dedos enormes de Ludovic, ¡tan hábil en ese tipo de bordado!), Verdún se vuelve hacia los tres supervivientes. Allí están Maracuyá, Es Un Ángel y Señor Malaussène, restos lastimosos de un racimo bruscamente mermado. Verdún no puede hablarles.

Ni una palabra. No les hace ninguna pregunta. Lo conoce bien, ese silencio saturado, heredado del viejo Thian. Antes de caer en brazos del inspector Van Thian, su providencial niñera, el bebé Verdún aullaba desde el momento en que despertaba. Pensaron que tal vez fuese hambre, no, era el despertar. Se ponía en marcha como una sirena municipal. Nadie tenía el interruptor. Verdún nunca acababa de alertar al mundo. Cuando aullaba así, como si anunciase un bombardeo (de hecho, en aquel mismo instante seguro que en algún rincón del mundo caían las bombas), a Jérémy no le quedaba otra que cerrar con un golpe seco el cajón en que habían instalado su cuna. (Benjamin había hecho unos agujeros con la taladradora para que pudiese respirar.) Total, Verdún se calla con ese silencio conquistado a sus propios aullidos contra el pecho tranquilizador del inspector Van Thian. Después, son sus ojos los que gritan. Una mirada ante la cual uno preferiría no haber nacido. Ninguno de los tres supervivientes se atreve a mover un dedo ni a decir una palabra.

¡Y esa idiota, con su vestidito thai, va y además está en cinta!

Es un hecho, Verdún es la primera en advertir al recién llegado a la vida de Maracuyá. Alguien se ha instalado en Maracuyá, alguien que ya no es ella, Verdún lo sabe.

Lo que faltaba, se dice. ¡Apenas diecisiete años! ¡El relevo de mamá! ¡La futura madre Malaussène! ¡Maldita familia, maldita manía de reproducirse! ¡Esta embriaguez de la vida! ¡Menuda estirpe, los Malaussène! Luchar contra su proliferación es querer transformar la Amazonía en un jardín a la francesa.

Verdún no puede dejar de mirar a Maracuyá.

Tanto es así que Mara susurra como un gato atrapado:

—¿Qué?

Por fortuna, Ludovic, que ha terminado con sus trabajos de costura, murmura al oído de su mujer:

—*Da gousket, karedig.*

Verdún se revuelve. Su bretón tiene razón. Irse a dormir, sí.

Clara y Gervaise acaban de vendar al oficial Manin.

—*Bezañ kousket* —insiste Ludovic, y desliza su enorme pata por la espalda de su mujer para desaparecer enseguida en el calor del amasadero:

»*Henez eo ar penn.*

Tiene razón, dormir bien, eso es lo primero. Después de todo, son nada menos que las cinco de la mañana.

Al día siguiente, domingo, la escena principal no tiene lugar como estaba previsto en el atrio de Notre Dame, a la salida de la primera misa, sino tres horas más tarde, a unos cientos de metros de allí, en el muy poco gótico despacho de Xavier Legendre, inspector general de la policía judicial.

—¡Señor Abad, así no es como habíamos quedado con sus superiores!

Legendre está fuera de sí, lo cual siempre acerca todavía más el tono de su humor al gris antracita de su traje. Legendre es una pequeña bola de rabia calva y sedosa con los zapatos bien relucientes. En cuanto al Abad, sigue siendo el Abad en cualquier circunstancia, cuero, tatuajes, camperas y medalla de la Legión de Honor.

—Hijo mío, personalmente son pocas las veces en que coincido con mis superiores.

Legendre no está de humor para sutilezas. Ni para dejarse impresionar por esa voz de bronce.

—¡Usted debía aceptar la entrega pública del rescate! ¡Teníamos un acuerdo formal con el arzobispado!

—Que estaba al tanto de mi categórica negativa.

No contento con rechazar el papel que le asignaba el manifiesto de los secuestradores, el Abad rogó a los señores Ménestrier, Vercel, Ritzman y Gonzalès que no asistiesen al oficio.

—No tenía ninguna razón para imponerles la humillación de una negativa pública.

—¡Esto es el colmo! —sentencia Legendre—. ¡El colmo!

—¿El colmo de qué, hijo mío?

—¡Debía usted aceptar la entrega de ese cheque! ¡Tengo el plan decidido desde que se publicó el manifiesto! ¡Lo he acordado con el ministro, tengo luz verde, he desplegado a los efectivos necesarios, he colocado una batería de cámaras en el atrio de Notre Dame para filmar discretamente a los curiosos que asistiesen a la entrega del rescate! La plaza estaba hasta los topes, había muchísimas posibilidades de que uno o varios miembros de la banda se encontrasen entre la muchedumbre, podíamos echarles el guante, y usted...

Tras tomar aliento:

—¡Y usted, anuncia ya *desde el introito* que la entrega del rescate no va a producirse! ¿Consecuencia?: ¡la noticia corre, la explanada se vacía y toda la operación se va al traste! ¡Eso es simple y llanamente obstrucción a una investigación judicial, señor Abad!

—En efecto, en eso no había caído.

—¿Que no había *caído* en eso?

El Abad está ahora mismo de pie frente a la ventana. Allí delante, tapando las vistas, quien está de pie es Notre Dame de París. El Abad asiste de nuevo a la escena. El hecho es que, esa mañana, su declaración liminar vació la iglesia en un visto y no visto. «Que cuantos han venido aquí para asistir a la conclusión de un suceso regresen a sus casas; ¡el sacrificio de la misa no aceptará ser el teatro de la actualidad!» A los cinco minutos, en Notre Dame no quedaba un alma. Expulsión de los mercaderes del templo entre la algarabía de material fotográfico de todo tipo, trípodes, pértigas de sonido, mochilas... No quedaron ni los bancos de los fieles habituales, quienes, aquella mañana, no pudieron ni entrar en la catedral.

El Abad da un largo suspiro.

—¿Cuál es el precio a pagar? —pregunta.

Legendre se ve obligado a dirigirse a una espalda de cuero. El cuero, en ese hombre, es acero.

—¿Discúlpeme?

—Por obstrucción a una investigación judicial, ¿cuál es el precio a pagar, hijo mío? ¿Ir a ejercer mi ministerio durante unos meses en una de sus prisiones?

Ahí, el Abad se vuelve:

—Después de todo, ese es mi sitio, al parecer rebosa de ovejas descarriadas y de buenos tatuadores.

Legendre está furioso. ¿El Abad en prisión? ¿Y por qué no Lapietà diciendo la misa? ¡Este pedazo de santidad sabe perfectamente que no arriesga nada!

—¡Sus razones, señor Abad! ¡Solo dame sus razones!

—Se enterará usted en las noticias de la una. Esta noche, cuando volvía a París, la tele me acosó hasta en el tren.

—A ver si lo estoy entendiendo... —(como se dice siempre que se ha entendido algo demasiado bien)—. Usted no me comunicó *a mí* su negativa de aceptar ese rescate, pero ¿lo contó ayer por la noche en una *entrevista televisada*?

Sí, hace el Abad con la cabeza:

—Cada uno maneja sus exclusivas, hijo mío. Yo, esta mañana, he querido hablar con mis fieles antes que con nadie, y la tele quiere la exclusiva de mis razones...

—¿Que son...?

—Si no las adivina, las conocerá como todo el mundo en las noticias de la una.

Luego, como quien da media vuelta por la sola razón de que el paseo ha terminado:

—¿Sabe algo de su suegro? ¿Está disfrutando de su jubilación? De vez en cuando lo echo de menos, a mi querido Coudrier. Un poli de una poderosa sabiduría. Figúrese que un día...

Ese mismo domingo por la mañana, cuando bajé a hacerme un café —Julius el Perro ya de regreso en Belleville—, la Quincallería* me pareció más vacía que la meseta del Vercors. El tipo de vacío que deja la vida cuando ha pasado. No es que esperase encontrarme con las imprecaciones de Jérémy, las amonestaciones de Thérèse, los bramidos de Verdún, ni con la sonrisa de Clara o la espalda del Pequeño, inclinada desde primera hora sobre sus dibujos, pero vaya, todo eso un día estuvo allí, y ahora ya no. Como también lo estuvieron las estampidas de Maracuyá y de Señor Malaussène, sus juegos de niños, sus riñas de adolescentes, la voz conciliadora de Es Un Ángel, los empujones filiales de Mosma:

—Hola, viejo, ¿has pasado una buena noche?

Quincallería vacía. El silencio de las casas está lleno de cuanto en ellas oímos algún día.

Por supuesto, no era la primera vez que me despertaba allí sin nadie a mi alrededor, pero nunca había sentido hasta tal punto el efecto de la soledad. En la Quincallería faltaba además una parte importante de nuestro pasado, una ausencia determinante.

Mamá no estaba allí.

Nada de mamá.

Sabe Dios que mamá no había brillado por su presencia a lo largo de nuestras vidas, pero esta vez la razón de su ausencia todavía la hacía más palpable. Y de esa razón, la tribu no conocía más que el nombre:

Paul.

Paul...

Un tal Paul...

Última conquista de nuestra madre.

Conocido Dios sabe dónde, mucho tiempo después del cese del juego procreador. Un amor con descendencia cero garantizada, eso sí. Pero un mazazo igualmente:

—¿Te das cuenta?, la juventud se equivoca; ¡más vale correr los cien últimos metros que los cien primeros!

Eso me dijo una tarde de confidencias, entre ella y yo.

—Seguramente tienes razón, mi querida madre, me guardo la frase para los niños, puede que eso les haga poner el freno.

—Has sido un buen hijo, Benjamin.

—Tú no has sido una mala madre, mamá.

—Ese es el tipo de respuestas que hacen de ti un buen hijo, Benjamin.

Y mamá desapareció en los brazos de ese Paul. Una llamada de cuando en cuando, porque la asaltaba el recuerdo de que era madre y abuela:

—¡Paul y yo estamos en Barranquilla!

¿Qué diantres hacían en Colombia, la patria de los homicidios impunes?

¿Qué diantres hacía con Paul?

Más concretamente, ¿qué diantres hacía mamá con mamá?

Luego, a finales de junio, justo antes de que nos fuésemos al Vercors, la llamada telefónica llegó por otro camino.

—¿Señor Benjamin Malaussène?

—Sí, soy yo.

—Aquí el EHPAD de Beaujeron-sur-Meuse.

—¿El epa qué...?

—Establecimiento de Hospedaje para Personas Ancianas Dependientes...

—¿Sí?

—Su madre, señor, querría hablar con usted.

—¿Mi madre?

—Sí, señor, su madre, que como usted sabe está con nosotros desde hace cinco meses.

¿Como yo sabía? ¡La ironía acusadora de esa voz...! Sobreentendido: ¡Y no me diga usted que no lo sabía! Ya que no viene nunca a verla, no añada la mentira a la ingratitud filial. Por otra parte, no es usted único en su especie, pero por lo menos los otros no buscan el amparo de la mentira, se deshacen de sus mayores en nombre de la vida, en que las cosas van como van, pasando olímpicamente del tema, y en cierto modo prefiero el cinismo de esos cabrones a la hipocresía de los que, como usted, me responden tratando de hacerme creer que se acaban de caer del guindo.

Todo eso es lo que había realmente en el tono de ese «como usted sabe». Inútil, pues, objetar que no tenía ni idea.

—Pásemela.

—¿Cómo va eso?

—Bien, mamá, bien. ¿Y tú? ¿Dónde estás?

—¿La chica de la recepción no te lo ha dicho? En el EHPAD de Beaujeron.

—¿Beaujeron?

—Sí, Paul es de Beaujeron. Así que, cuando empezó a necesitar ayuda, nos apuntamos aquí. Por suerte, quedaron plazas libres y pude venir con él.

—Mamá, ¿me estás diciendo que también tú estás ingresada en... en ese... establecimiento?

—¡Por supuesto! El sitio de una esposa está al lado de su marido.

Y así fue como me enteré del matrimonio de nuestra madre. ¡El matrimonio! ¡De mamá! ¡Su primer, su único matrimonio! ¡En la recta final de su vida! ¡Con ese Paul! De quien yo no conocía ni el apellido. ¿Por qué no

nos había dicho nada?

—¡Ah! No quería molestaros con eso. ¡Ya estáis bastante ocupados!

Cuando al final le pregunté por el motivo de su llamada, me respondió con voz vivaracha:

—Por nada, así, sin más, por saber cómo os va. ¿Qué tal?

—Ahora vais a decirme exactamente qué es lo que pasó. Exactamente, no olvidéis nada.

Titus y Verdún tienen a Mara, Sept y Mosma sentados en la misma cama, en un dormitorio común de orfanato. Ellos están sentados en la cama de enfrente. Una puta estampa de colonias veraniegas, piensa brevemente Titus. Los dos monitores interrogando a tres chavales por haber hecho alguna trastada... Por Dios.

—Bueno, empezad.

—Nosotros queríamos...

—Nos importan un pito vuestras razones. Contadnos lo que hicisteis, cómo os lo montasteis, de principio a fin y sin dejaros nada. Ni un solo detalle.

—¿Por dónde empezamos?

El hecho es que ahora mismo tienen la pinta de tres niños. Mara está pálida, los ojos hinchados, y los dos chicos parecen haber encogido, como si volviesen a su primera adolescencia por una brutal toma de conciencia. La infancia enfrentada por primera vez a la gravedad de las cosas.

—Por el secuestro propiamente dicho —propone Verdún—. Contadnos eso, para empezar.

Tuc soñaba desde hace tiempo con secuestrar a su padre para su gran proyecto artístico...

—¡Eso nos trae sin cuidado! —masculla de nuevo Titus—. Os hemos dicho el secuestro. Solo el secuestro. Los hechos. Ahorradnos las justificaciones idiotas. ¿Cómo lo hicisteis?

Habían escogido ese día y esa hora porque Lapietà llevaba semanas dándole la lata a su hijo con la dichosa historia de la cita y el cheque. Le había pedido a Tuc que le buscara una caña de pescar, un after-shave ridículo, que le dejara el coche, ese tipo de cosas. Así que la hora y el lugar de la cita estaban claros. Para colmo, el lugar era absolutamente adecuado para una operación de ese tipo, dada la estrechez de la calle y su relativa tranquilidad. No sabían el camino que iba a tomar Lapietà, pero el secuestro solo podía llevarse a cabo en la calle de Chazieux, paso obligado para llegar al lugar de la cita. Tuc había escondido su móvil en el Clio y Sept lo había utilizado como baliza de localización. Desde que Lapietà salió de casa, siguieron el trayecto en su pantalla. En cuanto Lapietà pasó por la esquina de la calle des Archers con la calle des Trois-Fils, colocaron el camión.

—¿El camión? ¿Qué camión?

—Así fue como lo raptamos, cargando el Clio en un camión.

—¿Qué tipo de camión?

Un camión de gira. De esos que cargan con todo el material de los grupos de rock. Lo habían alquilado para una semana. El camión tenía un torno de mano y una rampa. Simplemente, se había tragado al Clio.

—¿Lapietà no reaccionó?

Mara había desviado su atención mientras le limpiaba el parabrisas. Iba un poco escotada. Mientras ella cegaba a Lapietà con la espuma, y mientras él esperaba el primer golpe de espátula, Mosma, por una hendidura de los bajos del coche, inyectó en la cabina una cantidad de protóxido de nitrógeno suficiente como para adormecer a un buey, y Sept enganchó el torno de mano al bastidor del coche. Además, cerraron las portezuelas desde el exterior. Sept se encargó también de eso.

—¿Qué hacía Tuc, durante ese tiempo?

Tuc no estaba allí.

—¿Dónde estaba?

Tuc estaba en la facultad. Arreglando temas de matrícula. Es algo que, llegado el caso, podría verificarse.

—¿De qué marca, el camión? ¿De dónde venía ese camión?

Era un DAF, once toneladas, con una cabida de treinta metros cúbicos, alquilado a Peter Bernhard, una compañía austríaca con sede francesa en Colmar.

—¿Compañía escogida con qué criterio?

Con un criterio afectivo, debido al nombre, Bernhard, Tuc siempre juraba por Thomas Bernhard,* él...

—Nos importa un pimiento. ¿No había otros criterios?

Sí, la costumbre. Cada vez que Tuc curraba en un concierto, escogía un Bernhard. Ese era uno de sus trabajos, conducir camiones, cargar los *flightcases* de los músicos. No lo parece, es seco pero es forzado Tuc...

—Nos importa un pimiento. ¿Qué hacía él con músicos?

Nada ilegal, Tuc estuvo algunos años haciendo de roadie, no quería deberle nada a su padre. Cargar el material de los grupos era su forma de ganar dinero para ir tirando antes de convertirse en repartidor gastronómico. Como chófer, siempre formaba equipo con la misma gente, él...

—¿Había otro chófer? El día del secuestro, ¿hubo otro chófer con vosotros?

No para el secuestro propiamente dicho, pero para bajar el camión a París, sí, y para volver a subirlo a Colmar cuando terminase el contrato de alquiler. El chófer no había participado en el secuestro, ni tampoco en la instalación del estudio. Tuc y Mosma tienen carné para vehículos pesados, en París conducían ellos.

—El nombre de ese chófer.

—Freddy.

—¿Freddy, Freddy qué, Freddy cómo?

—Solo Freddy.

—¿Y el camión, con qué nombre lo alquilasteis?

Lo habían alquilado con el nombre de Alice, la que tocaba el OMNI, la que tocaba el platillo volante, la chica de la que se había enamorado Titus en la explanada. Titus sabía quién era, sí, había escuchado su música, sí, pero ¿por qué alquilar con el nombre de esa Alice? Porque también había habido que instalar el OMNI de Moullet, lo que, además del OMNI propiamente dicho, representaba unos cuantos metros cúbicos de altavoces. Así que, la razón oficial —y verificable— del alquiler del camión era la instalación del OMNI.

—Esa Alice, ¿estaba al tanto del tema Lapietà?

Claro que no, nadie estaba al tanto. Después de descargar sus materiales, Alice le había dejado el camión a Tuc para instalar sus cosas en su estudio, eso era todo, ella no sabía nada de nada. Y luego, el camión también lo había utilizado un grupo de rock. Nikakeu.

—¿Nikakeu?

—Ni Kalash ni Keuf.[2]

—¿A qué nombre va la factura, después de tanto trasiego?

La factura estaba a nombre de Alice, pero Tuc le había reembolsado la mitad en efectivo, porque era un buen chaval. Es muy legal, Tuc, su padre será lo que será, pero él, Tuc...

—Nos importa un pimiento. ¿Y el coche? ¿El Clio? ¿Qué habéis hecho con él?

El eterno ensartado de las perlas, Titus llevando el interrogatorio, Verdún convertida en disco duro, registrando el menor detalle por los siglos de los siglos.

—Lo escondimos en un aparcamiento.

—¿Un aparcamiento, qué aparcamiento?

Dirección del aparcamiento, calle de Charenton, una plaza prestada por un amigo con el pretexto de que Tuc no sabía qué hacer con su coche durante el verano.

—¿Vuestros nombres no aparecen en ninguna parte, entonces? ¿En ningún documento? ¿Ni el vuestro ni el de Tuc?

Aquí, vacilación... Los tres secuestradores se miran. Algo tienen que decir que debería quedar silenciado. Se preguntan quién lo dirá. Les encantaría evitarlo, pero nadie pudo nunca callarse nada ante la mirada de Verdún. Finalmente, es Mosma quien se anima. Cuenta que, desde el punto de vista de su pasaporte, ellos no estaban en Francia. Estaban en otro lugar. ¿En otro lugar? ¿Dónde es, ese otro lugar? Bueno, pues Mara en Sumatra, Sept en Mali y Mosma en el nordeste de Brasil.

Titus, que no está de humor, lo quiere más claro.

—¿De qué gilipollez me estáis hablando?

A ver, es decir, para estar cubiertos, les dieron sus pasaportes a tres amigos que fueron a currar en su nombre en las ONG con las que ellos mismos habían entrado en contacto. Así, en caso de problemas, los billetes de avión y los contratos firmados probarían que no estaban en París en el momento del secuestro, sino en el fin del mundo; por otra parte, tal como creía su entorno familiar. Al principio fue una idea de Tuc, pues no quería comprometer a Maracuyá si la cosa se ponía fea. Sept se había encargado de los pasaportes, él tenía...

Pero la puerta del dormitorio común se abre.

Gervaise hace una aparición alucinada.

—¡Venid a ver, rápido!

Media hora más tarde, el núcleo familiar de la tribu está reunido en el despacho de Gervaise. Ahí están Clara, Thérèse, Louna, Jérémy, El Pequeño, Ludovic, Hadouch y Théo. Alguien ha corrido la voz. Se trataba de avisar a

los que no estaban al tanto. Tenéis que saber algo: a Lapietà lo han secuestrado los chavales.

¿Los chavales?

Los nuestros, Mara, Sept y Mosma.

No...

Sí.

Pero ¿no estaban en sus ONG?

Estaban aquí.

¿Os dais cuenta?

Todo el mundo se da cuenta.

¿Podéis imaginar la situación de Verdún?

Pueden imaginarla.

Les cuentan el resto, la noche que acaban de pasar, el tiroteo en la Defensa, el segundo secuestro...

EL PEQUEÑO: ¡Mierda!

JÉRÉMY: Ese tiroteo, ¿hubo testigos?

GERVAISE: Al parecer, no. Según Titus y Manin, nadie. Todo sucedió muy rápidamente en una especie de codo de la autopista A4 que no es ciertamente un lugar de paso, más bien una especie de aparcamiento, casi un callejón sin salida.

Así va la conversación hasta que Théo pregunta:

—Y el cheque del paracaídas de oro, el rescate, ¿ha sido entregado al Abad, esta mañana, en el atrio de Notre Dame?

—No sé.

—Yo tampoco.

—¿Y tú, Hadouch?

—No voy a misa los domingos.

—¿Qué dicen sobre el tema en las noticias?

La pregunta se formula a la una en punto, encienden la tele. La cuestión abre las noticias. Escuchan la negativa categórica del abad Courson de Loir. Alguien dice: No está tan mal, ese cura. Buen tío, además, añade Théo. A punto están de apagarla, ¡pero es cuando aparece en pantalla la cara de Benjamin! Benjamin contando pausadamente que compadece a la familia de los secuestradores.

Es cuando Gervaise va a buscar a Verdún y a Titus.

—¿Qué dice? —pregunta Titus al ver a Benjamin en el aparato.

Benjamin elogia a los secuestradores. Afirma que prefiere el interior de esas jóvenes cabezas al de nuestras cabezas gobernantes y adultos en general.

Hasta que la tele pasa a otra cosa.

Salida de Benjamin.

Apagan.

Callan.

Durante un buen rato.

Es Un Ángel habla el primero. Un murmullo consternado:

—No hace falta que se entere de que somos nosotros, el pobre.

Thérèse encuentra una justificación a la manera de Thérèse:

Completamente de acuerdo, bastantes marrones tuvo que comerse cuando era joven.

Señor Malaussène aprueba.

—¡Por no hablar de toda la jodienda que ya se trae el pobre entre manos con sus vevés!

Maracuyá concluye, los puños cerrados, sin lugar a la duda:

—Si se entera, me mato.

Al final de capítulo, a menudo quedan algunas migajas. Por ejemplo, esta

frase pronunciada por el excomisario de división Coudrier en la otra punta de Francia, a la misma hora, comentando el mismo telenoticias:

—Está claro, querida Julie, que tu Malaussène es un caso; si después de semejante ocurrencia no se ve implicado en este asunto Lapietà de una manera o de otra, es porque mi yerno y la policía francesa han cambiado mucho desde que me jubilé.

De momento, el yerno en cuestión está en otras cosas. Su ministro lo tiene al otro lado del teléfono:

—Solo una pregunta, Legendre, y una sola respuesta, se lo ruego: en lo concerniente a esa entrega del rescate al Abad, ¿por qué nadie me ha dicho que iba a negarse?

—...

—Legendre, cuando quiera...

O el breve murmullo de Maracuyá, cuando Titus le enseña el abrigo de cachemira —dos veces agujereado— que Gervaise acaba de devolverle:

—¿Qué...? ¡Para qué me enseñáis a disparar!

VII

LA RENTRÉE

«Si me acuerdo, se lo tengo que contar a Malaussène, es el tipo de tonterías que le divierten.»

ALCESTE

La misma escena que hace dos días pero de madrugada y rebobinando. Sentada a su tocador, paletada tras paletada, Verdún reconstruye el rostro de la jueza Talvern con el reflejo de Titus en el espejo:

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? Iré a ver al presidente del Tribunal de Primera Instancia y presentaré mi dimisión.

—¿Con qué pretexto?

—El cansancio, capitán. Mírame, ¿no te parezco cansada?

Verdún se vuelve hacia Titus, la cara de la jueza Talvern a medio recomponer. Titus advierte un espasmo de soledad, como si hubiera desenterrado a una muerta.

—¿Te das cuenta...? Completamente quemada —concluye, poniéndose de nuevo manos a la obra.

Más o menos en el mismo momento, llamada telefónica anónima a la secretaría personal del ministro de Justicia. Una voz de hombre exige al ordenanza que descuelga que vaya a buscar una libreta de tela negra que una mano anónima ha depositado en los cubos de basura de la cafetería —La cafetería del ministerio, sí, ¿sabes dónde está, no, cabeza de chorlito?—, que ni se le ocurra abrirla si es que teme por su vida y que se la lleve al ministro volando si es que teme por su puesto. Dicho, hecho y leído. Presa del estupor, la Justicia cierra la libreta, concede a su corazón el tiempo necesario para

recuperar un latido uniforme, descuelga el teléfono y llama al Interior. ¡Pierre, ven enseguida, acaba de caer un marrón que ni te imaginas! ¿A nosotros? ¡A nosotros, a ti, a mí, al primer ministro, al presidente, al gobierno, a todo nuestro mundo, te digo, y más allá! Si no reaccionamos de inmediato vamos a pringar lo que no te imaginas, en serio. ¡Ven rápido antes de que el tema se haga público, ven rápido y ven solo!

La Justicia todavía no ha colgado y el Interior ya está allí.

—¿Qué es lo que pasa?

—Míralo tú mismo.

El Interior se sume a su vez en la lectura de la libreta de tela negra...

—Dios mío, no puede ser cierto...

—Ahí está el problema, todo es verdad...

La jueza Talvern sale del metro, sube las escaleras del Palacio, encaja la cortesía de los saludos. Buenos días, señora jueza, y ella responde con la cabeza, conoce el cariz de sus miradas una vez que ha pasado, ojeadas guasonas a sus sandalias, sus calcetines, su falda escocesa, codazos, sonrisas cómplices, burlas miedosas y maleables que se transformarían en reverencias subalternas si se volviese, todo eso lo sabe, fue ella quien se lo inventó a sabiendas, pero a la larga le cansa. Sí, venga, dimisión. Después de todo, panadera, ¿por qué no? Panadera con su panadero... Cambiar esa fábrica de alegatos por una panadería en la que intercambiar cuatro palabras en bretón durante la jornada... ¿Qué opinas, karedig? Ludovic opinará que le parece muy bien, por supuesto, que siempre lo había deseado, que también él llegó a sentir ese mismo cansancio, Ludovic Talvern, su exprofesor de derecho del deporte, Ludovic, juez de vigilancia penitenciaria convertido al mundo del pan, porque la justicia... por muy coloso que uno sea... en el fondo del

fondo... Pero él no es ningún charlatán... Siempre se ha guardado sus razones. Panadero, punto final. Y especialista en huérfanos. Está decidido, panadera ella también, bouloñjerien.

Dimisión.

La jueza Talvern cierra tras de sí la puerta de su despacho, busca en su memoria el número del juez supremo, su jefe absoluto, tiende la mano hacia el teléfono...

Que suena.

Y sí, es él, precisamente. Albin de Souzac, presidente del Tribunal de Primera Instancia, al otro lado del teléfono y de la jerarquía. Le pide que vaya, «Deje todo lo que tenga entre manos», lo que le viene de perlas porque de eso se trata, de dejar. No a mi despacho, al ministerio. (¿Perdón?)

—Yo ya estoy aquí, la estamos esperando, le hemos enviado un coche y dos motoristas.

En efecto, el Citroën de alto rango y dos gendarmes reglamentarios parpadean en el patio del Palacio. ¿Me están esperando? ¿Cuánta gente hay en el asunto? Ahora lo veré...

—¿Qué vamos a hacer? —ha preguntado el Interior.

—Convocar a nuestras tropas, apretar las tuercas, proceder del modo más discreto y eficaz posible —ha respondido la Justicia—. ¿Conoces a la jueza Talvern?

—De reputación, sí, muy fea, tengo entendido.

—Peor que eso, pero nadie conoce a Lapietà mejor que ella. Además, es una tumba.

Convocatoria. Talvern, pues, y Souzac, el presidente del Tribunal de Primera Instancia, y el fiscal general Souzier; ¡que la magistratura y la

fiscalía general no acaben sacándose los ojos por este expediente!

—¿Legendre, también, o qué?

—¡No queda otra, pero es un imbécil de cuidado, tu Legendre! ¡A ver si no podía lograr la colaboración del Abad!

La jueza Talvern fantasea en el asiento trasero del coche sin preocuparse por lo que la espera a su llegada. De hecho, es la primera vez en su carrera que se dirige hacia el presidente Souzac sin andar rumiando en tres o cuatro expedientes urgentes.

Y sin embargo esos chavales... esos sobrinos, esa sobrina... ¿Se le hubiese ocurrido colgar la toga de no haber sido por ellos? No, seguro que no, se hubiese convertido en una vieja jueza legendaria. Legendaria y vieja ya lo es, a pesar de su edad. ¿Qué es entonces lo que tanto ama del ejercicio de sus funciones? Respuesta: el Derecho. Lo que tanto adora es el Derecho, esa sedimentación de la razón social. El rigor del Derecho. La ley. La matemática aplicada a lo informe, a lo fluctuante, a lo impulsivo, a lo confuso, a la ansia pura, lo belicoso, lo astuto, lo demasiado rígido o lo demasiado torcido... a lo humano, en suma. ¡Un atraco a mano armada con pistola de plástico sigue siendo un atraco, sí señor! Eso es lo que ama del Derecho. El Derecho es la caja fuerte en que ha guardado sus ardores. Cada mañana, cuando penetra en esa caja de caudales, abre una ducha de agua fría que la hiela hasta la noche. Eso le encanta. Lucidez. Eso es el Derecho. Y luego está lo otro: nadie es juez *naturalmente*. Ser juez es un rol. De ahí su armadura.

Su pasión por el Derecho viene de lejos. La jueza Talvern mamó la ley de las ubres reseca del inspector Van Thian, su padre nutricio. Thian era el brazo armado de la ley. (El Derecho secundado por la balística, eso siempre ayuda.) A veces recuerda perfectamente al viejo Thian. La mayoría de las

veces, no, en absoluto, pero a veces sí, con enorme precisión, como si todavía diese tumbos sobre su pecho huesudo, como si todavía sintiese entre sus muslos y sus axilas las correas del arnés en que Thian la llevaba y, cerca de su corazón, la protuberancia de la funda del arma. ¡Ah!, y también en sus narices, esa mezcla de merlot y de flor de azahar...

Eso va fantaseando la jueza en su coche de vidrios tintados (esa necesidad contemporánea de mostrarse sin ser visto), mientras los ruidosos motoristas van despejando el camino. De repente, esta pregunta: ¿Qué tipo de jurista habría sido Benjamin? No está mal, interesante pregunta. Respuesta: desastroso. Habría confundido Derecho, justicia, moral y sentimiento. Habría sufrido por todos, sin que eso cambiase apenas nada. ¡Y luego está lo de su aparición en la tele en plan conciencia social de los secuestradores! Por favor, un poco de... Y mamá en su EHPAD... Casada... Con ese... Paul... ¿Y el nombre del poblacho? Beaujeron-sur-Meuse (!). Es Un Ángel fue a verla al día siguiente de llamar ella, a finales de junio. Ella le dio un abrazo enorme y lo llamó Pastor. Le decía a Paul: ¿No es adorable, mi pequeño Pastor?

Sept volvió de allí muy afectado.

—De tanto estar con Paul, la abuela me tomó por otro.

Julie lo sacó de su error:

—Para nada, no era más que una comparación.

Y Julie le contó a Es Un Ángel la amistad del viejo Thian y del inspector Pastor, la dulzura persuasiva de Pastor, su muy personal técnica de interrogatorio, los amores estériles de mamá y del inspector Pastor, Venecia, todo eso... ¿No has leído *El hada Carabina*, Sept?

El hecho es que Es Un Ángel puede hacer pensar en Pastor. Los ojos. Incluso la mirada. Y también la voz. Sept tiene la mirada ensimismada y la voz consoladora de Pastor. Un cierto misterio. Y, como también lo fue el inspector Pastor, Sept es de ese tipo de ángeles que uno se pregunta de qué no

serán capaces...

BENJAMIN: ¿Y Paul? ¿A qué se parece ese Paul de mamá?

SEPT: A un Alzheimer tatuado. Te hubiese traído alguna instantánea pero tiene fobia a las fotos.

Mi madre... Ese Paul. Mi hermano Benjamin y su desastrosa empatía... ¡Mis sobrinos secuestrando a Lapietà *con fines de instalación!* Mi familia... Su querencia por la sorpresa. Resultado, mi pasión por el Derecho.

Mi armadura.

Su armadura...

Que va a tener que quitarse.

Es lo que concluye en el instante en que el coche se detiene en el patio del ministerio. Un señor engalanado le abre silenciosamente la portezuela:

—Señora jueza.

En la antesala ya hay tres personas: está Legendre, comisario de policía (el palomo de Titus y Silistri), muy solo en su traje de seda, está el jefe de la jueza Talvern, Albin de Souzac, fénix de la magistratura, y también el fiscal general Souzier. Souzac y Souzier, sí. A pesar de que esos dos no suelen comer del mismo plato.

—Señora jueza.

—Señor director.

—Señora jueza.

—Señor fiscal general.

—Señora jueza.

—Señor presidente.

—¿Permite usted, Souzier?

Souzac se permite lo que Souzier aprueba, deslizar su mano bajo el codo

de la jueza Talvern y llevarla suavemente hacia una ventana:

—Un detalle antes de las cosas serias, Talvern. No vamos a tratar el tema aquí ni ahora, pero ese ojo reventado en su despacho... ¡El gendarme no estuvo a la altura! ¡Sanción, Talvern, sanción, hay que reprobar a ese gendarme! Cuento con usted. Quiero un informe de lo sucedido. Porque, si empezamos a dejar tuertos a los... Bueno, vamos, creo que nos...

Mientras tanto, Souzier, al oído de Legendre:

—Dígame, Legendre, ponerle un revólver en la sien a un gran patrón para solventar una negociación salarial, ¿es un nuevo método de sus servicios? ¿Dio usted algún tipo de consigna en este sentido?

Y Souzac, finalmente, como si se le hubiese pasado tocar el tema:

—Ah, Talvern, por cierto, el tuerto, su acusado, el tal Balestro, resulta que esta noche se ha colgado en su celda.

(¿Perdón?)

—Desde luego, Legendre todavía no lo sabe... Bueno, ahora tenemos que or...

—¿Estaba solo, en esa celda?

—No, eran cinco. Los otros cuatro se lo encontraron así, al amanecer. Colgado con una media de compresión. Vayamos, querida amiga, han sonado los tres golpes.

En efecto, la doble puerta acaba de abrirse, un ujier les ruega que lo sigan, el señor ministro les espera.

No está solo.

Hay otro ministro, el de Interior. La Justicia y el Interior. Nada de jefes de gabinete, nada tampoco de secretarios ni de consejeros. Gabinete de crisis. Estricta intimidad. Los tres magistrados y el comisario de policía penetran en la oficina ministerial, así como en la recta final de una conversación.

JUSTICIA: Te lo repito, Pierre, tu Legendre es un imbécil integral. Al no

cerciorarse de la colaboración del Abad nos ha metido en la mierda hasta el cuello.

INTERIOR: ¡Ya te he dicho que no sabía que el Abad iba a negarse!

JUSTICIA: ¿Y desde cuándo la ignorancia es una excusa, tratándose de un poli? ¡Sobre todo a este nivel de responsabilidades!

INTERIOR: ¿Y tú sí que lo hubieses callado, tú, a ese cura? ¿Estás diciendo que tú sí que te las hubieses arreglado?

JUSTICIA: En semejante situación... ¡Puedes estar seguro!

Es lo que los recién llegados oyen (incluido Legendre) antes de que adviertan su presencia.

—¡Ah! Buenos días, señora jueza.

—Señor ministro...

—Souzac, Souzier, Legendre...

—Señor ministro...

—Siéntense, se lo ruego.

Una vez sentados, se les anuncia que van a anunciarles el motivo de su presencia.

Los dos ministros se dicen algo antes de...

JUSTICIA: Antes de reunir aquí a dos partes tan antagónicas como el Ministerio Fiscal y la Magistratura.

INTERIOR: Convendrán ustedes en que estos no son precisamente los usos...

JUSTICIA: Pero la gravedad del asunto exige una perfecta sinergia de nuestras fuerzas de investigación.

INTERIOR: Todos nuestros servicios deben marchar al mismo paso, en este caso.

JUSTICIA (*enseñando la libreta negra*): En otras palabras, señores, nada de ponerse palos en las ruedas los unos a los otros en la gestión del asunto del que vamos a hablarles. ¿Me he explicado bien, Souzier?

—Perfectamente, señor ministro.

—¿Souzac?

—Lo entiendo, señor ministro.

—¿Legendre?

—Entendido, señor ministro.

Entremeses que se eternizan, piensa la jueza Talvern. La señora de la casa se pregunta si el estofado estará ya en su punto. Tiempo habrá para presentar la dimisión. De todos modos, yo ya no estoy en el juego. Por consiguiente, mi presencia es inútil, incluso incongruente. Nadie habla de justicia delante de una panadera.

Levanta el dedo para decirlo:

—Señor ministro...

Pero, esta mañana, la Justicia es tajante:

—¡Un momento, señora jueza, por favor!

Y de repente, los dos ministros se tiran al agua. He aquí el asunto, lo desembuchan de un solo golpe, como se vacía un saco de patatas sobre la mesa de la cocina:

A los que retienen a Georges Lapietà no les ha hecho gracia la negativa del abad Courson de Loir de no aceptar el cheque del paracaídas de oro, ayer, en el atrio de Notre Dame. No solo la banda no libera a Lapietà, sino que revisa al alza sus demandas. Lo que al principio parecía una broma resulta que no lo es en absoluto.

La Justicia abre la libreta de tela negra.

Y el hecho es que uno puede preocuparse con toda legitimidad al escuchar lo que el ministro lee en voz alta.

Es una lista interminable de todos los fraudes, malversaciones, prevaricaciones, atentados contra las costumbres y contra las reglamentaciones fiscal, bancaria, electoral y contractual que se han cometido

durante los últimos quince años. Abuso de poder y de posición, malversación de información privilegiada, amenazas de todo tipo, chantajes, algún que otro asesinato también... algún que otro suicidio sospechoso... con el nombre de quienes los encargaron,

y las pruebas.

Porque, a la izquierda de esa columna de delitos, están apuntados los nombres de quienes los cometieron: responsables políticos, directores de banco, personalidades de la moda, de los medios, del deporte, de la administración pública, sacerdotes de todas las religiones, representantes de la moral institucional, todos ellos irreprochables, y todos bien conocidos de los franceses, a quienes se dirigen diariamente a través de la prensa, los tuits, los blogs o la pantalla.

La Justicia no desvela los nombres, solo informa a los presentes de que figuran negro sobre blanco en esta libreta,

«apellidos importantes, pueden ustedes creerme».

Y ahora, lo que la Justicia lee, frente a esos nombres, es la lista de las cantidades que hay que pagar si el gobierno no quiere que salten de la libreta a la prensa, o peor, que despeguen hacia el ciberespacio.

—Lo que sería catastrófico; a la prensa, en rigor, podemos hacerla callar, pero internet es otra cosa, ahí no...

Frente a cada nombre, su cantidad.

Y,

abajo del todo,

bajo la raya de la suma,

un total

faraónico.

Algo así como el producto nacional bruto de Bélgica.

He aquí lo que la banda exige desde ahora mismo al Estado por la

liberación de Georges Lapietà. ¡Decididamente no, el abad Courson de Loir no debería haberse negado a recibir el cheque del paracaídas de oro!

En el silencio que sigue, la jueza Talvern es la única que comprende lo que ha sucedido: los que les quitaron a Lapietà a los chavales debieron de considerar que esos aficionados se quedaban cortos al exigir como rescate una suma tan irrisoria:

—¿Quiénes son, esos bufones?

—¡Un tío así vale mucho más!

—Mierda, muchachos, pillamos a esos gilipollas, los eliminamos, nos quedamos con Lapietà y volvemos a ponerlo en el mercado a su precio justo.

Eso es lo que se han dicho los malhechores. Lapietà vale muchísimo más que su paracaídas. Es un chantajista de primer orden, lo sabe todo sobre todos y tiene a sus enemigos cogidos por los cojones. Una mina de secretos de oro macizo. Vamos a por él, lo ponemos a tono, le hacemos escupir sus dossiers —*todos* sus dossiers—, presentamos la factura a quien corresponda y nos embolsamos un puto dineral. Si el Estado se niega a apoquinar, hacemos público todo el material. Es el chantaje del siglo. Quién sabe si del milenio. ¡Está ganado de antemano! ¿Por qué ganado de antemano? Porque la popularidad del gobierno ya está bajo la línea de flotación, un escándalo como este acabaría por hundirlo. No pueden cargar más el barco. ¡Van a pagar! ¡Jugamos sobre seguro, os lo digo!

Que es exactamente lo que el Interior está explicando.

INTERIOR: El tema de *todos podridos* les hace el juego a los extremos, no podemos arriesgarnos a una desmoralización tan masiva de nuestro electorado.

Escuchando al ministro, a quienes la jueza Talvern oye es a los malhechores. No solo los oye, es como si los viese. En sus venas palpita la excitación de la banda. Ese efecto de realidad con los más locos proyectos, la

jueza Talvern lo conoce bien. La certeza del golpe ganador. En ese aspecto, todos los maleantes son iguales. ¡Tienen la mierda en el culo, creedme, seguro que largan, se la clavamos hasta el fondo, hostia, seguro que apoquinan, está ganado de antemano!

Los ministros no son de esa opinión, pero, en sus recomendaciones, la jueza percibe una excitación muy parecida.

INTERIOR: Ni hablar de pagar un céntimo, por supuesto. Vamos a aniquilar a esos estúpidos. Tenemos los medios y los utilizaremos. ¡Sin cuartel!

JUSTICIA: Queríamos que estuviesen ustedes advertidos. Ahora, tres consignas: investigar con presteza, dar cuenta inmediatamente, callárselo todo. Puesto que los servicios serían los responsables, la mínima filtración podría tener consecuencias personales devastadoras.

INTERIOR: No han sido ustedes convocados, han sido movilizados. ¿Me oyen? ¡Guerra total!

JUSTICIA: Lo que aquí está en juego es la seguridad del Estado. Nada menos. ¡Necesitamos una armonía sin fisuras entre sus servicios! ¿Ha quedado claro?

La jueza Talvern siente cómo los otros tres movilizados se petrifican, cómo sus sillas siglo XVIII se deshacen bajo sus nalgas en polvo de Historia. Ella misma está en otro lugar. Está centrada por completo en la pregunta que se le acaba de aparecer: ¿Cómo han obtenido esos malhechores toda esa información de un tipo tan impenetrable como Lapietà? ¿Cómo hicieron para quebrarlo? ¡Y tan rápidamente!

La respuesta es como para helarle la sangre: torturando a su hijo ante sus ojos. Ellos no son jueces de instrucción, tienen sus medios.

Con semejante equipo, Maracuyá va a verse viuda antes del matrimonio, y el niño que lleva, huérfano antes del nacimiento. Exactamente como Clara y Es Un Ángel en su época. La jueza Talvern ve cómo la historia de su familia

se repite bajo los auspicios de la tragedia. La monotonía en el horror. No puedo permitir que suceda. La panadería puede esperar. Así es como da marcha atrás. Su intención de dimitir acaba de fundirse como bajo la llama de un soplete.

Es el momento que escoge la Justicia para dirigirle la palabra mientras se levanta.

—¿Señora jueza?

—¿Señor ministro?

—¿Puedo abusar de su tiempo?

También ella se levanta, sigue a la Justicia a un gabinete adyacente. Con el rabillo del ojo, observa al Interior llevándose aparte a Legendre; distribución de consignas, también allí.

El fiscal general y el presidente del Tribunal de Primera Instancia esperan prudentemente en sus sillas.

La puerta del gabinete se cierra en un suspiro.

—La necesito.

Esas son las primeras palabras del ministro.

—¿Quiere echarles una ojeada a los nombres que figuran en esta libreta?

Es una vieja libreta de contabilidad. De aquellas que se utilizaban no hace tanto en cualquier tienda de barrio. Todo está manuscrito. Vieja mano. Una escritura temblorosa y la raya de las columnas trazada con regla. Con tinta morada, por si fuera poco. La jueza se humedece el índice y emborrona una letra. Tinta antigua pero fresca. Todos esos nombres y todas esas cifras las ha escrito a mano un hombre viejo con tinta morada, sin disimular su escritura. Provocación, se dice la jueza. Se siente lo bastante seguro de sí mismo como para añadir una señal de reconocimiento manifiesto... Un viejo malhechor

que se toma esa batalla contra el Estado como un asunto personal. Esa escritura es una firma. Consideraciones que la jueza se guarda para sí misma.

—Lea los nombres, se lo ruego.

Ella los lee, uno por uno, todos.

—Me explicaré, señora jueza —declara el ministro cuando ella le devuelve la libreta—, no espero de usted que traicione el secreto de sumario, pero, en el conjunto de nombres que acaba usted de leer, ¿cuál es la proporción de los que Lapietà ya le ha hablado, o a los que se habría referido, o que usted considera vinculados con sus tejemanejes?

—La totalidad.

—Eso me temía.

La Justicia baja la voz; tono confidencial:

—Los nombres franceses, eso todavía tiene un pase. Entre usted y yo, no soy del mismo parecer que mi colega de Interior; en lo que a chismes se refiere, los franceses vienen siendo de fácil digestión, pueden tragarse cualquier cosa... Pero los extranjeros...

En efecto, en la lista de nombres la jueza Talvern ha advertido el del embajador de Turquía, dos o tres especuladores rusos, el monarca del Golfo, el muy distinguido lord Thackenburry, el deán Bostenberger...

—Si esos salen a la luz, señora jueza, podemos meternos en una importante crisis diplomática.

Ella calla.

Espera.

La Justicia habla de «su hoja de servicios», la Justicia enumera «sus excepcionales resultados», la Justicia alude a «su agudo sentido de los medios apropiados»... Total, que la Justicia le garantiza vía libre en su investigación y se compromete a poner a su disposición «todos los medios necesarios».

Luego,

voz baja pero firme:

—Y no se deje liar por Legendre, Talvern, es de una rara incompetencia.

Entonces yo aún no tenía ni idea de todo eso. No sabía que a Verdún la habían ascendido a jefe de guerra precisamente el día en que se disponía a optar por la panadería, no sabía que Mara andaba enamorada, todavía menos que estaba embarazada, no conocía a ese Tuc, cuyo nombre había oído un par de veces pero había olvidado enseguida. (Secretos de adolescentes, el adulto evita prestar atención, menos todavía hacer preguntas... No meterse, respeto, respeto... tocado por una cierta dosis de indiferencia, eso también hay que reconocerlo.)

Total, esa misma mañana, yo encaraba mi rentrée literaria con total inocencia.

—Malaussène, tenga usted la bondad de pasar por el hospital Tenon antes de venir —me había pedido la Reina Zabo—. Pequeño Louis se ha metido en un lío.

Pequeño Louis era el mejor representante de Ediciones del Talión.

—¡A ti te parecerá un lío, Benjamin, pero a punto estuve de palmarla!

Un brazo en cabestrillo, una pierna en suspensión y un alambre en la boca. De hecho, soltaba pequeños escupitajos al hablar.

—Quien me ha postrado en esta piltra es una banda de manuches, por culpa del libro de Coriolano.

El órgano cingaro, la novela de Tony Schmider (a quien la Reina Zabo, gran lectora de Shakespeare, llamaba Coriolano), contaba la ruptura del autor con su difunto padre. Manuche de rancio abolengo, el padre encaminó al hijo hacia el violín cingaro, pero la naturaleza de Coriolano le llevó a preferir el

órgano, instrumento profundamente sedentario. Ese desacuerdo había bastado para crear un abismo entre ambos. *El órgano cingaro* era la novela de esa grieta.

En cuanto oyeron hablar de la existencia del libro, tres primos de Coriolano fueron a visitarle:

—Entre los nuestros no se critica a los muertos. Ni siquiera hablamos de ellos. Hablar de los muertos, entre los manuches, es tabú, bien que lo sabes.

Como tuvieron la mala idea de sacarse las navajas para mejor argumentar, Coriolano les dio una paliza allí mismo. A los tres. (Coriolano era el único de nuestros vevés al que no protegíamos. Quienes necesitaban protección eran sus interlocutores.)

De resultas, los primos se vengaron con el pobre Louis durante su ronda de representante.

—Reconocerás que es el colmo que yo, que me pasé la juventud mangando libros, acabe en el hospital porque al final me he puesto a venderlos. ¡Eso me enseñará a portarme bien!

El alambre no le impedía refunfuñar.

—Estoy muy preocupada, Malaussène —me dijo la Reina Zabo en cuanto llegué al Talión—. Coriolano se ha metido entre ceja y ceja vengar a Pequeño Louis. Fuma como un carretero. Si pudiese impedirle que masacre a su tribu, se lo agradecería.

Dicho lo cual, me tendió un puñado de artículos frescos.

—Más teniendo en cuenta que estos papeles no van a suavizar la situación.

Tras la lectura de las mejores páginas de *El órgano cingaro*, una parte nada despreciable de la crítica había caído sobre Coriolano con todo su peso: traidor a la memoria de su padre, traidor a su tribu, traidor a sus tradiciones, traidor a su mística, traidor a su identidad, traidor a su medio, un manuche antimanuches, el colmo del racismo, la mala persona radical, absolutamente

intratable.

La Reina no podía estar más contenta:

—¡Vamos a vender un montón, Malaussène! Pasan olímpicamente de los manuches, pero en esta época en que no se teme ni a Dios ni al Diablo, a la gente le encanta señalar a los culpables. Con Coriolano ya tienen a su cabrón de la temporada; esto va a ser el escándalo de la rentrée. Tenemos muchos debates en perspectiva. La gente se abalanzará sobre este libro para hacerse una idea. ¡Grandes cifras, Benjamin, grandes cifras!

La Reina no me llamaba Benjamin sino cuando se emocionaba, y solo las cifras la emocionaban.

Las reuniones de rentrée tenían lugar en su despacho, una celda monacal a más no poder, con espacio apenas suficiente para que entrásemos ella, Émile Leclercq, nuestro contable, y mi amigo Loussa de Casamance, que no dejaba de envejecer sin cambiar de forma. Café y cruasanes para los cuatro. Que yo sepa, era el único día del año en que la Reina hacía un paréntesis en su régimen.

—Bueno, cuando se haya ocupado del tema Coriolano —continuó—, métase de lleno en el caso Lorenzaccio, ahí también vamos a tener trabajo, ¿no, Émile?

—Una visita del fisco, por lo menos —diagnosticó Émile Leclercq—. Atacar al ministro de Economía no sale gratis, ni siquiera si eres su consejero más próximo, ni tampoco si él es tu tío, de hecho, ni siquiera si tu tío te ha sodomizado en la tierna infancia. Sí, tu ayuda podría serme útil, Benjamin. Si pudieras hacer de chivo expiatorio en este asunto, me vendría muy bien.

Alceste, Coriolano, Lorenzaccio, Medea... la Reina le ponía un apodo a cada uno de nuestros autores. Tenía una teoría al respecto:

—Los productores de la verdad verdadera son monolíticos por naturaleza, Malaussène, como los dioses de la Antigüedad o los grandes arquetipos

literarios. Son personajes. ¡Relee *El misántropo* y dime si nuestro Alceste no es el Alceste de Molière! ¡Relee *Coriolano* y verás que Shakespeare inventó a Schmider! ¡Schmider es nuestro Coriolano! Y La Masselière, ¿acaso no es Medea?

Después de un divorcio de una excepcional ferocidad, Amandine de La Masselière, una de nuestras best sellers, nos había entregado una novela donde sacrificaba a sus dos hijos en el altar de la literatura. Otorgándoles todas las taras imaginables —tanto físicas como morales—, lo que estaba haciendo era trazar el retrato del padre, «... tal como en su genética y contagiosa ignominia. Es uno de los monstruos por los que la maternidad queda maculada para siempre».

—¡Medea! —exclamó exultante la Reina Zabo tras cerrar el manuscrito—. ¡Todos mis autores tienen sangre divina, te lo digo!

Por supuesto, los dos hijos habían decidido llevar a los juzgados a su madre y a su editora. Era uno de los temas de nuestra rentrée. Por lo menos hasta que Loussa tomó la palabra:

—Sobre Medea, tengo novedades. Los hijos retiran su demanda.

—¿Se han reconciliado con mamá?

No, simplemente era que Loussa había convencido a las víctimas para que también ellos se hiciesen novelistas.

—¿Van a escribir sobre ella?

—Eso les aconsejé, sí. Pensé que en este asunto más valía ganar dinero que gastarlo.

—Bien pensado —admitió Émile Leclercq.

En la mirada que la Reina posó entonces sobre su viejo amigo cabía todo el amor del mundo.

—¡Mérmero* y Feres escribiendo sobre Medea! Está claro que eres un genio, Loussa. Acabas de llenar un gran vacío mitológico. ¡Por fin vamos a

entender a la madre infanticida!

En este tipo de circunstancias, la Reina jugaba alegremente con las palabras. Volvía a ser una niña pequeña. Aplaudía y brincaba sobre su butaca; sus manos neumáticas agarradas a aquellas agujas de hacer punto producían un chapoteo vivaracho, y sus enormes mejillas bamboleaban sobre su delgadez de palo.

Loussa intentó amansarla.

—El único inconveniente es que esos muchachos tienen de escritores lo que yo de astronauta.

La Reina encontró una solución ipso facto:

—¡Ningún problema, Malaussène les ayudará! ¿No, Malaussène? ¡Usted se encarga de ellos!

Una vez tratadas las cuestiones principales, había que pasar revista a los detalles, que cito de memoria: no meter a Electra y a Antígona en el mismo tren para el festival de Châlons-en-Champagne (por lo menos, no en el mismo coche), evitar que Ulises haga la ronda de las habitaciones en los hoteles del mismo festival, sugerir a Prometeo que no abra el pico en la reunión de los librereros («¡Dale a entender de una vez por todas que no es el único autor en el mundo, Malaussène!»), velar por que Harpagón se pague los gastos personales de su bolsillo y por que Baco no desvalije todos los minibares...

—¡Ah! Un último punto —concluyó la Reina Zabo, tendiéndome un manuscrito—. Tendría que leer esto, también. Lo antes posible, por favor.

Era *Su enorme culpa*, el manuscrito de Alceste.

Después del trabajo, Loussa me llevó a Charles-de-Gaulle en una camioneta de reparto. Iba a recoger a Señor Malaussène.

—¿Cómo va eso, pequeño idiota?

—Bien, Loussa, bien, contento de volver a ver a mi hijo. ¿Y tú, te has recuperado de tus imperiales vacaciones?

—Ya conoces a Isabelle, lectura, lectura y lectura. Cinco semanas de manuscritos. ¿Cómo ha ido con Alceste? ¿Se ha portado bien?

—Muy productivo. En mi bosque se aburría como una ostra, tenía prisa por salir de allí. La consigna era vigilarlo sin dirigirle la palabra. Ni una palabra, nadie. Mis amigos del Vercors lo llamaban la Máscara de Hierro.

—Me dicen los chinos que está bien tranquilo en su nuevo apartamento. Hace dos días que no se mueve de allí. Parece feliz de sobrevolar París. Y bueno, eso, que tienes que leer *Su enorme culpa*. Necesitamos tu opinión para publicarlo.

—¿Qué te preocupa?

No quiso decirme nada.

—Ya conoces la consigna, pequeño idiota, no influir nunca sobre el lector.

Conducía distraídamente, entregado por completo al placer de nuestro reencuentro. Un placer recíproco, que se renovaba cada año en septiembre desde hacía casi treinta. Volver a ver a Loussa me consolaba de dejar Vercors. El único inconveniente es que, a su edad, ya no conducía tan bien.

—Cuando veas a Coriolano, le dices que deje de tomarla con su familia.

—Pero, Loussa, ¿con qué argumentos?

—Él tenía la idea de que a sus primos les pasaría por alto la existencia de su libro porque no saben leer. Craso error: para el analfabeto, el libro es mucho más sagrado que para el lector. Para el que no sabe leer, todo cuanto está escrito está grabado en piedra. Es imborrable. Sé algo sobre eso, mi padre era analfabeto. Dile eso, a Coriolano, véndeselo como una circunstancia atenuante. ¿De dónde viene, Mosma, de Argentina o de Brasil? No me acuerdo.

Así era una conversación con Loussa. Hablaba como conducía, sin ánimo de continuidad.

—De Brasil, del nordeste, una región de grandes sequías. Era la estación de las lluvias pero no cayó ni una gota. Se ha pasado el verano en el sertão cavando pozos.

En Roissy, yo tenía los ojos clavados en la doble puerta de las llegadas cuando Mosma me abrazó por detrás.

—¡Hola, viejo!

Luego, me giró como a un trompo y me dio dos ruidosos besos.

—Estabas esperando en la puerta equivocada.

En caso de que el lector no haya seguido atentamente el desarrollo de este relato (nunca se sabe), le recuerdo que Señor Malaussène no volvía de ninguna parte, que nunca se había ido. Un verano rigurosamente parisino. Sin embargo, uno de mis recuerdos más nítidos de aquella tarde es la sensación de haber abrazado a un chico tostado por el sol, ardiente y bronceado, recién guisado por un desierto de piedras. Sus ojos reían en una cara de cerámica recocida.

Después de haberme martilleado la espalda con sus palmadas brasileñas, se abalanzó sobre Loussa con tal ímpetu que temí por la carcasa de mi viejo amigo.

—*Nî hâo* viejo negro chino, ha sido muy amable que vengas a recogernos, a mí y a mi media tonelada de equipaje. Pero pásame las llaves del buga, me da miedo verte conducir.

Es como si volviese a ver a Mosma instalándose con autoridad al volante después de haber llenado la camioneta de mochilas, poniéndonos en marcha en dirección a la Quincallería, Julius y yo detrás, entre los libros de la rentrée

y el equipaje, el morro de Julius apoyado sobre el hombro de Mosma, y Loussa en el asiento del copiloto, jugando a echar pestes contra la falta de respeto de la juventud, lo que precipitó a Mosma a uno de esos monólogos heredados de su tío Jérémy:

—¡Pero si es que ya pasó, eso del respeto a los mayores! ¡Los tiempos en que el respeto tenía que ver con lo de arriba, respeto a los antepasados, respeto a la bandera, a los valores de la República, al derecho al trabajo y al secreto de sumario! ¡Cosas del pasado! ¡El recuerdo del Frente Popular y del Mayo del 68, residuos de la Historia! ¡Hoy en día quienes merecen respeto son «los jóvenes»! ¡Nosotros y nada más que nosotros! ¿Acaso no pones la radio, de vez en cuando? El slam, el rap, ¿no te dicen nada? ¿No escucháis sus letras? ¡Ajustaos los sonotones, vejestorios, la juventud os habla!

Loussa siempre había animado esas peroratas de Mosma. En cuanto el orador se detenía, él lo reactivaba:

—Se considera joven, el muy pelmazo, pero habla como nuestros vevés más desgastados. El respeto que se les debe, desde hace más de veinte años, esa es la única idea que tienen en el tintero. A eso lo llaman la realidad, una confusión que nos resulta bien rentable.

Cada vez que Loussa lo acorralaba, Mosma echaba balones fuera.

—De todos modos, yo soy demasiado bueno para hablar con una niñera pasada de moda.

Alusión a la época, bastante lejana, en que Loussa se pasaba las noches contándole mi juventud. «¿Otra vez, Loussa, otra vez con las historietas de cuando papá era joven?»

Eran, como suele decirse, los buenos tiempos.

Uno de los buenos tiempos.

En fin, uno de los buenos momentos de aquellos tiempos.

Yo disfrutaba pasando las veladas con Mosma. Esa noche no iba a dormir

solo en la Quincallería. ¡Aleluya, el hijo había vuelto! A la mañana siguiente le prepararía su desayuno, un cóctel de semillas garantizadas pura salud que Julie y Gervaise habían puesto a punto durante su infancia y del que el chaval de la piel cobriza y los músculos de acero no se había cansado. Estaba exultante cuando abrí la puerta de la Quincallería. Tenía por delante una deliciosa regresión. Me reencontraba con la felicidad de ser padre. Mosma invitó a Loussa a que se uniese.

Loussa hizo como que se resistía:

—Ya no tienes edad para historias de ir a dormir, pequeño mentecato, ¿no vas a dejarme en paz?

Pero no nos resistimos al entusiasmo de Mosma y entramos los tres en la Quincallería.

Por supuesto, a esas horas tardías ya era de noche cerrada. Busqué a tientas, y cuando encendí la luz se creó un clamor que me hizo soltar el equipaje. Loussa estuvo a punto de desplomarse allí mismo. Estaban todos. Absolutamente todos los miembros de la tribu, desde el núcleo familiar hasta el círculo más lejano: estaban Clara, Thérèse, Louna, Jérémy, El Pequeño, Hadouch, Es Un Ángel, Maracuyá y Théo, pero también el capitán Titus (padrino de Maracuyá), el doctor Postel-Wagner (que trajo al mundo a Mosma), el profesor Berthold* (que practicó el aborto a Julie y asistió a Gervaise en su parto) y su enemigo íntimo el profesor Marty* (que salvó a Jérémy de las llamas y trajo a Es Un Ángel entre nosotros). Estaban también Mondine,* la mujer de Berthold, en pleno tejemaneje sandwichero con su vieja amiga Gervaise, la Rachida* de Hadouch preparando canapés con Thérèse mientras su hija Ophélie* desaparecía entre los brazos de Mosma (mira, eso es nuevo) y mientras Clara hacía las veces de fotógrafa mundana. La Reina Zabo había venido a encontrarse con Loussa. Solo faltaba Verdún, retrasada por el trabajo, como tantas veces.

Julius el Perro no sabía a quién restregarle su alegría.

En teoría, se trataba (e incluyo a mis más íntimos en la espantosa mentira elaborada minuciosamente por ese «en teoría») de una juerga organizada por el regreso de los exploradores. Después de todo, me explicó Jérémy mucho más tarde, esa pequeña fiesta hubiese tenido lugar de verdad si los chavales se hubiesen ido de verdad y regresado de verdad. «Tampoco hay tantas ocasiones para reunir a la tribu, Ben.»

Pero en este caso, era una fiesta coartada. Reunía a los que sabían y a los que no sabían. Yo formaba parte del segundo grupo. Los que sabían despistaban a los que no sabían, los cuales, llegado el caso, podrían de este modo atestiguar de absoluta buena fe que los exploradores habían regresado, ya que ellos mismos estaban presentes. Maracuyá y Es Un Ángel estaban tan bronceados como Mosma, los tres ocupados en repartir sus regalos. Así fue como me vi con un sombrero de cuero modelo cangaceiro en la cabeza y un charango entre las manos: un desdichado armadillo transformado en instrumento de cuerdas. Por poco lo suelto, hasta tal punto parecía estar vivo.

—No le tengas miedo, viejo, ese armadillo ya no es un animal, ahora es música. ¡En el sertón lo tocan muy bien!

Y, sorpresa entre las sorpresas, también estaban mamá y Julie.

—Paul se ha dado a la fuga —explicó nuestra madre—, por más que tratemos de evitarlo, es el rey de la evasión. Yo he aprovechado para darme un permiso especial y venir a recibir a los pequeños. Julie pasó a recogerme.

En realidad, Gervaise había avisado a Julie de la gravedad de la situación, y Julie se había puesto al volante para tomar parte en la mentira colectiva. De paso, había sacado a mamá de su jaula de viejos, de la que Paul, efectivamente, se había escapado; a dar una vuelta con su amigo Alois Alzheimer.

—Siempre vuelve —nos contó mamá—. La mayoría de las veces nos lo traen los gendarmes. En cuanto me llame por teléfono, vuelvo.

A Julie, como es obvio, le pregunté si Coudrier ya no la necesitaba.

—No, todo bien, su libro avanza a buen ritmo. Por cierto, te vimos muy bien, ayer, en la tele.

Yo tardé un rato en entender a qué se refería. Y me puse a balbucear que Ah, sí, mierda, había olvidado esa maldita entrevista. Entonces ¿visteis eso, Coudrier y tú? ¿Realmente sucedió? ¿Ayer? ¿En las noticias de la una? Joder,

qué imbécil que fui, Julie, perdóname, pero qué quieres, no pude aguantarme, ese presentador con su pinta de falso —¿cómo diantres se llamaba?—, la mayoría de los viajeros dispuestos a linchar a los raptos-farsantes, el cura aquel amenazando con la hoguera, todo muy medieval a pesar de esas pintas de rockero, las luces, el tejón en los morros —¡odio esos micros, es como si fuesen animales muertos, como este charango!—, las ganas de que me dejasen en paz, el caso es que exploté, qué quieres, ese presentador me ponía de los nervios, él y sus preguntas con vaselina, y además es que es cierto que estaba preocupado por esos pequeños idiotas idealistas que habían raptado a Lapietà, porque solo unos jóvenes pueden haber hecho semejante gilipollez, raptar a Lapietà, parir ese manifiesto republicano, transformar el paracaídas de oro en rescate, imaginar la escena en Notre Dame, solo unos jovencitos pueden haberlo hecho, ¿o no estás de acuerdo, Julie?, ¿te imaginas el marrón que van a comerse cuando los trinquen? Total, que me solté, qué quieres, respondí desde las entrañas, qué quieres que te diga, perdóname, Julie, en serio, soy un imbécil, yo...

—Déjalo, Benjamin, para. Gracias a ese tipo de imprevistos nunca me he aburrido contigo. ¿Desde cuándo hace falta pedir perdón por esas cosas, amor mío? Además, gracias a tu entrevista, Coudrier ha dado con su título. Estaba muy contento.

—¿Su título?

—El título de su ensayo sobre el error judicial. Va a llamarse *El caso Malaussène*.

Y, bueno, así pasó una buena parte de la noche. Mara, Sept y Mosma fueron por supuesto el alma de la fiesta. Respondían a todo tipo de preguntas. Cuando ahora pienso en cómo debía de mortificar a Mara la situación de Tuc,

reconozco que encajó todo aquello con heroísmo. Su supuesta actividad como veterinaria perdida en las selvas de Sumatra, como es lógico, cautivaron a todo el mundo, y ella no escatimaba en sus respuestas:

—¿Lo que he estado haciendo? Todo tipo de cosas. Formaba parte de una asociación vinculada con el zoológico local. Acogíamos y cuidábamos a los orangutanes afectados por la deforestación, alimenté a los más pequeños con biberón. También aprendí a atrapar serpientes, a medirlas, a sacarles el veneno, a practicarles inyecciones antiparasitarias subcutáneas... ¿Que qué más hice? Ah, sí, le curé la conjuntivitis a un tapir, le hice mecanoterapia a un buitre que se había roto el ala... Pero también limpié las jaulas, cargué con un montón de mierda, a fin de cuentas estaba de veterinaria en prácticas...

—Y luego perdimos nuestro buen tiempo hablando por Skype con el tío Ben —explicó Es Un Ángel—. No faltaba nunca a su cita diaria...

—Sí, y hay que decir que ha sabido manejarse bien, estaba siempre a la hora en punto. En este tema, estoy orgulloso de ti, viejo, ¿ves como no era para tanto...?

Etcétera.

Seguramente hubiésemos seguido así hasta el amanecer, de no ser porque, en cierto momento ya avanzado de la noche, la puerta de la Quincallería estalló. A ver, en realidad no explotó —es una imagen sonora—, pero es el ruido que hizo al abrirse ante el empuje de un ejército de polis armados, acorazados como armadillos, precisamente, que nos gritaron que la cerrásemos mientras nos ponían contra la pared y nos pedían los papeles. Otros, esta vez de paisano, iniciaban un registro caótico hasta decir basta. No me detendré en el estupor general, las protestas de los invitados (los aullidos del profesor Berthold, por ejemplo, en modo «Usted no sabe con quién está tratando»), y

todas esas escenas convencionales que uno no acierta a saber si son heredadas del cine o acaso lo alimentan. Como todo tiene un fin, la cuestión se tranquilizó una vez hechas las comprobaciones. Los polis se pusieron a esperar la continuación bailando entre un pie y el otro. A decir verdad, estaban un poco confundidos. La presencia de dos profesores de medicina archiconocidos, de un editor de renombre, del capitán Adrien Titus (mítico entre los suyos), y de Gervaise, hija del viejo Thian, directora de orfanato, no menos célebre por haber sido poli y religiosa en otros tiempos, los llevaba a pensar que les habían engañado con la mercancía. Todo gente de bien, allí dentro. Por no hablar de aquellos chiquillos ejemplares que volvían de misiones con tres ONG irreprochables, tal como atestiguaban sus pasaportes, sus contratos de trabajo y su bronceado. No, decididamente aquello no era ni un nido de gánsteres ni una guarida de revolucionarios, y no tenían más opciones de encontrar allí a Lapietà que de ser invitados algún día a una recepción tan chic.

Aunque todo iba a acabar mucho peor.

Por lo menos, para mí.

Una vez llevadas a cabo las comprobaciones correspondientes, un coloso de aire confuso entró a su vez en la Quincallería. Se acercó a mí y me hizo saber que estaba detenido.

Tan apenado, el muchacho, que enseguida lo reconocí. Era Carrega. La primera vez que me había visitado (aquí mismo, en la Quincallería, no me atrevo a contar las décadas), era inspector novato y ya pedía perdón por existir. Estaba investigando a un tipo que iba poniendo bombas y que practicaba su arte en la Tienda* donde yo hacía de chivo expiatorio. Ya entonces llevaba esa cazadora de aviador de cuello forrado que en su momento puso de moda la escuadrilla Normandie-Niemen. En la época, trabajaba bajo las órdenes del comisario de división Coudrier. Año tras año,

asunto Malaussène tras asunto Malaussène, se había convertido en una especie de amigo, incluso secretamente enamorado de Clara, diría yo. Todos lo conocíamos. Si aquella noche hubiese entrado en la Quincallería antes que la escuadra de los samuráis, probablemente habría sido acogido como un invitado. Había entrado en años y también en galones. La cazadora de aviador le quedaba un poco estrecha, tanto tiempo después, pero se había convertido en comisario de división y seguía siendo igual de tímido. Se miraba los pies mientras desgranaba los cargos de la acusación:

—Rapto y secuestro, apología del secuestro, incitación pública a la desobediencia civil.

Quiso precisar que el comando de uniforme no estaba bajo sus órdenes. Fuerzas especiales. A él lo había enviado la dirección general, el director Legendre en persona.

Atrozmente confuso, Carrega. Atropellado por el remordimiento.

—El director Legendre quiere interrogarle personalmente.

El resto era todavía más difícil de decir:

—Y, perdóneme, Benjamin, pero es necesario... es necesario que le ponga las esposas. Para él es imprescindible.

Por el rabillo del ojo, vi a Mosma dar un paso al frente, pero la mano de Julie lo paró en seco.

Lo que ha pasado nos falta y lo que dura nos cansa, he ahí el hombre. Llegar y permanecer es todo una misma cosa, he ahí su sueño. No conozco a Xavier Legendre, inspector general de la policía judicial, sino por haber satisfecho ese ideal.

Suceder al comisario de división Coudrier, su suegro, fue siempre el proyecto de su juventud. Una vez alcanzado ese fin, no había vuelto a desear nada con fervor. A no ser meterme en el talego para siempre. Coudrier me tenía por el parangón de la inocencia burlada. Pero Legendre no, él me consideraba culpable de todo desde siempre, e imposible de perdonar. Una vez ya consiguió encerrarme por unas semanas, pero eso no le había bastado. Lo que él quería para mí era la perpetua. Él mismo se iba macerando en una especie de eternidad. Su despacho no había cambiado un pelo desde nuestro último encuentro, que sin embargo no databa de ayer, precisamente; una oficina de cristal. Todo allí era transparente. Ventanales al pasillo y a la ciudad, luz halógena, moqueta blanca como la inocencia. Por oposición a la oficina Imperio de su suegro, por supuesto: luz confidencial, colgaduras verde oscuro jalonadas por abejas de oro, adornos de complejos jaspeados, diván Récamier, puerta acolchada y pesadas cortinas corridas sobre el mundo. La misma estancia, sin embargo, frecuentada sucesivamente por dos hombres: el hombre de tradición y la flecha de futuro. En mi casa, decía la decoración de Legendre, nada que esconder, las paredes son transparentes.

Había cambiado un poco. Había envejecido como un pequeño guisante, por esa cabeza suya, hoy totalmente arrugada, pero el traje seguía siendo tan

reluciente como de costumbre y el discurso igual de pulido.

Me recibió simulando un pesar furibundo:

—Quítele esas esposas, Carrega. Veamos, ¿qué ha pasado aquí?

Meneaba la cabeza como estupefacto.

—Tenga la bondad de excusar al comandante Carrega, señor Malaussène, el exceso de celo es una plaga en este oficio.

Luego, a Carrega, tan desconcertado que ni las llaves encontraba:

—Bueno, qué, ¿lo libera sí o no?

Y de nuevo a mí, como en una confidencia entre colegas:

—Qué le parece, quieren ascender... La ambición es el talón de Aquiles de la competencia.

Juro por lo que más quiero que es, casi al dedillo, lo que dijo Legendre al recibirme. Es decir, el ambiente de trabajo que hacía reinar en su immaculado escondrijo. Por poco no me pongo a consolar a Carrega.

Cuando el pobre desgraciado me quitó por fin las esposas, privé a Legendre del placer de ver cómo me frotaba las muñecas. Es un acto reflejo, en efecto; pero no cedí.

—Siéntese, señor Malaussène, se lo ruego.

También las butacas eran transparentes, tuve que buscar la mía antes de sentarme. Y allí estábamos, sentados uno frente al otro como dos imágenes en suspensión, separadas por un escritorio igualmente invisible sobre el que flotaba uno de esos ordenadores diseñados para surcar el cosmos.

—Empecemos por el principio, si le parece, señor Malaussène. Los motivos de su detención, ¿le parecen justificados?

Quería que asintiese. Quería que quedase claro lo que une al poli con el caco. Según Titus, ese era su papel preferido, el policía pedagogo. En fin, corregía Silistri (oye, ¿dónde estaba, Joseph? No lo vi en la fiesta...), la pedagogía no le alcanzaba para explicarnos cómo pagaba su colección de

trajes.

De hecho, el halo que creaba la seda alrededor de Legendre lo instalaba muy por encima de su condición.

Ahora mismo me sonreía con franqueza:

—Apología del secuestro, ¿no?

¿Qué responder a eso? Estaba clarísimo que también él había visto la maldita entrevista. Hasta puedo describir su alegría cuando me escuchó soltar aquella sarta de gilipolleces en el puto tren. Los ojos se le salieron de las órbitas, saltó de su butaca, se partió de risa revolcándose por el suelo y gritando «lo tengo, lo tengo, lo tengo», dio la vuelta diez veces a su despacho corriendo sobre sus paredes de cristal, se dejó caer completamente sofocado en su butaca de dirección y firmó Tex Avery. Todavía se estremecía de placer:

—Eso es a lo que se entregó usted en aquella entrevista, en compañía del abad Courson de Loir, ¿no es cierto? ¡Apología del rapto y del secuestro!

Sin darme tiempo para responder, añadió:

—E incitación a la desobediencia civil.

—...

—¿No es cierto?

Como vio que lo estaba rumiando, quiso echarme una mano:

—Veamos, señor Malaussène, declarar públicamente que los autores de ese manifiesto... y cito de memoria... «atestiguan un grado de conciencia social del todo ajeno a nuestras élites políticas», ¿no es ponerlos como un ejemplo? ¿E incitar a la juventud a que siga ese ejemplo? Es decir, a extorsionar al capitalismo secuestrando a los empresarios.

—...

—A mí, por lo menos, el mensaje me ha parecido claro como el agua, lo mismo que a mis subordinados. Y absolutamente desafortunado teniendo en

cuenta cómo está el ambiente, ¿no le parece?

Aquí, una pausa, bastante larga, para darme tiempo de reflexionar al respecto.

Luego, me preguntó:

—¿Lo conoce desde hace mucho?

¿A quién?

Es la pregunta que debió de leerme en la mirada, porque precisó:

—Al Abad.

No, nunca lo había visto, fue la primera vez.

—No, nunca lo había visto, fue la primera vez.

El suspiro de Legendre sugirió que no teníamos tiempo que perder.

—Permita que lo ponga en duda, señor Malaussène. Si tengo que creer en esta foto...

El ordenador, que giró perezosamente hacia mí, mostraba al Abad posando su mano sobre mi antebrazo, y sí, la verdad es que sí —azares de la fotografía de prensa—, viendo la expresión amistosa del sacerdote y mi pinta de estar riendo por lo bajo con la mano en los ojos, cualquiera hubiese jurado que éramos primos hermanos o viejos compañeros del seminario. Si había que creer en esa foto, sí, lo nuestro no era cosa de ayer.

—Ahora una pregunta seria, señor Malaussène.

(Ah, vale, porque lo de antes era cosa de broma, ¿no?)

—¿Por qué disuadió al Abad de que aceptase el cheque del paracaídas de oro en el atrio de Notre Dame?

¿Qué?

¿Perdón?

¿Qué es lo que he hecho ahora...?

—Esto es muy serio, señor Malaussène.

Y me explicó hasta qué punto era grave. Hasta esa entrevista, estaba

perfectamente establecido que el Abad aceptase la entrega del paracaídas de Lapietà a la salida de la primera misa. Luego, después de nuestro viaje juntos, después de mis calamitosas declaraciones sobre los méritos de los secuestradores, el Abad cambió de opinión de forma repentina y renunció a tocar el rescate. ¿Qué explicación podía dar a ese giro... cuyas consecuencias son simplemente incalculables, señor Malaussène?

—...

—Le escucho.

Yo apenas sabía de qué me estaba hablando. No había seguido la actualidad del domingo. Había preparado mi rentrée literaria del día siguiente, tan contento por ir a recoger a Mosma después del trabajo. Así que la actualidad... Una vez más no sabía nada de nada, y estaba a punto de pagar mi ignorancia bien cara. De hecho, veía cumplirse la profecía de Alceste: «No es a mí a quien usted evita, Malaussène, ¡es a la realidad! Pero le atraparé, ¡lo que yo le diga! ¡No ha terminado con usted, la realidad!».

Dicho y hecho.

La realidad me había metido en una bola de cristal en que el inspector general de la policía judicial leía mi pasado y predecía mi futuro.

—Sobre eso, voy a necesitar explicaciones precisas, señor Malaussène.

Trató de resultar conciliador.

—No necesariamente esta tarde, tenemos tiempo. Puede que mañana, tal vez pasado mañana, si necesita usted reflexionar sobre la cuestión. Si es menester, podemos prolongar su detención provisional.

Ahí está.

—Más teniendo en cuenta...

¿Más teniendo en cuenta qué?

—Más teniendo en cuenta que también habrá que considerar el tercer cargo de la acusación.

¿A saber?

—Rapto y secuestro.

Bueno. Eso tampoco me afectó tanto. Cuadraba con la lógica de sus deducciones. Ese imbécil iba a anunciarme que yo tenía retenido a Lapietà y que él iba a liberarlo. Tras lo cual, ¡Malaussène al talego a perpetuidad, Lapietà debiéndole un favor para siempre, y viva la jubilación bien trabajada!

—¿De dónde venía usted el sábado por la tarde?

Venía de Valence, él lo sabía perfectamente.

—Tomó usted el tren en Valence, cierto, pero ¿de dónde venía?

¿Cómo que de dónde venía? De mi lugar habitual de vacaciones, como un cierto número de franceses en esa misma fecha.

—Del Vercors ¿no? La gendarmería de La Chapelle me lo ha confirmado.

Legendre era ese tipo de poli que no interroga sino para ayudarse a deducir. El viejo Coudrier tenía razón en ese aspecto, era una máquina de tejer coherencia. No dejaba nada al azar. El rey del expediente bien atado. En su cara discretamente satisfecha, vi que iba a hacerme una demostración al respecto.

—¿Sabe que no se habla más que de usted, allá arriba, en estos momentos?

Pues claro, en eso confío en mis amigos. El invierno es largo sobre la meseta, y no hay tantos temas de conversación. Uno tiene que hacerlos durar, como pasa con los bombones.

—Su partida ha dejado un famoso interrogante.

Mira tú.

Era de noche alrededor de nuestra jaula luminosa. París dormía en su centelleo de luz. Fugazmente, volví a vernos, a Julie, a Julius y a mí, sentados en nuestro banco, a la puerta de Les Rochas.

Con las estrellas y nada más.

¿Por qué volví a bajar?

¿Qué he hecho de esas noches magníficamente nocturnas?

Es una de esas infidelidades que acabas pagando muy caras.

—La Máscara de Hierro, señor Malaussène, ¿eso le dice algo?

—...

—¿Y el Conde de Montecristo?

—...

—Señor Malaussène, ¿podría decirme a quién tenía usted detenido en aquella cabaña perdida del bosque de Vassieux?

¡Lapietà, pues claro! ¡Has dado en la diana, Legendre! ¡A Georges Lapietà! ¿Ya te han dicho que eres el mejor?

—Esa es en todo caso la pregunta que se hace la gendarmería local.

Cansancio, de repente. Enorme cansancio.

—Y a la cual la población se niega a responder. Sus amigos son fieles, señor Malaussène, pero eso podría salirles caro...

No responden porque no lo saben, buen hombre. No lo saben porque la consigna de la Reina Zabo exigía una discreción absoluta. ¡Oh! Dios mío, espero que no les rompan las piernas a Robert, Dédé, Mick, Roger, Yves y los otros... ¡No me digas que este cretino se cree que hemos escondido a Lapietà en la cabaña a Dédé!

—Una certeza, señor Malaussène: no era Georges Lapietà. Los recolectores de setas lo habrían reconocido. Pero ¿quién era? ¿Y por qué desapareció de la noche a la mañana?

Iba a responderle cuando le sonó el móvil.

—Disculpe.

Eché una ojeada rápida.

—No es nada. La familia. Le escucho.

Pobre familia... A punto estaba de contarle la historia de Alceste, cuando sonó el aviso de un SMS. Él volvió a coger el móvil, leyó el mensaje y,

mientras empalidecía —eso me pareció—, le volvió a sonar el móvil. Esta vez, respondió.

No supe hasta más tarde, una vez liberado, quién era su interlocutor y cuál había sido el contenido de su conversación.

Julie había llamado a Coudrier.

Coudrier se había tomado unos minutos de reflexión, había hecho algunas llamadas telefónicas, luego había llamado a su yerno.

Al leer en la pantalla el nombre de su suegro, Legendre no se había dignado responder. Pero Coudrier tenía un SMS en reserva. «Mi querido Xavier, si no descuelgas a mi segunda llamada, vas a figurar en mi libro en calidad de rey de los cretinos, con nombre y apellido y con pruebas irrefutables.»

Legendre descolgó a la segunda llamada.

COUDRIER: Te estás poniendo en ridículo, querido yerno.

LEGENBRE: Por favor, estoy en pleno interrogatorio.

COUDRIER: Con Malaussène, lo sé.

LEGENBRE: ...

COUDRIER: Veamos, deja que adivine: has visto, como yo, la entrevista televisada de Malaussène. En lugar de pensar, como hice yo, que esa apología de lo juvenil es exasperante, en lugar de clasificar, como hice yo, a ese bocazas en la categoría de los Don Quijote de andar por casa (que es lo que siempre fue, dicho sea de paso, y no es algo que se arregle con la edad), vas y piensas de buenas a primeras que está metido en el asunto Lapietà, ¿no es cierto?

LEGENBRE: ...

COUDRIER: ¿Sí o no, querido yerno? ¿Me equivoco? Tal vez también te has

dicho que estaba conchabado con el Abad, que había convencido al Abad de que no aceptase el rescate el domingo por la mañana, ese tipo de certezas, ¿no es cierto?

LEGENBRE: Escuche...

COUDRIER: No, quien escucha eres tú. ¡Y no me interrumpas a menos que me equivoque!

LEGENBRE: ...

COUDRIER: Bien. Siguiendo tus sagaces reflexiones, has investigado en el Vercors, has caído sobre la historia de una cabaña misteriosamente ocupada y estrechamente vigilada (eso es lo que acaban de confirmarme los gendarmes de La Chapelle).

LEGENBRE: ...

COUDRIER: ¿Quieres que te diga quién se escondía en ese bosque del Vercors, Xavier, y por qué razón?

LEGENBRE: ...

COUDRIER: Malaussène no solo no conoce al Abad (un viejo amigo al que acabo de despertar en mitad de la noche por culpa tuya), sino que, mira tú, no ha secuestrado a nadie. Muy al contrario, lo que hacía en esa cabaña era proteger a alguien. A un escritor al que ya intentaron asesinar una vez. En resumidas cuentas, estaba haciendo su trabajo. ¿Quieres conocer el nombre de ese escritor? Seguramente te gustará, es de los que se quejan de su suegro...

LEGENBRE: ...

COUDRIER: Venga, Xavier, voy a decírtelo. No tendrás más que verificarlo.

Desde lo alto de mi vigésimo tercer piso, me despierto por fin sobre el mapa de Turgot. Gracias, Malaussène. Mis persianas se abren a un París cuyas ventanas puedo contar. Una ciudad entera abarcada de un solo vistazo, de lo más cercano a lo más lejano. Siempre he tenido vista corta y vista larga. Veo limpiamente desde el centímetro al infinito. El insecto aquí, sobre el canto de mi ventana, y allá, el Arco del Triunfo, tienen ante mis ojos el mismo estatuto literario. Me siento capaz de escribir con la misma seriedad sobre esto que sobre aquello. Cubrir toda la profundidad del campo con la misma lucidez, he ahí mi objetivo. Con tal de que esto sea esto, esta mariquita y no otra (¿qué está haciendo aquí, tan alto?), y aquello sea aquello, aquel arco del triunfo y no otro. Si yo fuese dibujante, tendría un solo y mismo espesor de trazo, tanto para lo cercano como para lo lejano. Acabaría con la jerarquía de la perspectiva. Allí donde la inmensa mayoría ensancha la raya del primer plano y disminuye, hasta llegar al cabello de ángel, las fronteras más lejanas, yo, en cambio, yo predico la misma raya para todo. Es decir, la misma *presencia* de todo. Estamos donde estamos, por muy lejos que nos lleven nuestra mirada, nuestra memoria y nuestros conocimientos. Mi país y mi tiempo no me ofrecen más que una literatura de miopes o de prébites. En cambio yo, lo que yo quiero es cubrir todo el campo de mi vida y de mi época. He ahí lo que me ha tocado, he ahí lo que debo escribir, por muy lejos que eso me lleve en el espacio, en el tiempo y, desgraciadamente –cuando la incontrollable sucesión de los acontecimientos lo decida–, por muy novelesco[3] que pueda parecer.

Me mintieron cuenta exactamente lo que fue mi infancia, *Su enorme culpa* examina sus espantosas causas con la misma precisión. ¿Acaso preferiría yo vivir otra cosa para tener que escribir otra cosa? En materia de escritura, la pregunta sobre las preferencias nunca llega a hacerse. La única pregunta es: ¿tendrá mi editor el valor de publicar *Su enorme culpa*?

Continuará...



DP

DIRECTORIO

ALCESTE: Novelista publicado por Ediciones del Talión. Último título aparecido: *Me mintieron*. Próximamente: *Su enorme culpa*. (Véase Fontana.)

ARÈNES, Pierre: Amigo del autor hoy desaparecido. Ningún instituto lleva el nombre de este genial profesor.

Ariana: Ariana MATASSA, esposa de Georges Lapietà.

Azar: El azar interviene tan a menudo en la saga Malaussène que merece ser tratado como un personaje en sí mismo. «Imaginad a un hombre, inclinado sobre la borda de un transatlántico, las manos cruzadas por encima del océano Pacífico. De repente siente frío, estornuda, y se le caen al agua los gemelos. Los valiosísimos diamantes que un abuelo lejano le legó se hunden así hacia un fondo de doce mil metros. Seis meses más tarde, el mismo hombre entra en un restaurante especializado en pescado, pide un pez de alta mar, le abre el vientre y... Sorpresa: los gemelos no están allí.» Y Nabokov, cuando contaba esta historia que aquí cito muy de memoria, concluía: «Es lo que más aprecio del azar».

BALESTRO, Jacques: Agente deportivo.

Baptiste: Mathieu, Pascal, Adrien son los hermanos jugadores de rugby de Alceste. Solo Baptiste juega al fútbol en esta hermandad consagrada al balón ovalado. (Véase Fontana.)

Belleville: Barrio del este parisino que protege a la tribu Malaussène. Es un planeta en miniatura. La Geografía reducida por la Historia a las dimensiones

de un pañuelo.

BÉNÉDICTE: Primera novia de Alceste. Culpable de haberle leído en voz alta las aventuras de Malaussène.

Benjamin o Ben: Véase Malaussène.

BERNHARD, Thomas: Novelista austríaco de muy mal humor a causa de la lucidez.

BERTHOLD: Cirujano genial y cretino atronador. No olvidar llamarle «profesor».

BERTHOLET: Inspector de policía de métodos discutibles y poco eficaces. Lo que según parece no le ha impedido acabar de comisario de división.

Bo: Guardaespaldas chino de Alceste.

CARDINALE, Claudia: Actriz. Ved *El gatopardo* de Visconti, *Érase una vez en el Oeste* de Sergio Leone. Así es como Georges Lapietà ve a su mujer.

CARREGA: Inspector de policía, lacónico y tímido, vestido tanto en verano como en invierno con una de esas cazadoras de cuero con el cuello forrado que, en su momento, puso de moda la escuadrilla Normandie-Niemen. Reaparece aquí como comisario de división.

Casa Grande (La) o Casa (La): Muelle de los Orfebres. Dirección general de la policía judicial de la Prefectura de policía de París. Muelle de los Orfebres, 36, París, 75001.

Chivo expiatorio: Todos necesitamos a un culpable para sentirnos inocentes, a riesgo de adorarlo después de ejecutarlo. La función de chivo expiatorio llega a nosotros desde la noche de los tiempos y parece tener un largo futuro. (Véase René Girard, *El chivo expiatorio*, Argumentos, Anagrama.) En su juventud, Benjamin Malaussène fue chivo expiatorio profesional: asalariado para cargar con la culpa de otros. Llegado el caso, todavía ejerce.

Clara: Hija de su madre y de padre desconocido. Fotografía el mundo tal

como es y comoquiera que sea. Hermana preferida de Benjamin, sin duda porque la ayudó a nacer con sus propias manos, estando la comadrona indispuesta por éter y habiendo los médicos desertado del hospital. (Hadouch estaba allí, puede dar testimonio.) Véase *La felicidad de los ogros*.

Clarence: Padre de Es Un Ángel. Único amor de Clara a pesar de ser director de prisión.

Coriolano: Personaje de Shakespeare, célebre por sus malas pulgas. Apodo que la Reina Zabo le pone a Tony Schmider, uno de sus autores.

CORRENÇON: Pequeño pueblo del Vercors que dio su nombre al gobernador Corrençon, y a su hija Julie.

CORRENÇON, Jacques-Émile: Padre de Julie Corrençon, quien es a su vez compañera de Malaussène. Antiguo gobernador colonial. Militante infatigable de la descolonización.

COUDRIER: Comisario de división encargado de todos los asuntos en que se halla implicado Malaussène, hasta que se retira en *El señor Malaussène* y es reemplazado por su yerno, el comisario Legendre.

Dédé: Amigo del autor, nacido en el Vercors. A menudo le presta su cabaña en el bosque para escribir cuando su propia casa está llena. Cabaña en que Malaussène esconde a Alceste en esta novela. Dédé, Lulu, René, Yves, Mick, Roger, Robert y otros amigos del autor, nacidos en el Vercors, crecieron con Julie Corrençon.

El Pequeño: Hermano de Benjamin e hijo de su madre. Su padre no es tan desconocido como parece si se cree lo dicho en la novela titulada *Entre moros y cristianos*.

Es Un Ángel (llamado Sept): Sobrino de Benjamin. Hijo de Clara Malaussène y de Clarence de Saint-Hiver. Nacido en *La pequeña vendedora de prosa*.

Faustine: Véase Fontana.

FONTANA: Apellido de Alceste. Hay diez Fontana. Los padres: Tobias y Mélimé. Los chicos: Mathieu, Pascal, Adrien y Baptiste. Las chicas: Marguerite, Geneviève y Faustine. Y el décimo, Alceste, de quien, según parece, el autor no conoce el nombre.

Gecko (El): Hermano atento de Ariana Matassa. Practica la escalada para «ver el mundo de más cerca». Acabó por penetrarlo: atracador.

Gervaise: Amiga de Benjamin Malaussène y de los policías Titus y Silistri. Hija de la gran Janine y del inspector Van Thian. Madre de Mosma (con Julie Corrençon; es un poco complicado explicarlo aquí). Antigua religiosa especializada en la prostitución ocasional, arrepentida o no. Antigua inspectora de policía, también. Aquí, directora del orfanato Los Frutos de la Pasión.

GONZALÈS, William J.: Administrador del grupo LAVA.

Hada Carabina (El): Cuento, más o menos inspirado en la realidad, que el inspector Van Thian les contaba por la noche a los niños de la tribu Malaussène.

Hadouch: Amigo de infancia de Benjamin. Hadouch, Mo el Mossi y Simon el Cabileño velan por la tribu Malaussène.

Hélène: Profesora de filosofía, exesposa del inspector Silistri.

Isabelle: Nombre de la Reina Zabo, dueña de Ediciones del Talión. Solo Malaussène la llama la Reina Zabo y le otorga Majestad.

Jérémy: Hermano de Benjamin e hijo de su madre. Padre desconocido. Bautiza a todos los recién nacidos de la tribu y apoda a otros personajes. Le debemos los nombres y los diminutivos de Verdún, Es Un Ángel (Sept), Señor Malaussène (Mosma), Maracuyá (Mara) y Julius el Perro.

Ju: Guardaespaldas chino de Alceste.

Julie: Periodista y novia de Benjamin Malaussène. Hija del gobernador colonial Corrençon y de Mélina Mélini. Nacida en la granja familiar del

Vercors, Les Rochas.

Julius el Perro: Perro de Malaussène. Mil razas, de olor constante, temperamento independiente pero fidelidad a toda prueba. ¿Cómo puede el mismo perro frecuentar la misma saga durante más de un cuarto de siglo? La respuesta está en *El caso Malaussène*.

KLEIN, Benoît: Comisario de división de la brigada financiera.

LAPIETÀ, Georges: Hombre de negocios, antiguo ministro, consultor para el grupo LAVA.

LAVA: Consorcio a nivel europeo especializado en el abastecimiento de agua potable y el tratamiento de aguas residuales.

LEGENDRE, Xavier: Comisario de policía, yerno del comisario de división Coudrier. Acaba aquí su carrera como inspector general de la policía judicial.

LEONE, Sergio: Cineasta. *Érase una vez en el Oeste, Por un puñado de dólares, El bueno, el feo y el malo*, etcétera.

Liouchka: Criada de la pareja Lapietà.

Louna: Hija de su madre y de padre desconocido. Hermana de Benjamin. Enfermera.

Loussa de Casamance: Empleado en Ediciones del Talión. Senegalés originario de Casamance, especialista en literatura china. Viejo amigo de Malaussène. Muy allegado a la Reina Zabo.

Malaussène: Pequeño pueblo cerca de Niza donde el comisario de división Coudrier se ha retirado. No confundir con otro pueblo, Malaucène, situado a los pies del monte Ventoux.

MALAUSSÈNE, Benjamin: Hijo de su madre y de padre desconocido. Hijo mayor de la tribu Malaussène. Se autodenomina «hermano de familia». Primero, inspector técnico en la Tienda (*La felicidad de los ogros*); luego, director literario en Ediciones del Talión. En realidad, chivo expiatorio profesional.

Mamá: Madre de la tribu Malaussène. Siete hijos, todos ellos de padres desconocidos: Benjamin, Louna, Thérèse, Clara, Jérémy, El Pequeño y Verdún. Nunca se les ha escuchado llamarla de ningún otro modo que mamá. El autor ignora pues su nombre.

Manin: Oficial de policía de futuro prometedor, si no muere prematuramente en el campo del honor.

Maracuyá (llamada Mara): Sobrina de Benjamin Malaussène e hija de Thérèse, nacida en *Los frutos de la pasión*. (Thérèse se negó durante mucho tiempo a desvelar la identidad del padre.)

Marty: Amigo del autor y médico de la familia Malaussène. Le debemos el parto de Es Un Ángel en *La pequeña vendedora de prosa*.

Mathieu: Véase Fontana.

MÉNESTRIER, Paul: Administrador del grupo LAVA.

Mérmero y Feres: Hijos desgraciados de Jasón y de Medea.

Mick: Amigo, nacido en el Vercors, de Benjamin y del autor. Autor, asimismo, de un cómic sobre el ataque nazi de finales de julio del 44 y sobre la matanza de la que fueron víctimas los habitantes del Vercors.

Mo el Mossi: Lugarteniente de Hadouch Ben Tayeb. Inseparable de Simon el Cabileño. Los tres, protectores de la tribu Malaussène.

Mondine: Vieja amiga de Gervaise. Se casa con el profesor Berthold en *El señor Malaussène*.

MOULLET (Patrice): Compositor y creador de instrumentos de música. En especial, del OMNI aquí descrito.

Ophélie: Hija de Rachida Kader y de Hadouch Ben Tayeb.

Palomo (El): Apodo que sus propios hombres le pusieron a Xavier Legendre.

PASTOR, Jean-Baptiste: Inspector de policía en *El hada Carabina*. Favorito del comisario de división Coudrier. Se asocia con el inspector Van Thian y

practica un método de interrogatorio infalible. No dejó a mamá indiferente.

PECKINPAH, Sam: Cineasta —*Grupo salvaje, Perros de paja, Quiero la cabeza de Alfredo García*— que no hacía precisamente cosas cursis.

POSTEL-WAGNER: Médico forense que trabaja también con los vivos. Amigo del autor, de Malaussène y de Gervaise Van Thian. Postel-Wagner trae al mundo a Señor Malaussène (Mosma) en la novela epónima.

Quincallería (La): La tribu Malaussène vive desde siempre en una antigua quincallería, en París, calle Folie-Regnault, en el distrito XI.

Rachida: Amiga de Benjamin Malaussène, enamorada de Hadouch Ben Tayeb. Entre los dos hicieron a Ophélie.

RITZMAN, Valentin: Administrador del grupo LAVA.

Robert: Amigo de Malaussène y del autor, nacido en el Vercors, compañero de infancia de Julie Corrençon.

Rochas (Les): Casa familiar del gobernador y de Julie Corrençon. Es una vieja granja, asediada por malvas reales, en algún lugar en el macizo del Vercors.

Sébastien: Enfermero del doctor Postel-Wagner. Enfermero en la vida real, también.

Señor Malaussène (llamado Mosma): Hijo de Benjamin Malaussène, de Julie Corrençon y de Gervaise Van Thian. Nacido en *El señor Malaussène*.

SILISTRI, Joseph: Comisario de división llegado de las islas. Forma equipo con el capitán Titus. Ambos compañeros de lucha de Gervaise Van Thian en *El señor Malaussène*.

Simon el Cabileño: Lugarteniente de Hadouch Ben Tayeb. Inseparable de Mo el Mossi. El viento del Profeta sopla entre sus incisivos.

Talión (Ediciones del): Editorial fundada por Talleyrand y dirigida por la Reina Zabo. Desde principios del siglo XXI, Ediciones del Talión se ha especializado en la publicación de los autores de la verdad verdadera.

TALVERN, jueza: Hermana de Benjamin (Verdún), esposa de Ludovic Talvern y jueza de instrucción en el caso Lapietà.

TALVERN, Ludovic: Panadero. Marido de la jueza Talvern, de quien fue profesor de derecho del deporte.

Tanita: Sombrerera de las islas. Esposa del inspector Adrien Titus; su crema, su corazón, su lamparilla, su piltra, su anona, su hermoso madrás, su guitarra, sus glándulas, su trocito de chocolate, su tecito, su vida, su vida, su vida... Estas son palabras del propio capitán Adrien Titus.

Théo: Amigo de los Malaussène. Los niños de la tribu lo consideran una especie de tío y Maracuyá, una especie de padre. Responsable de la sección bricolaje en el sótano de la Tienda. Prefiere los hombres a las mujeres, pero solo en temas de libido.

Thérèse: Hermana de Benjamin e hija de su madre. (Padre desconocido.) De adolescente practicaba la adivinación en todas sus formas. Aquí, se contenta con ser la madre de Maracuyá.

Tienda (La): Primer lugar de trabajo en que Benjamin Malaussène ejerció su oficio de chivo expiatorio (*La felicidad de los ogros*).

TITUS (Adrien): Poli de origen tártaro. Capitán. Forma equipo con el comisario de división Silistri y la jueza Talvern.

Tobias y Mélimé: Padres adoptivos de Alceste. (Véase Fontana.)

Tuc: Hijo único de Georges Lapietà y Ariana Matassa. Tuc es su apodo. De momento ignoramos su nombre.

Turgot (El mapa de): Mapa de París encargado hacia 1735 por Michel-Étienne Turgot, preboste de los mercaderes, a Louis Bretez. Es un plano isométrico: todas las casas figuran representadas en las mismas proporciones.

VAN THIAN: Inspector de policía franco-vietnamita y canguro de Verdún Malaussène en *El hada Carabina* y *La pequeña vendedora de prosa*. Medio tonquinés medio francés. La voz de Jean Gabin en un cuerpo de frágil ramita.

Hijo de Louise y de Thian de Monkai. Padre adoptivo de Gervaise, colega y amigo del inspector Pastor, con quien trabajó bajo las órdenes del comisario de división Coudrier.

VERCEL, André: Administrador del grupo LAVA.

Vercors: Macizo de los Prealpes del norte. Lugar de la Resistencia. El gobernador Corrençon y su hija Julie poseen allí una granja familiar, Les Rochas. El autor cuenta allí con un gran número de amigos de los que se despide con pesar al terminar cada verano.

Verdún: Hermana de Benjamin (la más joven) e hija de su madre. Padre desconocido. Nacida aullando en *El hada Carabina*. Jérémy le puso el apodo de Verdún, como la batalla del mismo nombre. Véase Talvern, jueza.

Zabo (llamada la Reina Zabo): Directora de Ediciones del Talión, jefa de Benjamin Malaussène.

AGRADECIMIENTOS

A France Boëry, Florence Cestac, Fanchon Delfosse, Fabio Gambaro, Pierre Gestède, Jean-Marie Laclavetine, Véronique la Normanda, Patricia Moyersœn, Laurent Natrella, Alice Pennacchioni, Alexandre y Jean-Philippe Postel, Laure Pourageaud, Rolf Püls, Vincent Schneegans y a todos aquellos que olvido.

¡Orejas incansables y sabios consejos, gracias!

Después de casi dos décadas, regresa Benjamin Malaussène, el carismático héroe de Daniel Pennac. A pesar de haber envejecido, este escéptico y bonachón alter ego del autor se encuentra en plenitud de facultades y vuelve bien arropado por los célebres miembros de la estrambótica «tribu» Malaussène, así como por un nuevo coro de personajes que se incorporan a la legendaria saga



La noticia del secuestro de un empresario llamado George Lapietà incendia las redes sociales y deja desconsolada a su explosiva viuda. Este suceso es el punto de partida de una rocambolesca investigación policial que sirve de excusa para una alocada sátira social y política. Pennac evidencia los males y las paradojas de un mundo en el que la policía y la justicia, que deberían ir de la mano, se obstaculizan constantemente, o en el que una sabia editora ha de proteger a un polémico escritor que defiende a ultranza «la verdad verdadera», en un tiempo regido por la corrupción, la mentira y el doble juego.

El caso Malaussène es, como bien dice L'Obs, «un arma de destrucción cómica contra la estupidez y el individualismo», que llega para desafiar, deleitar y hacer reír a una nueva generación de lectores y a los ya incondicionales admiradores del que es sin duda uno de los más grandes escritores contemporáneos de las letras francesas y europeas.

«La época ha cambiado, la literatura también, pero la inventiva de

Daniel Pennac permanece intacta»

Le Magazine Littéraire

«Retomando los ingredientes que habían hecho de la saga Malaussène un éxito –humor desbordante, espíritu ácrata, peripecias rocambolescas–, Daniel Pennac añade al libro una pizca de melancolía»

JULIEN BISSON, *Lire*

«En una época deprimente, Pennac defiende lo rocambolesco y la imaginación desatada»

Le Point

«Merece la pena entrar en el mundo de Pennac. Sus tramas son deliciosamente complicadas, su sentido del humor es vivaz, sus transiciones asemejan una montaña rusa»

The Washington Post

«Pennac, su mundo literario, su prosa, su música: algo bastante más que brillante, inolvidable»

MIGUEL SÁNCHEZ OSTIZ, *ABC Cultural*

«Aventuras llenas de humor, algo de intriga y muchas emociones»

MERCÈ BELTRÁN, *La Vanguardia*

«Lo importante es el retrato que hace de un mundo injusto y asqueroso en el que sus personajes nos invitan a reencontrar un rincón para la felicidad y la esperanza y la justicia»

ROSA MORA, *El País*

Daniel Pennac nació en Casablanca, Marruecos, en 1944. Hijo de un militar francés, después de una infancia transcurrida en varios países de África y del sudeste asiático, se licenció y comenzó a trabajar como profesor de lengua y literatura en un liceo parisino. Sus primeras incursiones en la escritura se produjeron en la literatura infantil, pero su gran éxito fue *Como una novela* (Anagrama, 1994), un apasionado himno a la lectura sin complejos. Finalmente, a raíz de la popularidad que alcanzó la saga Malaussène, dejó la enseñanza para dedicarse a la literatura. La saga Malaussène incluye los títulos: *La felicidad de los ogros*, *El hada carabina*, *La pequeña vendedora de prosa*, *El señor Malaussène*, *Entre moros y cristianos* y *Los frutos de la pasión*. En 2007 obtuvo el prestigioso premio Renaudot con *Mal de escuela* (Literatura Random House, 2008), obra que en España obtuvo un gran éxito de crítica y ventas. En 2011 Literatura Random House publicó *Señores niños*, y en 2012, *Diario de un cuerpo*. En 2018 Daniel Pennac publica el primer volumen de *El caso Malaussène*, con el que retoma su célebre saga.

Título original: *Le Cas Malaussène 1: Ils m'ont menti*

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2017, Éditions Gallimard y Daniel Pennac

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Robert Juan-Cantavella, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Ilustración de la portada: © Carla Fuentes

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3448-2

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

[1] –Esta pequeña aventura, ¿cambia nuestras tarifas?

–Hubiésemos preferido que no nos vieses.

–De pronto, es un poco más caro.

–Un poco mucho.

[2] «Kalash» es el apócope de Kaláshnikov, el célebre fusil. *Keuf* significa «madero», policía en argot. En francés, el nombre del grupo juega con ambas palabras. (*N. del T.*)

[3] A propósito de novelesco, un policía con cazadora de cuero y cuello forrado ha venido esta noche —¡a las dos horas y diecisiete!— a asegurarse de que no me habían retenido contra mi voluntad en la cabaña del Vercors. Si me acuerdo, se lo tengo que contar a Malaussène, es el tipo de tonterías que le divierten.

Índice

El caso Malaussène

1. La última

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

2. No me gusta este asunto Lapietà

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

3. La verdad verdadera

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

4. La pequeña

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

5. Lo que Lapietà tenía que decir

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

6. El caso Malaussène

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

7. La rentrée

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Directorio

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Daniel Pennac

Créditos

Notas